

SECCIONES	01	Editorial		
		EDUCACIÓN Y TERAPIA		RELIGIÓN
	03	Los peligros de la prevención, por Encarna Ayuso	09	La nueva evangelización y el cambio social, por Enrique Fregoso
		PENSAMIENTO		
	06	Embriones humanos por ratones, por José-Román Flecha Andrés	11	RINCÓN BIBLIOGRÁFICO

Cartas a una sociedad en crisis

PRESENTACIÓN

14

Carta a un niño africano
FERNANDO SOLER TOSCANO 15

Carta a un político de derechas
TEÓFILO GONZÁLEZ VILA 17

Carta a un político de «izquierdas»
CARLOS DÍAZ 20

Carta a un banquero
LUIS CAPILLA 22

**Carta abierta a los dirigentes de la UE,
a los políticos europeos, con epílogo
para los ciudadanos europeos**
ANTONIO COLOMER 24

Carta a un empresario
JOSÉ ÁNGEL MORENO 26

Carta de un sindicalista a otro sindicalista
FÉLIX GARCÍA MORIYÓN 29

Carta a un joven investigador
SERGIO BARBERO BRIONES 32

Carta abierta a los señores intelectuales
CARMEN HERRANDO 34

Carta a un joven
JOSÉ LUIS LORIENTE PARDILLO 36

Carta a un desempleado
ANTONIO ZUGASTI 38

**Reflexiones desde los que han vivido
(y viven) el éxodo**
IGNACIO SEPÚLVEDA DEL RÍO 41

**¿Viviendo «la crisis»
en el medio rural?**
ISABEL Y LUIS BLANCO 44

Carta abierta a una ONGD
ANTONIO PIÑAS MESA 46

Carta a un docente
RAMÓN HORCAJADA 49

Carta a un indignado
LUIS NARVARTE 41

Carta a un discapacitado
JUAN JOSÉ HERAS GUTIÉRREZ 53

**Carta sobre Cáritas,
en torno a la crisis**
JULIA PÉREZ 55

Carta a un jubilado
ANTONIO PUÉRTOLAS DE CASTILLAZUELO 55

Carta a un hijo no nacido
TERESA DE JESÚS ORTEGA ALMEDA 59

Carta a la Iglesia
RICARDO DE LUIS CARBALLADA 59

Editorial

LUIS FERREIRO, DIRECTOR DE ACONTECIMIENTO

Frente al auge de los mercados, una política viril

En la presente crisis no hay día sin sobresalto. El paciente ciudadano contempla atónito la impotencia de los gobiernos para reconducir la crisis. Por la vía estrecha de los recortes se pretende ganar la indulgencia de los amos del dinero, pero todos los esfuerzos son inútiles, cuanto más se les quiere calmar más insaciables se muestran.

Nunca es suficiente y parece que hay que recurrir al psiquiatra más que al economista, pues ya, impotentes ante la economía financiera, cada vez sospechamos más que sus móviles surgen del caos ignoto de un incons-

Encarna Ayuso

Enfermera. Miembro del Instituto E. Mounier, Madrid

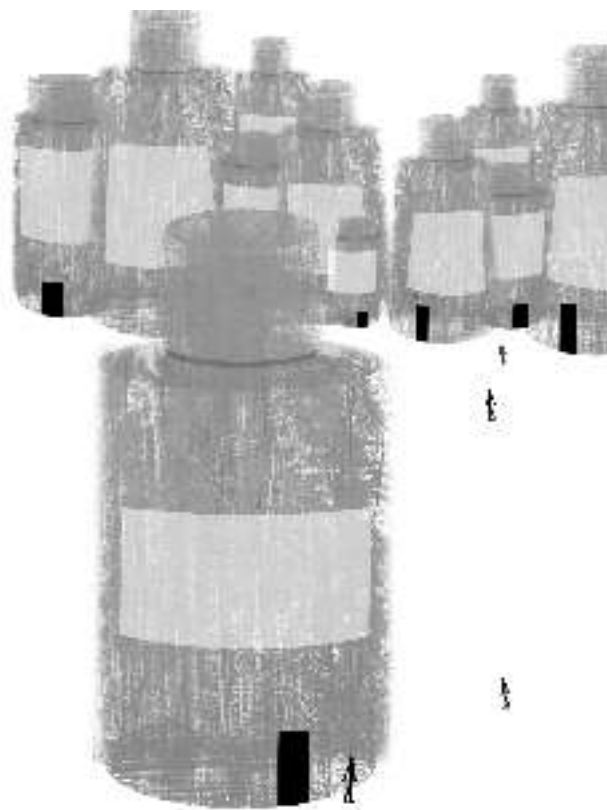
ILUSTRACIÓN: ANA C. MARTÍN

LOS PELIGROS DE LA PREVENCIÓN

EL INFORME LALONDE

Desde que en 1974 el entonces ministro de Sanidad de Canadá, Marc Lalonde, publicara el informe *A new perspective on the health of Canadians* no sólo nos indicaba cómo se iba a morir en las sociedades modernas, a saber, cáncer, eventos cardiovasculares, accidentes de tráfico, suicidio, (casi cuarenta años después éstas siguen siendo las causas más prevalentes de mortalidad en el mundo desarrollado), sino que revolucionó la manera de entender el ejercicio de la medicina al plantear el concepto de determinantes de la salud. Para explicarlo de una forma sencilla, ya no se busca un único agente causal que provoca la enfermedad, sino que se objetivan cuatro determinantes que influyen en el estado de salud de una persona: la biología, el medio ambiente, los estilos de vida y el sistema sanitario. De todos ellos el que más influía en el hecho de enfermar y morir se relacionaba con los estilos de vida y el menos influyente era el propio sistema sanitario. Ponía de manifiesto el lado oscuro del progreso económico (polución ambiental, vivir en las ciudades, abuso de alcohol, drogas, tabaco y desórdenes alimentarios). Por lo tanto no todo dependía de los servicios sanitarios donde se habían concentrado todos los esfuerzos de la sociedad; en adelante, la salud se considera que es una responsabilidad de los propios individuos —pues las decisiones individuales y hábitos afectan a su salud— y de las Administraciones que se comprometerán a financiar un sistema de salud que eleve el nivel de salud de la población. Habíamos pasado de la «era de la epidemiología de las enfermedades infecciosas» durante la primera mitad del siglo xx a la era de la epidemiología de las «enfermedades crónicas» que comienzan a percibirse en los países desarrollados durante la década de los 50 y 60 del siglo xx y para las que no se encuentra una explicación.

En 1970 el epidemiólogo McMahon y Pugh aportan un nuevo marco de análisis con una publicación de enorme influencia posterior, con su concepto de



«maraña causal» en el desarrollo de métodos de investigación. Esta idea de multicausalidad fue muy novedosa en el pensamiento médico, sus investigaciones ya se centraban sobre la asociación del tabaco con el cáncer. Con este nuevo análisis se trata de buscar factores de riesgo para enfermedades crónicas, al igual que antes se buscaban agentes causales en ecosistemas microbianos para las enfermedades infecciosas, y básicamente esta búsqueda se centra en el comportamiento de los individuos. La epidemiología de las enfermedades crónicas pretende cambiar conductas individuales a través de la educación sanitaria, elemento clave sobre el que pivota toda la atención sanitaria

Con ello se iba generar un desplazamiento de la medicina curativa a la medicina preventiva. Se necesitaba un nuevo marco para abordar la prevención de estas dolencias. En 1978 la Declaración de Alma Ata, promovida por la OMS y la UNICEF, estableció la Atención Primaria de Salud (APS) como fundamento científico y lógico de los servicios sanitarios, el inicio de la estrategia global de *Salud para Todos*. Las propuestas consistieron en reformar los servicios sanitarios poniendo un mayor énfasis en la atención primaria, en el compromiso de la democratización con la participación comunitaria y sobre todo en orientar las intervenciones sanitarias más hacia la salud que a la enfermedad.

PELIGROS DE LA PREVENCIÓN

Búsqueda de la salud perfecta y permanente

Es cierto el indudable bienestar ciudadano alcanzado en estas décadas y los avances médicos que han mejorado la salud de las poblaciones hasta niveles nunca conseguidos, sin embargo, esto no se ha correspondido con un aumento de salud subjetiva en la población. Cuanto mayor es la oferta de salud, más gente responde que tiene problemas, necesidades, enfermedades. Mientras en las zonas con servicios sanitarios menos desarrollados esta percepción es menor. La población europea que se caracteriza por su envejecimiento, tiene gran dependencia del Sistema Sanitario y de sus productos (los franceses por ejemplo, son fantásticos consumidores de psicofármacos, y los españoles de antibióticos), y como aquellos que tienen todo, la población europea dice tener poca salud. Hoy se vive angustiado por el miedo a que se le diagnostique algo, y nunca se han hecho tantos chequeos. Es la «paradoja de la salud», que en la práctica se transforma en la búsqueda persistente y obsesiva de una salud perfecta, con desprecio del nivel de salud real que se posee. Y es que la salud se vuelve normativa y exigible, y la higiene y la prevención se imponen de diversas maneras, incluso legales y penales. Y el enfermo se convierte en culpable por no haber seguido las normas preventivas. Se generan grandes expectativas, de ahí que crezca continuamente la demanda de cuidados médicos y bienes sanitarios. Por otro lado el mercado ofrece todo tipo de productos

«saludables» que en muchas ocasiones se confunde oportunamente con «ecológico», o «natural». Se fomenta una mística de la juventud eterna, la creencia de que cualquier problema no sólo de salud sino de la vida puede ser resuelto con la medicina y la tecnología. Ya nos anunció Ivan Illich sobre la parálisis de las reacciones saludables ante el sufrimiento, la invalidez y la muerte como efectos contraproducentes de un progreso higiénico que utiliza la salud como si fuera un artículo de consumo (Némesis médica, 1976).

Toda actividad sanitaria conlleva daños

Las actividades preventivas tienen beneficios y perjuicios, como toda actividad sanitaria. De ahí que no siempre sea «mejor prevenir que curar». Dado que en la prevención se está actuando sobre personas sanas, la actividad preventiva tiene sentido cuando conlleva mas beneficios que daños. Por ejemplo, una actividad preventiva que sólo provocó daños fue el consejo para que los bebés durmieran boca abajo. Ésta acción multiplicó la incidencia de la muerte súbita en los bebés. De ahí que haya que ser muy prudentes al dar consejos.

Otras actividades que no han demostrado el beneficio en salud son los chequeos médicos, muy populares y que forman parte de la rutina de la actividad médica. Sin embargo no en pocas ocasiones son el inicio de incontables cascadas diagnósticas y terapéuticas de enorme coste en salud, tiempo y dinero.

Un ejemplo de actividad preventiva que transformó previamente salud en enfermedad ha sido la terapia hormonal en la menopausia (consecuencia de tratar los signos y síntomas del climaterio como enfermedad), que en teoría prolongaría la juventud femenina al tiempo que disminuiría la incidencia de infarto de miocardio. El resultado fue que desencadenó enfermedades graves, desde cánceres de mama a embolias pulmonares. Todavía hoy se sigue aconsejando con un límite de años.

Medicalización de la sociedad

El concepto de «factor de riesgo» ha modificado profundamente el campo de la prevención. Hasta entonces prevenir era evitar el daño futuro; por ejemplo, vacunar, o asegurar el acceso a agua limpia. La

introducción de la vacuna antivariólica y el consumo de limón en los largos viajes marinos son dos medidas preventivas de indudable valor, que evitan enfermedades (respectivamente la viruela y el escorbuto).

Aunque estos factores de riesgo (por ejemplo: hipercolesterolemia, obesidad, sedentarismo, hipertensión...) ni son causa de enfermedad, ni son necesarios ni suficientes, en la práctica clínica y salud pública se vuelven factores cuasi-causales, y en la lucha contra ellos se centra gran parte de la actividad preventiva del médico y salubrista. Pues pareciera que toda enfermedad es evitable, que todo se puede prevenir si combatimos los factores de riesgo. Por ejemplo, ya no se trata de ser diabético por tener síntomas de sed, poliuria y adelgazamiento sino por tener una hemoglobina glucosilada de 6,5% o mayor. La enfermedad se transforma en biometría, de esta forma la prevención puede ofrecerse casi sin límites, en la confianza de transformar la terca realidad de la muerte en un futuro vibrante de eterna juventud. Cada vez más se define la enfermedad ante simple síntomas o signos, aspectos estéticos, presencia de factores de riesgo o por la probabilidad de padecer en el futuro una enfermedad. Y cada vez que se realiza un etiquetado de enfermedad, la consecuencia inmediata es que para cada proceso existe un tratamiento.

Lamentablemente, las promesas de la prevención suelen transformar a los sanos en enfermos, lo que de paso alimenta la maquinaria tecnológico-farmacéutica. Es lo que se ha llamado «medicalización de la vida». Tampoco podemos olvidar que para la construcción de nuevas enfermedades y la comercialización de tecnologías que la diagnostiquen y las traten, la industria financia a grupos de investigación de instituciones académicas y de sociedades científicas,

que, además de participar en las investigaciones, van a ser elementos valiosísimos en la promoción de los nuevos medicamentos.

La prevención sin límites se ha convertido en un peligro para la salud pública.

No faltan voces que denunciando estos excesos proponen al médico de familia actuar con una doble ética: la ética de la negativa y de la ignorancia. Ética de la negativa para negar con amabilidad, conocimiento y empatía la prevención que ofrece beneficios dudosos. Y ética de la ignorancia para compartir con los pacientes los límites de la Medicina, de forma que no se espere más de lo que se puede conseguir con los conocimientos y técnicas del momento. (J. Gérvas).

Por tanto, ante la prevención conviene la precaución. *Primum non nocere* (primero no hacer daño).

PARA LA ELABORACIÓN DEL PRESENTE ARTÍCULO HE
UTILIZADO LOS SIGUIENTES TEXTOS COMO REFERENCIA:

1. Gérvas, J., Pérez Fernández, M. «Protección de los pacientes contra los excesos y daños de las actividades preventivas». En *Tratado de Medicina de Familia e Comunidade*. SMFC. Sao Paulo, 2012 (en prensa).
2. Juan Gérvas. *Prevención Cuaternaria para principiantes. Breve recetario par un sano escepticismo*. Texto distribuido bajo licencia *Creative Commons by-nc-sa 3-0*.
3. Informe Lalonde. En:
http://www.hc-sc.gc.ca/hcs-sss/alt_formats/hpb-dgps/pdf/pubs/1974-lalonde/lalonde-eng.pdf

José-Román Flecha Andrés

Comité de Bioética de la Universidad de Salamanca

EMBRIONES HUMANOS POR RATONES

Las leyes modernas que despenalizan o legalizan el aborto parten, de una forma o de otra, del presupuesto de que no se puede reconocer un estatuto de persona al embrión humano. En realidad, esta cuestión es todavía penúltima. Más allá subyace la convicción de que la dignidad de la naturaleza depende de una decisión heterónoma. Como si fueran los demás los que con su decisión pudieran determinar la identidad personal. Es esta una aplicación más de la afirmación moderna de la libertad de decisión. No se admite la objetividad de la realidad.

Sin embargo, la dignidad humana no puede depender del tamaño, como no puede depender del sexo o de la raza de la persona. Todavía recordamos las palabras de alguna ministra del Gobierno de España que negaba la dignidad humana del embrión.

Pues bien, el día 18 de octubre del pasado año 2011, el Tribunal de Justicia Europeo ha protegido de forma indiscutible la dignidad del embrión humano desde la fecundación. Su histórica sentencia obliga a ciudadanos y gobiernos a repensar muchas posturas tan interesadas como anticientíficas.

LA CUESTIÓN DE LAS PATENTES

Vayamos por pasos. En 1997 Oliver Brüstle había desarrollado una patente que afectaba a la estructura del embrión humano. Evidentemente, pronto entraría en discusión el significado que para la Unión Europea tiene la categoría «embrión humano». No faltaban estudios detallados sobre el tema en los que se revelaba una enorme ambigüedad sobre la admisión de la personificación del embrión¹.

Pero, con este motivo, a petición de la organización ecologista Greenpeace, el Tribunal Federal de Justicia de Alemania acudió al Tribunal Europeo. Se pretendía en concreto que este Tribunal de Luxemburgo interpretara la expresión «embrión humano», a la que se refiere el art. 6 (2) (c) de la Directiva de la Unión Europea 98/44/EC sobre la Protección Jurídica de las Invenciones Biotecnológicas.

Pues bien, la sentencia del Tribunal sostiene que la mencionada Directiva protege todos los estadios de la vida humana. En consecuencia, excluye al embrión humano de la posibilidad de una utilización industrial que pretenda avalarse de la protección de las patentes de productos conseguidos mediante el uso de los embriones humanos².

Esto es muy importante, no sólo por lo que prohíbe sino por la aportación positiva. De hecho, la sentencia incluye, además, una definición del «embrión humano» como un «organismo capaz de iniciar el desarrollo de un ser humano». Y esto en todos los casos, ya se produzca el embrión por fecundación o como resultado de una clonación.

CONCEPTO Y DIGNIDAD DEL EMBRIÓN

Así pues, la legislación europea sobre la protección jurídica de las invenciones biotecnológicas en adelante ha de considerar como un «embrión humano»:

1. todo óvulo humano a partir del estadio de la fecundación;
2. todo óvulo humano no fecundado en el que se haya implantado el núcleo de una célula humana madura;

1. Cf. D. Solter *et al.*, *Embryo Research in Pluralistic Europe*, Wissenschaftsethik und Technikfolgenbeurteilung, Band 21, (Berlin-Heidelberg-New York: Springer Verlag 2003) XVI + 429 pp.

2. Ver www.eurostemcell.org/story/european-court-bans-stem-cell-patents (18.10.2011).

3. todo óvulo humano no fecundado, pero estimulado para dividirse y desarrollarse mediante partenogénesis, es decir mediante una reproducción basada en el desarrollo de células sexuales femeninas no fecundadas.

Estas orientaciones del Tribunal coinciden asombrosamente con la doctrina de la Iglesia Católica expuesta en la instrucción *Donum Vitae*, publicada por la Congregación para la Doctrina de la Fe, el 22 de febrero de 1987³.

Es preciso insistir. La sentencia del Tribunal defiende la dignidad del embrión humano, al excluir que pueda ser patentado un invento que haya implicado la destrucción previa de embriones humanos o su utilización como materia prima, sea cual fuere el estadio en el que estos embriones se utilicen. Esto implica que no se pueden utilizar las células madre procedentes del blastocisto.

Hay que felicitar al Tribunal por varios motivos. En primer lugar por la aclaración del concepto de embrión y por la defensa de su dignidad original. En segundo lugar por afirmar de forma indirecta que la técnica necesita la tutela y orientación de la ética. Y en tercer lugar, porque favorece la investigación sobre las células madre adultas, frente a la investigación con células embrionarias.

Así pues, de acuerdo con esta sentencia no se debe proteger jurídicamente una invención biotecnológica si requiere la destrucción o el uso de embriones humanos. Cabe aquí señalar que este procedimiento ha sido permitido por la tercera ley española de reproducción humana asistida.

Ante esta noticia, algunos pensábamos que varios países europeos tendrían que aprender la lección y revisar su normativa. Al mismo tiempo, lamentábamos que los medios de comunicación hayan guardado un vergonzoso silencio ante esta sentencia.

UN TEST ALTERNATIVO

Sin embargo, noticias posteriores nos hacen olvidar las esperanzas que habían surgido en el campo de la Bioética personalista.

Como se sabe, en cualquier comisión universitaria de Bioética se analizan cuidadosamente los proyectos de investigación. No precisamente para ponerles dificultades, sino para favorecer que sean aceptados por los organismos que los patrocinan o por las instituciones académicas a las que desean presentarse.

Muchos proyectos requieren el uso de ratones para realizar los experimentos científicos pertinentes. En las reuniones de la comisión se evalúa el número requerido de animales. Además, se examina con cuidado el trato que se ha de dar a los ratones, el dolor que pueden experimentar y, sobre todo, el medio y los productos elegidos a la hora de aplicarles la eutanasia.

Pero todo este proceso puede cambiar a muy corto plazo. El día 29 de marzo de este año 2012, Giovanni Maria del Re publicaba en el diario *Avvenire* una nota que llevaba un título realmente inquietante: «La UE: 'Basta de usar animales en los test. Usamos embriones humanos'»⁴. Se trata de un comentario al proyecto europeo ESNATS, que viene a significar «Nuevas estrategias de tests alternativos basados sobre las células estaminales embrionales».

Las palabras pueden ocultar la realidad. Bajo esas siglas se presenta el propósito de usar embriones humanos «sobrantes» de las técnicas de reproducción humana asistida y mantenidos en congelación. Se trataría de permitir y promover su utilización con el fin de realizar sobre ellos las necesarias pruebas de toxicidad de los nuevos productos farmacéuticos. De esa forma, se podrá prescindir de los ratones y se prevé un importante ahorro en los costes que comportan los animalarios.

3. Cf. J. R. Flecha, «La instrucción *Dignitas personae* y problemática moral», en A. GALINDO (ed.), *Cultura de vida desde Dignitas personae*, Salamanca 2009, 53-62.

4. G. M. Del Re, «La UE: 'Basta animali nei test. Usiamo embrión umani'», en *È vita* 334, suplemento de *Avvenire* 29.3.2012, 1. Se puede consultar también en vita@avvenire.it.

Este proyecto de investigación sobre células madre embrionarias, está coordinado por Jürgen Hescheler, del Instituto de Neurofisiología de la Universidad de Colonia, que lidera un grupo de 29 centros universitarios y empresariales. Se pretende que el proyecto sea financiado por la Unión Europea con 12 millones de euros, en el ámbito del VII Programa marco que está vigente en este período de 2007-2013

Ahora bien, como se puede observar este proyecto entraría en flagrante conflicto con el citado dictamen del Tribunal de Justicia Europeo (18.10.2011) que vetaba las patentes de embriones humanos, afirmando de paso su identidad humana. Seguramente interesa saber que Hescheler, investigador en células madre, se encontraba entre los que firmaron el año pasado en la revista *Nature* una carta, en respuesta a las declaraciones de Yves Bot, del Tribunal de Justicia Europeo sobre esa decisión de vetar la patentabilidad de los embriones y de los productos derivados de ellos⁵. Tal vez esta observación, ofrecida también por Giovanni Maria del Re, puede ofrecer alguna pista para explicar el conflicto.

SILENCIO DEMOCRÁTICO

Ahora bien, el problema ético que plantea el proyecto ESNATS incluye muchos aspectos interesantes. Pero en este momento basta subrayar y lamentar que la política europea considera más respetables a los animales que a los embriones humanos.

Por otra parte, la utilización de embriones humanos para la investigación demostraría algo que resulta cada vez más evidente: la orientación económica que viene caracterizando en estos últimos tiempos a la Unión Europea. Al parecer, importa sobre todo la ganancia y los beneficios financieros de las grandes empresas.

Giovanni Maria del Re recoge palabras del médico y eurodiputado polaco Miroslav Mikolášik, quien se lamenta de que en Europa se acepte la destrucción de embriones humanos para no tener que alimentar y gestionar los animales de laboratorio.

En el mismo número del diario *Avvenire*, Michele Aramini insiste sobre este punto al subrayar una contradicción que resulta mas que evidente⁶. Mientras que cada día se aumenta la protección de los animales y se prohíbe de modo creciente su utilización para una investigación que podría ser útil para el hombre, la sensibilidad ética con relación al embrión humano disminuye de forma alarmante.

Claro que no cabe instalar un nuevo tribunal ético sobre bases maniqueas. El bien y el mal no se reparten los terrenos con medidas equidistantes. Habría que preguntarse si los organismos europeos de Bruselas se atreverían a dar estos pasos si la opinión pública europea manifestara de alguna forma su repulsa al nuevo desprecio de la vida humana. El silencio democrático nos acerca al silencio ante las dictaduras que decretaron genocidios no lejanos.

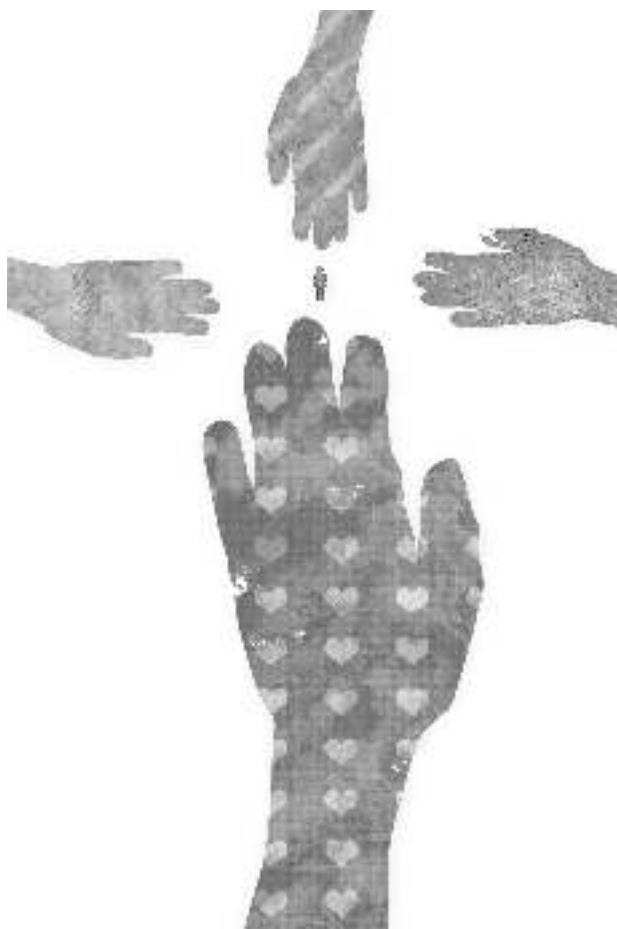
5. Véase la carta en la revista *Nature* 472 (28.4.2011) 418; www.eurostemcell.org/commentanalysis/open-letter-stem-cell-patent-case (28.4.2011).

6. M. Aramini, «La civiltà svenduta per un capriccio», en *È vita* 334, de *Avvenire* 29.3.2012, 1.

Enrique Fregoso¹
Teólogo

LA NUEVA EVANGELIZACIÓN Y EL CAMBIO SOCIAL

¿Qué núcleo social puede ser la base y el punto de partida de la nueva evangelización?



El anuncio de S. S. Benedicto XVI, mediante la Carta Apostólica *Porta Fide*, de convocar a partir del 11 de Octubre de 2012 un *Año de la Fe* en el que la Asamblea General del Sínodo de Obispos que se reunirá en Octubre llevará a cabo la *Nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*, plantea al pueblo de Dios el gran reto de sumarnos a esta urgente tarea considerando las mejores condiciones sociales para garantizar el mayor éxito posible.

En este breve análisis se trata de señalar la mejor posibilidad de establecer nuevas formas de relación humana que reúnan las aspiraciones materiales y espirituales de los que habitamos un determinado país, en este caso México, para que la Fe se constituya en una necesidad que dé sentido a nuestra vida y no una razón obvia producto de la costumbre.

Se trata de que en el Año de la Fe «las comunidades religiosas, así como las parroquiales y todas las realidades eclesiales antiguas y nuevas, encuentren *la mejor manera* de profesar públicamente el Credo»², porque que a fin de cuentas «la Doctrina social cristiana es parte integrante del ministerio de evangelización de la Iglesia...»³.

Se pretende encontrar un camino concreto en nuestra doctrina social que se muestre como la **estrategia óptima** para que la evangelización y la transformación social puedan ocurrir en forma simultánea.

Para lograr lo anterior, el presente discernimiento se sustenta en tres reflexiones relativas a las instancias económico-financieras, las gubernamentales y al papel considerado posible y necesario para la *sociedad civil*.

1. Invita a los lectores a dar su opinión y comentarios por medio de: frelom@prodigy.net.mx.

2. Cfr. Carta Apostólica *PORTA FIDE* de S.S. Benedicto XVI.

3. *Compendio de la Doctrina Social Cristiana. Conferencia del Episcopado Mexicano*. Doctrina Social, evangelización y promoción humana, 35, Cfr. Pablo VI Exh. ap. *Evangelii Nuntiandi*, 29

- *Primera reflexión:* Se considera inviable en el momento actual la regulación de los intereses financieros transnacionales ante el proceso irrefrenable del aumento indiscriminado de ganancias a costa de la dignidad y la vida de los sectores de desposeídos.
- *Segunda reflexión:* Se considera inviable en el momento actual la inversión del proceso de descomposición de los Estados Nacionales, debido a la lucha incesante por el poder soportada en la corrupción y la impunidad.
- *Tercera reflexión:* Se considera indispensable aunque con un alto grado de dificultad la participación organizada y pacífica de la sociedad civil a favor de la recomposición de la sociedad en lo económico, político y social; buscando formas de relación humana que superen las diversas formas de control clientelar y corporativo, la migración y la cooptación, principalmente de los jóvenes, por el crimen organizado.

Propuestas de solución:

1. Concentrar los esfuerzos de la **Doctrina Social Cristiana** en el desarrollo y aplicación generalizada del principio de *Subsidiaridad* que implica el apoyo económico y educativo a favor de «la familia, los grupos, las asociaciones, las realidades territoriales locales, en definitiva, de aquellas expresiones agregativas de tipo económico, social, cultural, deportivo, recreativo, profesional y político a las

que las personas dan vida espontáneamente y que hacen posible su efectivo crecimiento social»⁴.

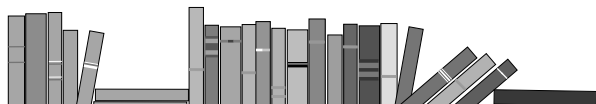
2. Como un primer paso inmediato, impulsar las modalidades de **auto organización para la sobre vivencia** de la sociedad civil, las redes naturales, sociales y culturales, mediante solidaridad y cooperación para promover respuestas a sus necesidades, mediante una conciencia de fraternidad y gratuidad, desechando la mentalidad actual rentista, asistencialista y parasitaria de quienes todo lo esperan del mercado que los deja como meros consumidores y, peor aún, como desempleados, excluidos y marginados⁵.
3. Con el desarrollo del punto anterior lograr una **masa crítica** de población capaz de tener una voz de exigencia ante los poderes establecidos, que permita hacer factible el logro del principio de Subsidiaridad y lograr en el mediano plazo formas de vida **suficiente y sustentable**⁶. Si los laicos impulsamos el desarrollo de estas formas comunitarias estaremos ayudando a crear las mejores condiciones para el éxito de la Nueva Evangelización porque... «Todo lo que atañe a la comunidad de los hombres —situaciones y problemas relacionados con la justicia, la liberación, el desarrollo, las relaciones entre los pueblos, la paz—, no es ajeno a la evangelización; ésta no sería completa si no tuviese en cuenta la mutua conexión que se presenta constantemente entre el Evangelio y la vida concreta»⁷.

4. Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia. Principio de Subsidiaridad, p. 101.

5. Los Laicos y la Cuestión Social. Dignidad, Subsidiaridad y Solidaridad, p. 39.

6. Signo de los Tiempos «¿Qué futuro para México?» Sep. 2011, p. 17.

7. *Compendio de la Doctrina Social Cristiana. Conferencia del Episcopado Mexicano.* Doctrina Social, evangelización y promoción humana, 35, Cfr. Pablo VI Exh.ap. Evangelii Nuntiandi, 29.



El esplendor del mundo. Ensayo de un pensamiento de resistencia,

Vicente Ramos Centeno.
Biblioteca Nueva, Madrid, 2012.
171 páginas.

El lector que emprenda la aventura de leer *El esplendor del mundo* se va a ver, en primer lugar, ante el planteamiento firme de una tarea obligada. Necesaria. Porque va a toparse con las grandes cuestiones que nos azotan hoy, y que seguramente le venían inquietando cada vez más, al tiempo que las venía pensando a solas o comentando con los amigos más amigos, no sin un buen grado de desconcierto. Y es que estamos ante un libro valiente, en el que el autor, permítaseme la expresión castiza y algo irreverente para los tiempos que corren, «coge al toro por los cuernos».

Lo que plantea Vicente Ramos en su *Esplendor del mundo* es precisamente el redescubrimiento de la hermosura del mundo y de la grandeza del hombre —no ignorando, desde luego, sus miserias, que tanto y con tanto

realismo considera en estas páginas—, porque no deja de ser cierto que hemos llegado a una suerte de barbarie: «barbarie progresista», dirá el autor, impregnada además de un *catarismo* cuya primera característica es el odio al hombre mismo y a la vida, y a cuanto de hermoso ha producido el ser humano a lo largo de la historia, consiguiendo así ocultar la belleza del mundo y de las personas, que es justamente lo que el autor cree que hay que recuperar con urgencia, en una suerte de redescubrimiento de la propia esencia humana.

Y, junto a esto, el libro invita a resistir; a resistir con lucidez y a pensar el desastre en el que estamos, reconociendo que lo que parecía ser la toma de las riendas de un mundo decente, tras los horrores del siglo pasado, se ha venido abajo, como han mostrado acontecimientos como los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York o del 11 de marzo de 2004 en Madrid, las matanzas de cristianos en tantas partes del mundo, o los descalabros económicos cargados de inmorali-

dad, que no hacen más que evidenciar que «los bárbaros están aquí» y que la crisis del espíritu en la que andamos es, sencillamente, colosal.

Por las páginas de este libro, escrutador valiente de una realidad innegable, claro y contundente donde los haya, circulan muchos autores que siguen invitando a pensar hoy, y a hacerlo en profundidad; porque pensar con lucidez es la primera tarea moral de cualquier hombre que habita un mundo contra el que se atenta sin descanso. Y a lo que el autor invita ante todo es a abandonar un pensamiento instalado en la muerte de Dios —con la consiguiente muerte del hombre— y a plantear en su hondura las grandes preguntas y los eternos problemas del hombre, necesarios para hallar de nuevo el gozo de sabernos criaturas humanas y recuperar la confianza en nosotros mismos. Es una misión que el autor propone a todos, pero muy especialmente a los cristianos, que son blanco principal de esta barbarie y los principales implicados —aunque no los únicos, naturalmente— en este

pensamiento de resistencia que estamos obligados a llevar a cabo, en medio de tantas devastaciones. Ernst Bloch, a quien Vicente Ramos ha dedicado numerosos estudios, Horkheimer, Adorno, Fackenheim, Hannah Arendt..., pero también René Girard, Simone Weil, Joseph Ratzinger o José Jiménez Lozano, entre tantos otros, son interlocutores del autor, y con ellos van a encontrarse los lectores. Con tal elenco de autores grandes, el lector comprenderá que está ante un libro necesario. Quien esto escribe lo calificaría incluso de increíble, porque parece mentira que alguien se haya lanzado a decir las cosas con semejante claridad.

«Nuestras sociedades y nuestros Estados —escribe Vicente Ramos— están en manos de aquellos marineros borrachos de que hablaba Platón, que están a punto de hundir la nave...» (p. 149). Se trata de tomar el timón del barco, con serenidad, convencimiento y esperanza. Y de pensar. Y de creer. Y de hacer. Para acabar de una vez con tanta bruticie, y con estupidéz tan alta y peligrosa.

Carmen Herrando

Apología del libro,

Carlos Díaz.
Fundación E. Mounier, colección
Persona n.º 41, Madrid, 2012

En tiempos que favorecen muy poco el apasionante quehacer de la lectura, esta *Apología del libro* es un regalo que Carlos Díaz hace a los lectores de la colección *Persona*.

Leer es una aventura de los adentros, de la que se olvida hoy la mayor parte de nuestros contemporáneos, pese a que en la cantinela de la corrección política todavía conviene hacer alarde de ser lector, pero lector de cualquier cosa —ahí está la trampa—, y también cada vez menos. Sabemos, y el autor de este libro

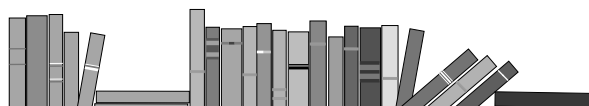
lo subraya en cada página, que los libros son imprescindibles para ser personas, con lo que las preguntas sobre el particular comienzan a encadenarse: ¿De qué será síntoma, entonces, este olvido de la lectura al que estamos asistiendo? ¿Del descuido de la dimensión interior, que es el centro mismo de la persona? ¿Del imperio de una tecnología, no sé si endiosada —pero sí endiablada—, que va dejando de ser medio para convertirse en fin, y un fin cada vez más servilmente reverenciado? ¿O será sencillamente el fruto amargo de este drama de la pérdida de identidad cultural, producto de tantos «post» de algo, que en muchos casos han llevado a olvidar la referencia inevitable

del «¿de dónde venimos?», y borrado, como se deriva de tal hecho, ese ser «futurizos» por el que nos caracterizamos las personas? Preguntas que abren muchas otras, y llaman a estar alerta ante el estado de cosas en el que nos hallamos, y a las que este nuevo libro de Carlos Díaz trata de dar respuestas cargadas de realismo y de buen humor.

Nos envuelve un ambiente cultural desarraigado, en el que la interpretación de los hechos viene a suplir dramáticamente a lo real mismo, sin que se sea muy consciente de ello. Ante esta traición a la verdad, Carlos Díaz invita a ir a lo verdadero sin temor, a darnos cuenta de si merece la pena aquello en lo que creemos, y a acometer un



hondo ejercicio de fidelidad y de coherencia, dejándonos de ciertas metafísicas y evitando caer en la servidumbre de algunas «inidentidades», o en la trampa de las propias limita-



ciones... El autor nos invita muy directamente a «despre-
cintar la verdad», esa «paloma
mensajera» que denuncia, al
tiempo que anuncia, y que no
deja, por lo mismo, de engen-
drar una dimensión relacional,
como *presencia comunicadora*
que es.

Apología del libro consta de
seis capítulos en los que al au-
tor le acompañan sus propias
lecturas, que van desde Mon-
taigne hasta Machado, desde
Paul Valéry hasta Juan Ramón
Jiménez, pasando por Gracián,
Clarín, Pessoa o Albert Camus,
Séneca, Isidoro de Sevilla, y
tantos otros, aunque la centra-
lidad la tengan don Miguel de
Unamuno, Platón, Aristóteles,
Cervantes, y hasta algunos au-
tores orientales de raíz taoísta.
Quedan muchos por nombrar,
pero el lector los descubrirá
cuando se adentre en la aven-
tura de este libro defensor de
los libros.

Carlos Díaz explica cómo ve
él mismo al libro: como re-
nuevo que brota del mismo li-
bro de la vida, pero también
como «ínsula de utopía», o

como un «jardín sagrado», re-
gado muchas veces con la san-
gre misma del escritor... Hace
así un elogio del libro, que de-
fiende frente a amenazas de
todo tipo, pero sobre todo de
los dardos envenenados que
proviene de los enemigos
que fingen complicidad y cer-
canía. El autor ofrece también
un capítulo sobre su propia es-
critura, donde entrega al lector
su experiencia personal en el
ejercicio de escribir, confe-
sando, además, algo que a nin-
gún lector suyo le resultará ex-
traño: que no puede evitar
escribir. Esta inevitabilidad
tiene, naturalmente, que ver
con su vocación. Y porque es
así, sus lectores sabemos que
muchas veces se da en nues-
tro autor una renuncia personal
a un estilo propio, a favor, pre-
cisamente, de tantos desfavo-
recidos ante quienes llega a
«hacer concesiones por amor
al prójimo». Esto le ha conver-
tido en el autor más censurado
de España, hecho que habla
por sí solo.

Encontramos también un
capítulo centrado en la creati-

vidad, en cómo escribir. Por
sus páginas desfilan, entre
otros, autores orientales de
muy diversas épocas, como el
taoísta Lu-Chi, que dice que la
escritura es una alegría y tam-
bién fuente de la virtud. Y se
nos habla también del don de
una triple mirada: la mirada so-
lidaria, la mirada del dolor y,
cómo no, la mirada laboriosa.
Los capítulos finales tratan so-
bre la esencia de la palabra, el
meollo de la comunicación y la
necesidad de que la escritura
sea escritura «limpia», sin ad-
jetivos que la encorseten de-
jándola a merced de la desper-
sonalización.

La palabra es para Carlos
Díaz, como lo fue para Ortega,
un *sacramento*, una presencia,
el basamento de un edificio
que albergará a mucha más
gente, un pilar fundante que
no sólo anuncia, sino que tam-
bién denuncia, a la vez que
pone los cimientos para edifi-
car la comunidad: *te doy mi pa-
labra* es mucho más que un
compromiso; porque, como
decía Emmanuel Mounier, la
experiencia fundamental no

consiste en la originalidad, en
la reserva circunspecta o en la
afirmación solidaria, sino en la
comunicación, que es la que
logra la comunidad, desta-
cando así la condición sinér-
gica de toda palabra.

Pero la palabra, según nues-
tro autor, no deja de ser el *lo-
gos* que era «en el principio», y
por el que «fueron hechas to-
das las cosas», porque a Él está
«re-ligado» el hombre, de raíz.
Y su composición creativa,
cuando su referencia es la Ver-
dad, es «como una punzada im-
prevista que desgarrar el alma
adormecida», como decía san
Gregorio Magno, algo que hiere
en lo más íntimo, y que mueve
a un cambio de vida, como mo-
vió el corazón de san Agustín
obedecer a aquellas palabras
—«Tolle, lege»— que fueron el
preámbulo de su conversión.
Porque no se puede prescindir
de la acogida personal de la pa-
labra, una aventura personal
que se abrirá a otros... Esta es,
pues, la experiencia que reme-
mora y nos brinda este nuevo li-
bro de Carlos Díaz.

Carmen Herrando

Viajar es vivir —con otro acento—.

José Luis Rozalén.
Editorial: Bohodón Ediciones
Madrid, 2011. 378 páginas

Trece viajes diferentes consti-
tuyen este libro que se aven-
tura en viajar con intensidad y
hondura, y por ende, como no
podía ser menos, en hablar
desde sí mismo, pues no hay
autobiografía que no sea ma-
nera de viajar, ni viaje verdade-
ro que no sea autobiográfico.
Esta es una gran lección ya de
suyo. Por lo demás, no hay au-
tobiografía que no sea biogra-
fía de todo y de todos, paisaje
y paisanaje, arte e historia, an-

tropología y sabiduría. José
Luis Rozalén, claro está, refle-
ja en estas hermosas páginas
didascálicas no sólo su propia
condición de catedrático, sino
también su condición de discí-
pulo de la Institución Libre de
Enseñanza, prolongador de la
sabiduría y de la bonhomía de
Giner de los Ríos y de Cossío.

José Luis Rozalén escribe
siempre sus libros, ya sean fi-
losóficos, educativos o lingüís-
ticos con el lenguaje de un hu-
manista poético, con ese
toque inconfundible inspirado
en las raíces cristianas e ilus-
tradas en línea de la mejor tra-
dición filosófica de la filosofía
española, que intenta ser pro-
funda sin perder la claridad.

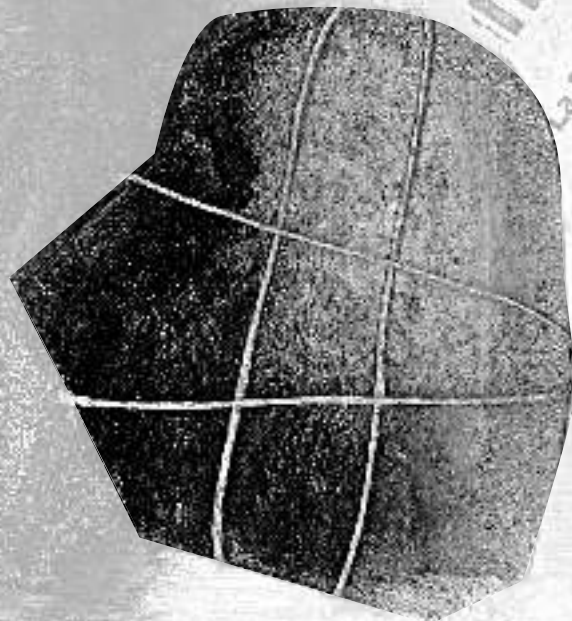
Que intenta y que consigue:
«En realidad —responde a
una reciente entrevista—
siempre me he sentido y me
siento profesor, maestro, que
ha intentado, modestamente,
sembrar alguna idea, alguna
sensibilidad, algún sentimien-
to en el alma y en la mente de
mis alumnos. El escribir es
una prolongación necesaria de
esa vocación filosófica y edu-
cadora. Para mí la filosofía de-
be ser 'paideia', educación éti-
ca y estética... Para viajar,
creo yo, no hace falta mucho
dinero, ya que ser viajero no
es ser turista, sino inquietud
intelectual y estética, ganas
de aprender y de soñar».

Carlos Díaz



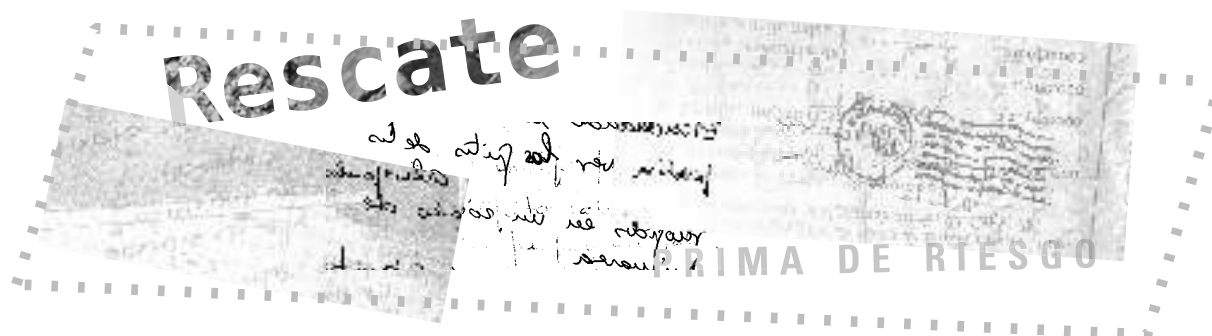
■ Análisis

Cartas a una sociedad en crisis



PRESENTACIÓN

LUIS FERREIRO
Director de Acontecimiento



Querido amigo lector:

Con frecuencia nos lamentamos de no recibir cartas a *Acontecimiento* por parte vuestra, cuando la vocación de esta revista es iniciar un diálogo sincero sobre lo que nos conmueve o nos debería conmover como personas comprometidas. Por eso, en esta ocasión, hemos tomado la iniciativa y nos hemos puestos a escribir cartas dirigidas a diversos sectores de la sociedad española con la esperanza de recibir una respuesta, si no de ella, al menos vuestra.

Nos hemos inspirado en el número 26 de *Acontecimiento* (enero-marzo de 1993), hace casi 20 años, cuando una fuerte crisis internacional y española asolaba nuestra sociedad. Existe una gran diferencia entre ambas crisis, aquélla, más intensa, pero más corta, comenzó a remontarse en 1996, mientras la actual ha ido agudizándose cada vez más, sin que se vea todavía la salida y siendo previsible -para algunos- su prolongación y agravamiento.

El convencimiento del que partimos es el de que todos debemos hacernos responsables de la crisis, independientemente del grado de culpabilidad que podamos admitir para nosotros mismos. El daño que ha causado a millones de personas no puede sernos indiferente. Es hora de pedir responsabilidades a quienes las tengan, pero también de examinar si nuestras propias actitudes como ciudadanos, trabajadores o en cualquier otro rol social que desempeñemos, no han contribuido por acción u omisión a crear el caldo de cultivo de esta crisis.

Por eso, sin olvidar que nuestra referencia es el ser humano que vive en la precariedad permanente, que él nos da la medida objetiva de esta crisis, y que frente a él hemos de justificarnos, ponemos ante nuestra mirada a un niño africano. Él, cuyo futuro a largo plazo es el día siguiente y su horizonte de expectativas la mera supervivencia, es quien, con la magnitud de su tragedia, mide nuestros dramas.

En las cartas que siguen interpelamos, en primer lugar, a quienes creemos que tienen una mayor responsabilidad en el desastre actual (políticos, banqueros, empresarios...), para después preguntar a aquellos que más sufren. Además, no hemos perdido de vista algo que nos parece crucial: la crisis actual, siendo una crisis económica, es mucho más que una mera crisis económica, es una crisis social y es, sobre todo, una crisis del hombre que se aferra a unos valores materialistas y a las formas de existencia que se sustentan en ellos.

Como aspiramos a que la lectura sea el inicio de un diálogo, y ambos los prolegómenos de la acción, me gustaría dirigirte algunas preguntas para arrancar ese debate y, tal vez, una carta en la que nos dejes oír tu voz. Ahí van:

1. ¿Vives la crisis en tu propia carne? Si no es así, ¿te afecta realmente la crisis de los otros? ¿En qué consiste de manera concreta esa crisis, cuáles son los hechos en los que delata su mordedura?
2. En lo económico, en lo político, en lo social y cultural, ¿cuáles son los hechos más destacados y representativos de lo que es la crisis?
3. ¿Quiénes son los responsables máximos de la crisis? ¿Quiénes son sus víctimas? Entre unos y otros, ¿qué cuota de responsabilidad tienes que asumir personalmente?
4. La crisis se manifiesta como una parálisis: congelación del crédito, inactividad, desempleo... ¿Té paraliza a ti también? Si no es así, ¿te mueve a hacer algo? ¿Qué haces y qué estarías dispuesto a hacer, personal y colectivamente?
5. La parálisis del pensamiento es particularmente desesperanzadora, cuando pensar no cuesta dinero, aunque sí tiempo y esfuerzo. Las ideas son un capital esencial al alcance de cualquiera: ¿tienes alguna idea que ilumine el túnel por el que transitamos? Comunícanoslas, por favor.

Un cordial saludo, compañero

CARTA A UN NIÑO AFRICANO

FERNANDO SOLER TOSCANO
Secretario de Acontecimiento



Querido amigo,

En primer lugar, disculpa que no sepa tu nombre, solo he visto tu imagen en una foto. Tampoco sé gran cosa de tu país, ni siquiera de África. Por mucho que nos repitan que vivimos en un mundo globalizado, ignoramos la suerte de la mayor parte de los habitantes de nuestro planeta. Desde Europa podemos tomar un avión y cruzar el océano en unas pocas horas, sentimos que estamos muy cerca de los que antes estaban lejos. Pero a los pobres siempre os veremos lejos, porque así duele menos, por más que a tu país se puede volar desde España en menos tiempo que a Nueva York.

Hace algunos años que no escribía una carta, aunque cada día escribo un puñado de correos electrónicos. No sé si alguna vez has enviado un correo electrónico, posiblemente no tengas siquiera una cuenta, a pesar de que no se puede decir en justicia que seas ajeno a estas tecnologías, pues la exportación del coltán, presente en nuestros aparatos electrónicos, financió la guerra de tu país. Es duro nacer en una guerra, pero peor sin duda es morir en ella. Así que, dentro de lo que cabe, de momento te ha ido mejor que a los más de cinco millones de muertos que dejó este genocidio. ¿Pensabas que no lo sabía? Tal vez creyeras que si en el primer mundo conociéramos el drama de tu país, nos negaríamos a usar tecnología de la que no tuviéramos certeza de que ha sido producida sin ningún tipo de mano de obra infantil, desde la obtención de materias primas hasta el ensamblado. Pero la desgracia es que todo esto lo sabemos, pero preferimos mirar para otro lado.

En el primer mundo últimamente sólo hablamos de la crisis, de la que decimos que comenzó hace cuatro años. Hacemos bien en protestar, porque por la codicia de unos pocos podemos perder no sólo una buena parte del bienestar al que nos hemos acostumbrado, sino derechos importantes que en muchos casos han sido resultado de generaciones de lucha. Pero pecamos por mirar exclusivamente nuestro ombligo. ¿Qué son cuatro años de crisis o cinco millones de parados frente a mil millones de personas que pasan hambre,

o cuatrocientos millones de niños esclavos como tú? Nuestra crisis pasará, pero la vuestra seguirá. Ahora que nosotros estamos en crisis, aunque la falta de seguridad que sufrimos sea una pequeña parte de lo que vive tu pueblo, podemos aprender algunas cosas de vosotros. La lección más importante que podríamos sacar de esta crisis es que no necesitamos tantas cosas para vivir como hemos creído los últimos años, que la felicidad no es directamente proporcional a lo que consumimos.

Hace doce años, cuando aún no habías nacido, en el primer mundo no se hablaba de la crisis, aunque muchos avisaban de las consecuencias que podrían tener nuestros excesos. Entonces, en el año 2000, los países de la ONU redactaron, a bombo y platillo, los Objetivos del Milenio. De habérselos tomado en serio ahora no estarías trabajando, sino en una escuela terminando tu educación. En sólo doce años, estos países han pasado de pretender (o pretender hacernos creer que pretendían) la educación universal para 2015 a declarar que «las esperanzas son cada vez más débiles de que en 2015 se logre la educación universal, a pesar de que muchos países pobres han hecho tremendos avances», como ahora dicen en su web. ¿Por qué son débiles las esperanzas? En realidad, para que puedas tener una escuela y vivir dignamente lo primero que tenemos que hacer es dejar de apoyar a los que os explotan, dejar de financiar vuestra miseria. Tu pueblo es capaz de hacerlo, siempre que no intente imitar lo peor del primer mundo. Y por supuesto, los países ricos tenemos recursos económicos y conocimiento de sobra para apoyaros. Pero buscamos mil excusas para no actuar con valentía. Parece mucho reunir 50.000 millones de dólares para erradicar el hambre en el mundo, pero sin embargo, eso es sólo el 1,08% del dinero que los países del primer mundo han dedicado a rescatar a sus bancos desde el inicio de nuestra crisis. Solo a Bankia, el Estado español va a inyectarle de golpe la mitad de ese dinero. Y muchos ciudadanos asumimos los recortes necesarios para que nuestro

gobierno pueda hacer estos desembolsos. ¿Es que no podríamos asumir recortes para evitar que mil millones de personas pasen hambre? Verdaderamente, no merecemos que nos perdonéis. Los medios de comunicación seguirán presentándonos campañas solidarias a favor del tercer mundo, pero en el fondo no tienen otro objetivo que tranquilizar nuestras conciencias, que sigamos consumiendo lo que podamos sin remordimiento.

Quiero que sepas también que en el primer mundo no todos ignoran tu situación. Aunque muchas veces nuestra conducta está lejos de nuestros ideales, en el Instituto Emmanuel Mounier tenemos claro que nuestro personalismo comienza en el más pobre, nuestro discurso sobre la persona no puede separarse de la acción a favor de los empobrecidos. Nosotros tenemos esperanza en que es posible vencer al desorden establecido, seguimos creyendo en la revolución. Pero para eso te necesitamos a ti. Sí, necesitamos que tengas esperanza en que puedes cambiar la situación de tu pueblo. ¿Cómo podríamos ayudarte? Pienso que tal vez podemos comenzar por controlar de dónde vienen y cómo han sido hechos los productos que consumimos. Parece difícil, por ejemplo, que renunciemos a nuestro teléfono móvil, o a nuestro ordenador, a los que nos hemos acostumbrado en menos de veinte años, parece que no podemos vivir sin ellos. Desde tu ingenuidad infantil tal vez pienses que si en el primer mundo supiéramos que nuestro teléfono móvil, o el cacao que consumimos, son producto del trabajo infantil, y viéramos las condiciones en que trabajas, renunciaríamos a ellos. Alguna gente lo hace, pero no es una opción mayoritaria, no creo que podamos ni siquiera pasar un día sin teléfono móvil, por mucho que miles de niños os dejéis la vida en las minas.

Pienso que algún día terminará tu esclavitud, y podrás disponer de tu propia vida. Tal vez te parezca que así te vas a parecer un poco más a los jóvenes del primer mundo, pero no, no te creas que nosotros disponemos de nuestra vida lo que deberíamos. También estamos esclavizados por muchas cosas. Aunque no te lo creas, la abundancia puede llegar a esclavizar. Al final terminamos haciendo lo que la sociedad espera que hagamos, lo que nos impone la moda, lo que dicta lo políticamente correcto, lo que en este momento nos apetece... Es esclavitud, aunque no la podemos comparar a la tuya, desde luego. Por eso, tal vez, nos da más miedo la posibilidad de que comencemos a decrecer, nos asusta tener que prescindir de muchas cosas que, siendo superfluas, nos parecen imprescindibles.

Así que si logras vencer tu esclavitud, toma las riendas de tu vida y aprovecha cada momento. ¿Tienes ya planes de qué vas a hacer? Me resulta difícil imagi-

narlos, aunque debes tener tus sueños. Tal vez te planes venir al primer mundo. Si así es, ojalá para entonces encuentres países con los brazos abiertos, aunque ya sabes que, hoy por hoy, no os lo ponemos fácil a los africanos. Desde luego que me gustaría verte en España, siempre enriquece la llegada de personas llenas de fuerzas e ilusiones. Pero no todos lo ven así. En el mejor de los casos, tendrás que superar una auténtica carrera de obstáculos burocráticos, difícil incluso para un español. En el peor de los casos, si vienes de forma irregular, te juegas tu propia vida, o caer en manos de mafias que te devolverán a la esclavitud hasta pagarles el último céntimo. Pero aún así, encontrarás gente buena dispuesta a ayudarte. Comprendo que si vienes a España te preocupes en primer lugar por ayudar a tu familia. Pero no dejes de formarte para que un día puedas regresar a tu pueblo y trabajar por él. Por favor, exígenos que en el IEM sepamos ayudarte a encarnar el personalismo comunitario en las situaciones de tu pueblo. Si nuestro pensamiento no sirve para abrirte camino y nuestra comunidad no es capaz de trabajar contigo, habrás acudido a nosotros en vano. Pero creemos que el pensamiento de Mounier está vivo y te podrá ayudar.

También puedes quedarte a trabajar por tu país. Si bien estaría encantado de que vengas a España, no deja de ser una lástima que un joven lleno de energía se marche de su país. Si los mejores os vais, difícilmente va a mejorar vuestra situación. Eso sí, en caso de quedarte en tu país, procura no acabar abusando de otras personas. Sabes que quien te compró a tus padres había sido un niño esclavo como tú, que no tuvo escrúpulos en continuar la cadena de abusos. No debes culparlo, cuando se impone la ley del más fuerte es difícil salir de ella. Pero tú no caigas en eso. Tal vez los pecados de los dirigentes del primer mundo y los del tercero no son muy distintos, los que tienen el poder se cuidan más de sí mismos que del pueblo al que deberían servir. Y los que no tenemos poder, si tenemos la oportunidad, buscamos protegernos a nosotros mismos sin querer ver las consecuencias que nuestra conducta puede tener para otras personas. Por eso decía Mounier que «la revolución será personal o no será».

Pero también decía Mounier que será comunitaria o no será. Trabaja por tu pueblo, puedes colaborar para que otros no tengan que pasar las mismas circunstancias que tú. En el IEM estamos convencidos de que la revolución deberá hacerse en comunidad. Pero también sabemos, por propia experiencia, lo difícil que esto resulta, por eso no te desanimes, alienta a tus compañeros para mantenerlos firmes y si conseguís salir de la esclavitud, trabajad juntos para romper el desorden en que vive vuestro país. 

CARTA A UN POLÍTICO DE DERECHAS

TEÓFILO GONZÁLEZ VILA
Miembro del Instituto E. Mounier, Madrid

Querido amigo,

Me encargan redactar el duro pliego de cargos que recaen sobre ti en cuanto político de derechas. Lo haré sin renunciar a la *amistad cívica*, aglutinante indispensable de la *polis*. Sé de tu primitivo amor por la ciudad y de tu sincera generosa entrega inicial al bien común. Sé que puedo ser injusto al hacerte destinatario personal de unas soflamas que podrían dirigirse, sin demasiada injusticia al conjunto de quienes ocupáis, aunque no os guste veros así señalados, el lugar de la Derecha. Y puesto a denunciar tus pecados de político de derechas no dejaré de empezar por los que compartes con todos los demás, cualquiera sea su *ubi* parlamentario.

La diferencia fundamental entre los políticos, al igual que entre los ciudadanos del común, no es —dijo uno— la que os divide en derechas e izquierdas, sino la que se da entre decentes e indecentes. Pero resulta que tal distinción no se daría entre quienes integráis la «casta política», si fuera verdad que de semejante conjunto, según muy extendida opinión, están excluidos «por definición» precisamente los decentes. «*Entonces, ¿tú crees que para ser político es necesario ser un sinvergüenza?* » —oí que preguntaba alguien a su compañero de barra en aquel bar—. «*¡Hombre!*» —contestaba el otro— «*no estrictamente necesario, pero sí muy conveniente*». Como ves, sois *los publicanos y pecadores* de nuestra sociedad democrática, fácil blanco del desprecio, del desahogo, de la indignación y de la envidia que suscitan los privilegiados. Demasiado fácil ese discurso contra los políticos. Pero el que muchos os tengan por casta despreciable digna de todos los dictérios, no impide que la política sea «arte noble y difícil». Habría, en todo caso, que distinguir entre dignidad de la política, pináculo de la ética, e indignidad de los políticos, al modo como Berdiaeff distinguiera entre dignidad del cristianismo e indignidad de los cristianos. En realidad, las mismas invectivas que recibís son un reconocimiento *ex reverso* de la alta consideración que merece la política. Teneros por lo peor equi-



vale a reconocer que sois lo mejor si bien en hediondo estado de putrefacción (*Corruptio optimi, pessimum*). Y bajo la férula de un tirano sin duda os echaríamos de menos aun con toda vuestra corrupción. Sí. Lo que pasa es que una situación «democrática» en descomposición político-moral tiene un infalible «efecto llamada» precisamente para poner en marcha los zapatazos del salvador que se presentaría populistamente aplaudido para limpiar tanta podredumbre. Habrá que fustigaros para que no nos pisotee a todos el dictador. Pero ¿quién soy yo para denunciaros a los políticos, cuando, en la seguridad de mi pequeño rincón (*aurea mediocritas*), por mantener las manos limpias las cie-

rro vacías, sin tenderlas a otros, sin tratar de limpiar tanta porquería como digo que hay, cuando, con no meterme en política, hago la de conservar *el desorden establecido*, en el que no me va tan mal...? Todo eso es verdad, pero nada de eso me deslegitima para hacer por lo menos la política de criticaros a los políticos.

Entre vuestros pecados comunes está el *autismo colectivo arjimaníaco*: «encerrados con un solo juguete», con el juguete y juego del poder, el de cogerlo, no perderlo, perdéis el sentido de la realidad y con él, en último término, el poder mismo... El afán por el poder os hace caer en la tentación de dar por buenos cualesquiera medios que os garanticen su logro. Y entre esos medios ocupa lugar central la mentira: permanente tentación en la que tan fácilmente caéis. Mentís todos de ordinario, «de oficio». ¿Por qué tanto todos? ¿Por nuestro bien?

Más: la comunidad de vuestros intereses, en cuanto miembros no ya de una clase sino de una «casta», está por encima de vuestras diferencias políticas y explica que, a pesar de éstas, os entendáis unos con otros mucho mejor que cada uno de vosotros con quienes, desde fuera de ese *club*, son vuestros afines y votantes. No son necesarias largas negociaciones para que cerréis filas a la hora de mantener e incrementar vuestras prebendas. Ese autismo es aún más intenso dentro de cada partido y en el subconjunto constituido por los integrantes del *aparato*. Vuestras filias y fobias internas os ciegan en la asignación de responsabilidades aunque eso os acarree el descalabro electoral.

En la medida en que participáis del poder experimentáis todos el afán de controlarlo todo. Una cosa es gobernar y otra ese afán compulsivo de control y dominio aun sobre las zonas más íntimas de la vida, con grande quebranto de la libertad. Derecha e Izquierda han de definirse por el *contenido* de sus *objetivos* y *propuestas*. Pero referida esa distinción a *actitudes*, de modo que ser de izquierdas significara estar de parte de la libertad antes que del poder y ser de derechas consistiera en estar del lado del poder antes que de la libertad, todos sois de derechas cuando estáis en posesión del poder y de izquierda cuando aspiráis a conquistarlo. Y frente a todos hemos de repetir —permíteme hacerlo— que *el que manda se desmanda* y hay que teneros bajo vigilancia...

Y común os es a todos los políticos el más grave pecado específico que podéis cometer, el de *torcer el Derecho*: desviar *la ley* del bien común y doblarla hacia el interés particular, personal o partidario: *corruptio in legislando*.

Al denunciar tus pecados específicos de político de derechas, tendría que tener claro qué es ser de derechas. En un sistema democrático en el que son valo-

res *comunes* los de la libertad, la igualdad, la justicia, el pluralismo..., la diferencia entre la izquierda y la derecha no puede estar en que la primera proclama y lucha por esos valores y la derecha los niega o los subordina a contrarios intereses particulares. Tal sería la diferencia entre demócratas y antidemócratas. Lo específico de la derecha y de la izquierda habría de situarse en el mayor o menor énfasis que ponen en unos u otros de esos comunes valores y sobre todo en las diversas propuestas prácticas para hacerlos realidad. Y no cabe esperar más profundas diferencias si se tiene en cuenta, además, que en nuestro ámbito geopolítico Izquierda y Derecha estáis todos instalados en el *consenso socialdemócrata* (Dalmacio Negro), en la aceptación y gestión de la Economía en términos que hagan posible un bienestar suficientemente somnífero para que ni siquiera se active el potencial de rebelión de quienes, amputadas ya las gónadas emancipatorias, no llegan a advertir felices su condición de eso: de esclavos felices. En esto estáis todos a lo mismo: entregados al culto del *becerro de oro*.

Os movéis todos sobre la misma plataforma cultural, axiológico-moral. No sois sino variaciones sobre el mismo tema. Hacéis posible la alternancia pero no podéis ofrecer una verdadera alternativa. Parece, con todo, que la Izquierda no acepta que esto sea así. Y ha sido la más solícita en afirmarse con llamativas señas de identidad o la más diligente en la tarea de reposición de insignias tras haber perdido el color las suyas tradicionales. Ahora, por lo visto, ser de izquierda es profesar la ideología de género, estar a favor del aborto-derecho, de la eutanasia-libertad, de la disolución partenogenética de la Nación en naciones, la voluntarista alegre afirmación de la sostenibilidad del disfrute insostenible... ¿Por qué todo esto? Quizá porque eso es hoy lo progresista. Y eso es lo progresista porque es —en esto se equivocarían—lo nunca visto... En todo caso, la Izquierda se siente todavía depositaria de la utopía, ataviada con todos los ideales de la justicia, la igualdad, la tolerancia, el progreso, que ha decidido hacer suyos en exclusiva... El perfil de la Derecha, en cambio, en la visión social más extendida, es precisamente el que le traza la Izquierda por contraste con la imagen encantadora que ésta tiene de sí misma. Según esa concepción, y sin que los defensores de semejante esquema se ruboricen al sostenerlo ni sus víctimas lo rechacen, la cosa está clara: *Izquierda, buena, buena; Derecha, mala, mala*. En esa imagen que la Izquierda proyecta de la Derecha, ésta no sólo es cerril, intolerante, involucionista, egoísta sino estúpidamente criminal pues, al parecer, le gusta concitar contra sí el odio popular y se goza, por eso, sádicamente en pisotear los derechos de los más necesitados, dejar a los niños sin

escuela y empujar a la tumba a los míseros viejecitos que no podrán ya adquirir esas pastillitas que les mantienen con vida... Los más elementales maniqueos, al lado de estos expeditivos portavoces, serían unos virtuosos del matiz y el claroscuro. Pero lo más significativo está en que esa simplista visión maniquea, precisamente por su simplismo, funciona con tal eficacia propagandística que los de Derechas en su mayoría parecéis aspirar solamente a que no se os tenga por tan malos, ya que sois, en realidad, tan buenos y progresistas como los de Izquierda, según os desgañáis ridículamente en gritar.

Os refugiáis en que lo importante es la economía. Sin embargo, aun los menos exquisitos saben, aunque no sepan decírselo, que no sólo de pan vive el hombre. La Izquierda «profunda», aunque no lo sepa ni lo sepáis, mantiene un discurso teológico, ofrece la salvación. Se explica que vea en la Iglesia su verdadero enemigo. Cuando una vez cierto progre con aires de intelectual explicitaba la radical oferta soteriológica y nos decía que el objetivo de la Izquierda es el de llevarnos a todos ¡la felicidad!, fue un consuelo oír cómo se pusieron a gritar los hombres libres en defensa de su *¡derecho a la infelicidad!* Quizá lo mejor de la Derecha está en que se desentiende de tamaña ambición y, por eso, cuando es democrática es más democrática que la Izquierda cuando es democrática ya que ésta seguirá queriendo salvarnos «por las buenas». Pero a la vez vuestro desinterés por las cuestiones «transcendentes» o, si quieres, antro-po-morales explica vuestra manifiesta inferioridad ideológica y cultural frente a la Izquierda a la que le concedéis de antemano la supe-

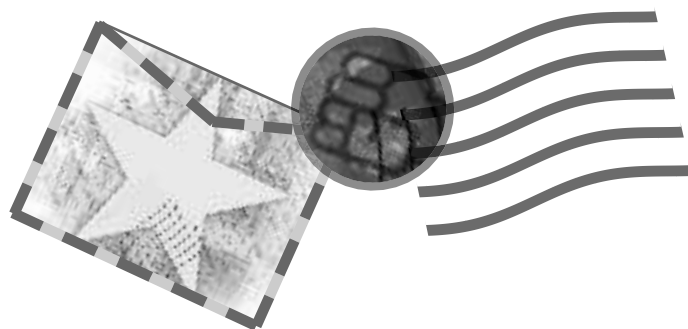
rioridad que por contraste exhibe a vuestro lado. Y curiosamente el conjunto de nuevas señas con que la Izquierda se identifica es para vosotros *lo progre común* que no podéis dejar de asumir con frívola iconoclasia de cuanto hasta ahora os merecía respeto. Se explica así el curioso fenómeno de la Derecha *progre* que acepta su inferioridad ideológica y sigue simiescamente los dogmas amparados por la infalibilidad de la Izquierda. Y no te acusaré de traicionar determinados valores fundamentales por no favorecer el error de que son los propiamente vuestros, de derechas. En todo caso, junto, frente, a la derecha de los intereses no deja de haber quienes profesan, sin vergüenza alguna, una derecha de los valores...

Perdona el cruel resumen: Tenéis todos los vicios de cuantos integráis la casta política partidocrática más la vagancia intelectual, la anemia idearia, la pobreza dialéctica, el servilismo cultural ante la izquierda... El coyuntural respaldo electoral mayoritario, expresión del rechazo a otros, no será muy consistente y duradero bajo la incesante lluvia fina de una desafiante *cultura de izquierda* que os empapa a vosotros mismos, incapaces de decir por qué sois de derechas y, avergonzados de serlo, obsesionados por presentaros como *centro* mediante el fácil expediente de cubrir las orondas vergüenzas de vuestra *derechía* con vuestra liviana caca-reada *progresía* en cuestiones de *fe y costumbres*. Algunos de los tuyos se esmeran en este simiesco numerito con ridículo virtuosismo exhibicionista. No tenéis vergüenza cuando tanta os da ser lo que sois. Tenla tú. Vergüenza. Afirma: verás el miedo que les das. Puedes hacer mucho... Vale. 

CARTA A UN POLÍTICO DE «IZQUIERDAS»

CARLOS DÍAZ.

Profesor de Filosofía, Univ. Complutense de Madrid



Despreciable político de izquierdas:

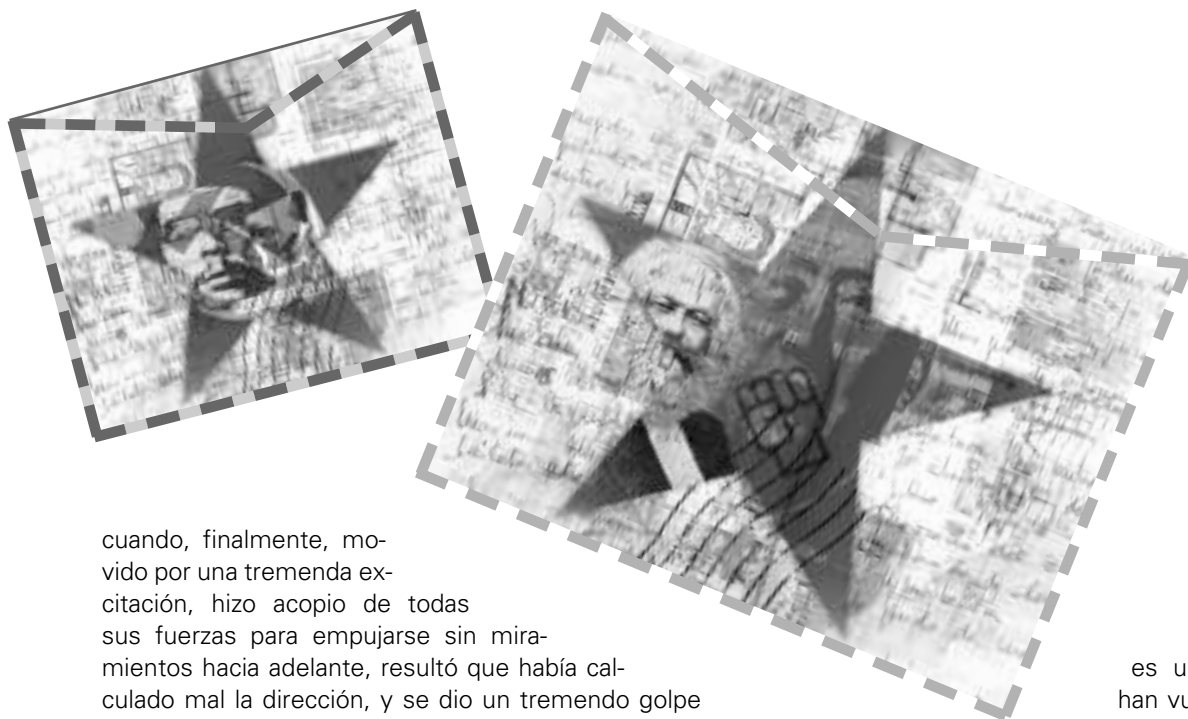
Disculpe usted si comienzo con un encabezamiento tan poco benigno, pero no puedo albergar respecto de su comportamiento sentimientos más nobles en este preciso instante. Soy un simple ciudadano. Podría decir con Pío Baroja lo siguiente: «La idea de que no seré nunca nada está muy arraigada en mi espíritu. Está visto, no seré diputado, ni académico, ni Caballero de Isabel la Católica, ni Caballero de industria, ni concejal...Y, sin embargo, cuando se pasan los cuarenta años, cuando el vientre empieza a hincharse de tejido adiposo y de ambición, el hombre quiere ser algo, tener un título, llevar un cintajo, vestirse con una levita negra». Tampoco tengo grandes esperanzas respecto de la clase a la que usted pertenece. Me acerco a los setenta años y creo haber vivido todos los dolores posibles causados por ustedes en el cuerpo social.

Cuando éramos jóvenes universitarios, ustedes eran hijos de papá y nietos y biznietos de papá. Gritaban contra la dictadura, se acostaban con todas las gentes que podían, y se autopresentaban como la única fuerza regeneradora de la historia. Todo lo que les rodeaba era supuestamente falso de toda falsedad: Iglesia, políticos, gentes de derechas. O ustedes, o el diluvio. Alguno de ustedes pasaron por comisaría, fueron fichados e incluso encarcelados por un par de horitas. Con estas credenciales obtuvieron un gran curriculum que les sirvió para recabar en adelante medallas, cargos y honores. Ustedes, eran la grandeza de la patria.

Con el curso del tiempo sin embargo, volvieron a ser lo que llevaban en el Rh de su sangre: hijos, nietos o biznietos de burgueses. Ocuparon en cuanto pudieron el sillón vacante del gobernador civil de turno. Se constituyeron así en nuevos burócratas conservadores, enriquecidos, pretenciosos intelectualmente, olvidando que el tiempo no es un reloj que consume su arena sino un cosechador que ata su gavilla: «Viejo burócrata, tu has construido tu paz a fuer-

za de cegar con cemento todas las salidas hacia la luz. Te has enroscado en tu seguridad burguesa, entre tus rutinas, en los ritos sofocantes de tu vida provinciana. No quieres inquietarte por los grandes problemas. Ya tienes bastante trabajo con olvidar tu condición de hombre. No eres en modo alguno el habitante de un planeta errante, no te planteas preguntas sin respuesta. Tú eres tan sólo un pequeño burgués de Toulouse. Nadie se preocupó de sacudirte los hombros cuando aún era tiempo. Ahora la arcilla de que estás formado se ha secado, se ha endurecido. Y nada, en adelante, será capaz de despertar tu músico dormido, al poeta o al astrónomo que quizás habitaba en ti en un principio» (Saint-Exupéry, A. de: *Tierra de hombres*. Ed. Plaza Janés, Barcelona, 1967, pp. 197-198).

Las gentes de su clase son la quintaesencia del principio de Arquímedes, ese volumen que sumergido en la sociedad experimenta un empuje vertical y hacia arriba semejante al volumen de los cuerpos a los que desaloja. Lejos de ser como pretendía el hombre nuevo, no es más que el instinto del crepúsculo. Su tiempo no es otra cosa que un reloj que consume su arena, y no un cosechador que ata su gavilla. Su peso es un peso muerto, inercial, degradado, envilecido, la viva estampa del engaño con el que ha decepcionado a los pobres a cambio de asumir el lado malo o falso de la historia. Ante usted cabe preguntarse con Marcel Proust: «¿Cuál puede ser ese desconocido estado que no trae consigo ninguna prueba lógica, sino la evidencia de su felicidad, junto a la que se desvanecen todas las restantes realidades?». Y usted encarna la respuesta a esa pregunta en el terrible texto siguiente de Kafka: «Primero quiso sacar de la cama la parte inferior de su cuerpo; pero aquella zona, que, además, no había visto nunca, y de cuyo aspecto, por tanto, tampoco podía hacerse una idea razonable, resultó ser demasiado pesada para moverse, la cosa marchaba muy lenta; y



cuando, finalmente, movido por una tremenda excitación, hizo acopio de todas sus fuerzas para empujarse sin miramientos hacia adelante, resultó que había calculado mal la dirección, y se dio un tremendo golpe contra los pies de la cama: el ardiente dolor que experimentó le enseñó que, en su estado actual, la parte inferior de su cuerpo era, quizá, la más sensible. En vista de lo cual intentó sacar primero la parte superior volviendo cuidadosamente la cabeza hacia el borde de la cama. Lo consiguió también sin ninguna dificultad y, a pesar de su anchura y pesadez, la masa del cuerpo se deslizó finalmente en la dirección de la cabeza. Pero cuando, por fin, consiguió sacar la cabeza de la cama y sostenerla en el aire, le entró miedo de seguir resbalándose hacia adelante en aquella posición, pues si al final se dejaba caer tal y como estaba, tendría que ocurrir un verdadero milagro para que no se hiriera la cabeza. Y precisamente en aquellos momentos lo último que quería perder era el conocimiento: para eso prefería quedarse en la cama». Exactamente esa es la metamorfosis que ustedes han llegado a ser.

Son ustedes esos vulgares padres actuales de la patria para quienes la victoria tiene muchos padres, pero la derrota ninguno. No me duele más, político profesional de izquierdas, mi propio dolor que el sufrimiento de aquellos cuyos ideales de libertad, igualdad y fraternidad, han laminado ustedes mismos. Ustedes, que iban a transformar la tierra en el cielo, han sembrado de sal cada rincón del humus; ustedes, que estaban contra la resignación, piden resignación para los próximos cien años de crisis; ustedes, que predicaban alboradas venideras, han olvidado que cada día

es un nuevo día, se han vuelto animales de vino, de buen vino, de cosecha, de añada, de borrachera de guante blanco.

Su única preocupación es dar consejos a los educadores para que se conviertan en burócratas y oficinistas con cargo al erario público. Esta es su elegía: después de tanto ambicionar, nada late en aquellos sus presuntos corazones heridos. Han pasado de ser revolucionarios a pastores de borregos esquilmados, ya no cantan más baladas ni habitan en el exilio. Han convertido a los ciudadanos en exiliados sin canción. Ustedes no han hecho nada por nadie, antes al contrario, han deshecho a casi todos y trocado la entera humanidad en un rencor nacionalista cosaco. En el fondo del agujero estamos todos, nadadores, piscina y vacaciones. Su única manera de luchar contra la peste es expandirla. Su cuento ya no tiene moraleja, es solo cuento. Serían incapaces de escribir algún salmo por el hombre. Mereces, político parásito de izquierdas hemipléjicas, una lección, pero no estás dispuesto a aprenderla. En el día del derrumbe ya no dices bendita seas, prisión; eres un monstruo. Eres un cobarde. Has pasado tanto por el aro que ya no tienes ninguna canción para después. Y, sin embargo, te gusta tu destino.

Un día también rezarás, rezarás una falsa oración, la del yo-mi-me-conmigo. Te has convertido de la cuna a la tumba en un himno a la precariedad. Descansa en paz, si puedes. 

CARTA A UN BANQUERO

LUIS CAPILLA

Miembro del Instituto E. Mounier

AVISO DEL AUTOR:

Este artículo debe ser leído con cierta prevención, pues quien lo escribe fue empleado de Banca. En el subconsciente puede albergarse el resentimiento y la envidia.

Sr. Banquero:

Me preocupa su vida y sobre todo su actividad, porque —no es un secreto— siempre ha vivido usted peligrosamente, pero últimamente su afición al riesgo nos pone a todos en peligro, un peligro que es mucho mayor para los que menos tienen, por cuanto son quienes acaban pagando sus excesos de riesgo.

Vivir con riesgo por generosidad es una virtud muy humana, pero el riesgo por egoísmo es un vicio inhumano. La peligrosa zona por la que discurren vuestras vidas está entre la codicia, «apetito desordenado de riqueza», y la avaricia, «afán de poseer y adquirir riquezas para atesorarlas». Así, no sólo vivís en peligro, sino que os convertís en un peligro para todos.

¿Qué pensar de vosotros que os creéis poseedores de una gran dignidad? Fue Moliere quien de una forma lapidaria definió lo que es el avaro: «ese ser sin entrañas que fornicar todos los días con la materia». Y no hay que ser un experto en Sagrada Escritura para interpretar la frase del evangelista (Mateo 6, 24) donde nos dice: «no podéis servir a Dios y al dinero».

Que no sois trigo limpio es evidente, baste un ejemplo. En cierta ocasión le pregunté a mi hermano —director de banco— que me informase de alguna singularidad del presidente y, sobre la marcha, a mi consulta telefónica contestó: «puedes decir que es el único banquero del mundo que tiene 22 juicios». Por cierto, los va ganando todos. Pues los que se ponen difíciles pueden alargarse y la solución es, naturalmente, la prescripción. La última y más sonada, la que afectó al juez Garzón.

Hay que reconocer que tenéis una gran imaginación, lo malo es que no la apliquéis a mejores fines. De entre las innumerables fechorías que habéis hecho, hay una que sobresale por su inventiva y su ex-



tensión. Me refiero a la que se conoce en la jerga bancaria como «cesiones de crédito».

En noviembre de 1999, el *Financial Times* publicó un artículo titulado «Los pecados del Banco Santander», en el cual se revelan muchas cosas. El asalto sobre Banesto tiene su origen en las oscuras «cesiones de crédito» con las cuales se defrauda a Hacienda en 100.000 millones de pesetas.

El Banco de Santander adjudicó 42.274 créditos a falsos prestatarios creados a partir de gente fallecida, identidades imaginarias, etc. El esquema estaba basado en una pirámide, y con tantos intermediarios que hacía su detección casi imposible. Más de 435.000 millones de pesetas llegaron al banco por este sistema que ofrecía un 15% de interés, muy por encima del tipo del mercado.

Según el informe pericial 9.566 de estas operaciones se califican de «titular discrepante». Uno de ellos

le tocó al Arzobispo de Tarragona, quien al ser interrogado por los periodistas contestó con humor: «Señores, confieso que en mi larga vida pastoral, he cometido muchísimas faltas, pero ahora no puedo arrepentirme de las cesiones de crédito, como ustedes llaman a esas cosas, porque ni siquiera sé lo que significa».

El fiscal, que apreció indicios de criminalidad, solicitó que se citara como imputados a todos los miembros de la comisión ejecutiva del Banco Santander. Pero a los tres meses el Ministerio público cambió súbitamente de criterio y solicitó el sobreseimiento libre de los responsables del banco.

La abogacía del Estado, que debe defender los intereses de la Hacienda Pública, dependía jerárquicamente del ministerio de **Rodrigo de Rato**, y pasó, sin más, a solicitar el sobreseimiento, contradiciendo a la mismísima Agencia Tributaria.

La Abogacía del Estado, que ajusta las cuentas a miles de ciudadanos, deja al margen de cualquier responsabilidad a los banqueros para que se hagan más ricos a costa de tales operaciones fraudulentas, que el banco propone con manifiesta certeza de impunidad. Era la época en la que el presidente del Banco presumía de que «él es el que lleva a José M.^a Aznar en su avión privado cuando se desplaza a Londres».

Si contáis con la complicidad de los que deben defender la legalidad y el interés del pueblo, no resulta extraño que degradéis a pueblos enteros. Así, en Suiza, se ha votado y convertido en ley el secreto bancario. Los ladrones de todo el mundo pueden ir allí a ocultar lo que han robado.

Sois clientes asiduos y permanentes de los «paraísos fiscales» y naturalmente siempre estáis en contra de la «Tasa Tobin», que posibilitaría una disminución de la distancia gigantesca que existe entre la economía real y la financiera.

Vuestro poder financiero es tan colosal que lo compráis todo: el humor, el amor y hasta la religión.

He conocido un banco que cuando se reunía el Consejo de Administración llamaba a un empleado para que les hiciera de bufón. Así se definió delante de mí, un día, el cuenta chistes: «yo soy un cabrón» y de éste modo manifestaba su herida dignidad humana.

Coincidieron en una reunión un obispo y un banquero de edad avanzada a quien acompañaba una joven. El obispo —ingenuo o no— le pregunta: «¿su hija?». Y el banquero contesta: «no, no, mi novia». Sin comentarios.

Hace unos meses a una Virgen muy pequeña un banquero le regaló un manto. Pero, aunque el manto cubriese el globo terráqueo, no taparía las tropelías que había cometido a lo largo de su larga vida bancaria.

Philip Roth es el nuevo premio príncipe de Asturias. Hay un momento, en su novela *Patrimonio*, que puede resumir vuestro espíritu. Es cuando el padre del novelista le enseña a su hijo una caja metálica en donde el padre «guardaba su testamento, su póliza de seguros y sus libretas de ahorro».

Una vez más es Mounier, citando a Peguy, quien ilumina la realidad: «así como los Evangelios son la unión total del pensamiento cristiano, así mismo la libreta de la Caja de Ahorros es el libro y la total reunión del pensamiento moderno. Sólo ella es lo bastante fuerte como para intentar oponerse a los Evangelios, porque la libreta de la Caja de Ahorros es el libro del dinero, el cual es el anticristo».

A pesar de todo, y sabiendo que sois unos desgraciados, sigo creyendo que «en el hombre hay más motivos de admiración que de desprecio», aunque vosotros, los banqueros, nos los pongáis muy difícil. 

CARTA ABIERTA A LOS DIRIGENTES DE LA UE, A LOS POLÍTICOS EUROPEOS, CON EPÍLOGO PARA LOS CIUDADANOS EUROPEOS

ANTONIO COLOMER VIADEL

*Catedrático de Derecho Constitucional
de la Universidad Politécnica de Valencia*

¿No se avergüenzan ustedes de que ese espacio de respiración libre que ha sido, pese a desfallecimientos, los países de la Unión Europea, viva zozobra e inquietudes muy graves, consecuencia de su incompetencia, cuando no de sus comportamientos claramente vergonzosos?

No hace mucho publicaba, junto con otros colegas el libro *Un nuevo rapto de Europa*, en el que establezco un paralelismo con el viejo y mítico rapto, pero ahora realizado por la especulación financiera internacional, ante la que no han sido capaces de levantar un freno de dignidad y rechazo.

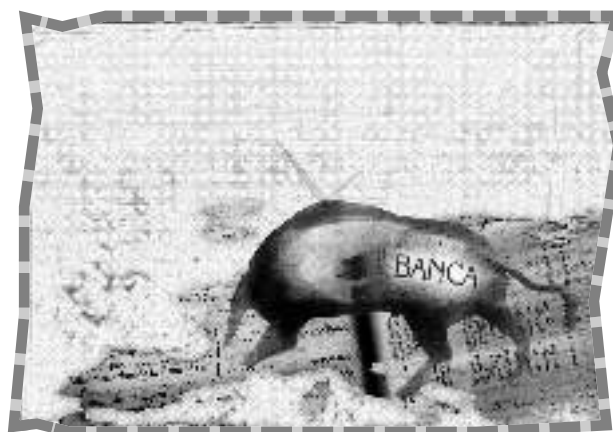
Ese temor reverencial ante el ogro del mercado y los tiras y aflojas para no irritarle nos llevaría a definir la naturaleza de la coyuntura europea actual de carácter «sisífico», evocando a aquel otro mito clásico del personaje que debe empujar con agobio la roca hasta la cumbre de la montaña para verla rodar al pie de la ladera irremediablemente, con profunda impotencia.

Pareciera que la única obsesión de ustedes es salvar a los financieros incompetentes, cuando no corruptos, al precio que sea y sobre las espaldas de los pueblos europeos condenados a esa «sisífica» empresa sin retorno.

¿Por qué no puede ponerse en pie un banco al servicio de los ciudadanos en donde el ahorro popular se conceda sin intermediarios y en las mejores condiciones posibles a aquellos que quieren salvar sus empresas, sus proyectos profesionales o poner en práctica iniciativas innovadoras e imaginativas?

Resulta además inadmisibles que las deudas privadas de entidades privadas como son los bancos quieran convertírnoslas en deudas soberanas, es decir, deudas de todos los ciudadanos, a través de la responsabilidad de sus Estados.

Hemos asistido con asombro a esos comportamientos, que, si tuviéramos que volver a integrar en el derecho europeo instituciones del viejo derecho ro-



mano, tendríamos que definir las como prácticas de usura, que en aquel derecho eran condenadas sólo por superar el 6% de interés como delito infamante, condenando a los que lo practicaban a devolver el cuádruplo de los intereses usurarios cobrados. Tal vez, si esta práctica de infamia se recobrara ahora, muchos de esos dirigentes desvergonzados que, tras arruinar y quebrar a sus empresas financieras y dejar a tantos ciudadanos en situación de angustia económica, aún quieran cobrar indemnizaciones impúdicas, tendríamos que condenarlos a salir a la calle con el capirote en el que reconocieran su infamia de querer enriquecerse a costa de la ruina de sus conciudadanos.

Tal vez lo que nos falta es un liderazgo político de directa legitimación democrática unido a una intensa participación ciudadana. Nos quieren hacer creer los tecnócratas de mentalidad gerencial que no pueden ser sustituidos, mediante el engaño de su supuesta suficiencia competencial. Hay que llamar a políticos al servicio del pueblo y comprometidos con él, y acabar con esa lenta e ineficaz toma de decisiones en la UE.

Hay que acabar con esa pugna entre intereses nacionales que debilita, cuando no paraliza, la presencia europea, enérgica y decidida, tanto en el plano interno como en el internacional. La infiltración de servidores de las finanzas internacionales, que actúan como lacayos leales en nuestras instituciones europeas, supone un resorte desmovilizador y autocomplaciente con aquellos intereses enemigos de Europa.

Las instituciones europeas tendrían que volcarse en aquellas iniciativas locales de empleo por las que se presta crédito barato, asistencia técnica y estudios de viabilidad a grupos que quieren poner en marcha proyectos renovadores y que integren sobre todo a los jóvenes desempleados, dándoles una nueva ilusión y esperanza de superar su situación, a la que han sido arrastrados por tales prácticas financieras, sus cómplices y encubridores.

A finales del 2011 el grupo de economistas aterrados denunciaban la creencia dogmática de que los mercados financieros son el buen mecanismo de asignación del capital, en vez de considerar que la crisis es en buena media el efecto de la deshonestidad e irresponsabilidad de algunos actores financieros mal vigilados por los poderes públicos. El mundo de las finanzas desregulado y globalizado no genera estabilidad económica sino todo lo contrario: infla los precios de los activos en forma excesiva e irracional generando burbujas financieras.

Si de verdad queremos que los principios de subsidiariedad y solidaridad que vertebraron el proyecto europeo no sean una mera ficción hay que colocarlos en los hermanamientos de las ciudades, de los grupos comunitarios y cooperativos, de las asociaciones ciudadanas y recordar la alternativa islandesa, donde pacífi-

camente el pueblo de aquella isla se rebeló contra el sometimiento a los fraudulentos actos de una banca deshonestas y de sus cómplices políticos, que querían transferir sus deudas a todos los ciudadanos. El rechazo popular a esta estafa ha implicado un resurgimiento de la vida social, política y económica de Islandia, que estuvo al borde de la quiebra en el 2008.

Para que este giro radical y ético sea posible se necesitará la movilización de los ciudadanos y un gran clamor popular.

El Derecho Comunitario europeo ha regulado recientemente las Iniciativas Ciudadanas mediante las cuales, reuniendo un millón de firmas de, al menos 7 Estados de la Unión, se pueden elevar estas iniciativas al Parlamento o a la Comisión para que se tomen medidas en el sentido de las propuestas arriba señaladas. Tendríamos que conseguir que fuéramos varios millones de ciudadanos de la mayoría de países de la Unión los que respaldáramos tal iniciativa, de tal modo que políticamente y moralmente fuera irrechazable.

Una tal regeneración europea, al servicio del pueblo europeo para construir su voz propia y autónoma, debe partir de considerar que no puede existir democracia política sin democracia económica y que la dignidad de la persona, de sus derechos y libertades, empieza por este protagonismo para ganar su sustento sin sometimientos ni humillaciones.

Ciudadanos europeos y políticos honestos europeos, al final del primer capítulo de nuestro libro escribí: «tendremos que tener el coraje de desafiar a esos especuladores perversos, sus cómplices y encubridores, a esos raptos sombríos que sobrevuelan el horizonte europeo, dispuestos a enriquecerse sobre nuestra ruina. Y habrá que derrotarles»¹.

1. Colomer Viadel, Antonio (coord.) *Un nuevo rapto de Europa. Las encrucijadas del Tratado de Lisboa*. Colección Política y Derecho (PO-DER) IBEM. Ed.Hathi, Valencia, 2012. Véase también en La Hora de Mañana (www.lahorade.es).

CARTA A UN EMPRESARIO

JOSÉ ÁNGEL MORENO

Economistas sin Fronteras, www.ecosfron.org

Sr. D. Fulano Martínez

Presidente

Sociedad Española de Confecciones (SECO) (*)

Madrid, 25 de mayo de 2012

Sr. Presidente:

Me permito dirigirle estas líneas en representación de la organización social Escrutinio Empresarial (EsE) (*), que, como espero que quizás ya conozca, centra su actividad en el seguimiento, análisis y evaluación del grado de responsabilidad social de las grandes empresas españolas. Algo que nos parece relevante siempre, pero mucho más en las muy duras circunstancias por las que atraviesa nuestro país a causa de la crisis.

Una vez finalizado el análisis de todas las empresas del IBEX 35 que por estas fechas hacemos cada año (**), quería ante todo transmitirle nuestra felicitación: SECO ha conseguido el primer puesto del colectivo analizado en el ranking de responsabilidad social empresarial (RSE) que elaboramos.

En este sentido, debo comunicarle que su empresa ha conseguido una puntuación particularmente elevada en las tres siguientes facetas:

- Las políticas de acción social que desarrolla su fundación en el terreno asistencial y cultural.
- La amplitud y adecuación a los criterios internacionales de su Informe de Responsabilidad Social.
- La calidad formal del Código de Conducta de su grupo empresarial.

(*) Entidad ficticia.

(**). Dos entidades españolas realizan realmente análisis anuales de este tipo sobre las empresas del IBEX 35, y ambos de una gran calidad (mucho mayor de la que cabe intuir en esta carta): el Observatorio de la RSC (www.observatoriorsc.org), del que forma parte Economistas sin Fronteras, y el Observatorio de la RSE (www.observatoriorse.org).



No son, desde luego, los únicos ni los más significativos componentes de la RSE, que tiene un carácter integral y que afecta a todas las vertientes, áreas y actuaciones de la empresa. Pero son aquellos en los que SECO (y la inmensa mayoría de las empresas analizadas) obtiene mejor calificación. Por eso, esta primera posición debe verse matizada por las muy bajas calificaciones que todas las empresas del colectivo y la propia SECO obtienen en la mayoría de las restantes dimensiones estudiadas.

Con todo, no podemos dejar de hacer algunas consideraciones incluso sobre estas tres actuaciones más destacadas:

- Las actividades de su fundación parecen decididas sin ningún tipo de participación ni de valoración por parte de los potenciales colectivos beneficiarios ni por otros agentes sociales. No se ofrece tampoco ningún tipo de información sobre el valor social añadido realmente por las actuaciones, aportándose sólo datos del gasto en cada actividad. Extraña también que las cuantías dedicadas a comunicación sean similares a las de realización de las actividades.
- La sofisticación y amplitud del Informe de Responsabilidad Social de SECO no evitan, sin embargo, defectos que en EsE consideramos relevantes: sigue siendo un informe prácticamente incomprensible para la mayoría de la población; no pasa de ser sólo un muy atractivo recuento de actuaciones positivas, pero sin ninguna información relevante sobre los impactos sociales y ambientales negativos, lo que impide una valoración objetiva de la calidad real de los comportamientos de la empresa; la presunta auditoría que ha realizado del Informe una entidad especializada no deja de ser una amable y muy superficial supervisión sin ninguna pretensión crítica y con escaso rigor; las informaciones recogidas en el Informe responden sólo a lo que la empresa quiere informar, pero de ninguna forma reflejan lo que las diferentes partes interesadas (accionistas, clientes, proveedores, empleados, comunidades locales donde la empresa opera, expertos, organizaciones sociales...) quisieran conocer de la empresa para poder valorar objetivamente la forma en que les afectan sus actuaciones.
- Pese a la indudable pormenorización de los criterios recogidos en el Código de Conducta, la empresa no facilita ninguna información de su aplicación ni de las consecuencias que está teniendo ni de la existencia de canales confidenciales, fiables y seguros para que tanto los empleados como cualquier observador externo pueda denunciar al departamento que gestiona el Código acerca de la existencia de prácticas y de personas que lo vulneran. Circunstancias que pueden alimentar la sospecha de que no es sino un ejercicio de imagen, pero sin efectos prácticos

para mejorar realmente la calidad ética de las actuaciones.

Sea como fuere, y como antes le apuntaba, no son éstas las deficiencias más importantes que observa EsE en la actuación de SECO. Hay otros aspectos que nos parecen mucho más significativos de su responsabilidad social efectiva. Para no extenderme más de lo que es razonable, sólo apuntaré cinco.

1. SECO, que pese a la crisis ha seguido consiguiendo cifras de beneficios considerables, ha iniciado varios procesos de deslocalización de plantas en nuestro país sin ningún tipo de diálogo ni con los sindicatos ni con las comunidades afectadas (y sin devolver las ayudas oficiales concedidas para las instalaciones). Así mismo, y al amparo de la crisis y de la reciente reforma laboral, SECO ha planteado severos procesos de despidos y de recorte de las condiciones salariales.
2. Estas duras condiciones no parecen haber afectado a la alta dirección de la empresa, que, en conjunto, ha incrementado su remuneración en los últimos cuatro años muy por encima del alza de beneficios y del salario medio, en el marco de un abrumador ensanchamiento de la brecha salarial. En concreto, su remuneración personal (sin incluir las generosas aportaciones a planes de pensiones que cada año recibe) supera en la actualidad en 90 veces el salario medio de la empresa (***).
3. Organizaciones sociales internacionales han denunciado las condiciones de producción y servicio que exige SECO a pequeños proveedores de países en desarrollo, que, para satisfacerlas, imponen inhumanas condiciones de salubridad y trabajo a sus empleados.
4. Así mismo, diferentes organizaciones sociales han denunciado las dos grandes factorías textiles que SECO está construyendo en América Latina y en el Sudeste de Asia, que están generando efectos ambientales dramáticos en las zonas de construcción, están desplazando comunidades indígenas de su hábitat natural con indemnizaciones no negociadas y ridículas y mantienen condiciones laborales de extrema dureza en las plantillas contratadas en la construcción.
5. Finalmente, SECO (como el 80% de las empresas del IBEX 35) opera en diferentes paraísos fiscales,

(***). Este dato corresponde al promedio de las empresas del IBEX 35, en el que existen empresas con brechas salariales sustancialmente mayores.

eludiendo el control y la fiscalidad de la Administración Pública española. Al mismo tiempo, el ya muy relevante negocio de venta *on-line* de SECO radica íntegramente en las Islas Seychelles, paraíso fiscal donde SECO no tiene ninguna planta operativa y sólo cuatro empleados, pero dónde registra un beneficio (sin tributación alguna) que, para no perder las formas, podríamos calificar como espectacular.

A este respecto, quisiera concluir esta carta de felicitación con unas consideraciones finales:

1. Las actuaciones por las que ha conseguido el primer puesto de nuestro ranking no afectan al núcleo central de la actividad (y por tanto, de la responsabilidad) de SECO, sino que en buena medida se sitúan en el ámbito de la imagen.
2. Todos los expertos coinciden en que una empresa responsable es la que no se limita a cumplir con la legalidad (y que, desde luego, no la elude). Por eso, una empresa que (como la suya) obtiene beneficios y presume de responsable no debería actuar con la miopía cortoplacista con que lo hace ni acogerse a facilidades o a lagunas legales para desarrollar deslocalizaciones sin negociación, realizar despidos colectivos no imprescindibles, deteriorar las condicionales laborales, permitir formas de trabajo irresponsable a las empresas que contrata, abusar de su poder de mercado frente a pequeños proveedores o minimizar su contribución económica a la Hacienda Pública a

través de complejos procesos de ingeniería fiscal o de puro fraude. Una empresa que, como la suya, presume de responsabilidad social debería (al igual que desarrolla voluntariamente políticas de mecenazgo) hacer más de lo que la ley puede obligarla a hacer en todos los ámbitos mencionados, contribuyendo a la economía nacional y al respeto de los derechos humanos en la forma en que moralmente debería hacerlo. Algo, por otra parte, que sería rentable a la larga para la empresa.

3. No parecen, tampoco, ni responsables ni éticos ni decentes el nivel y el ritmo de crecimiento de los salarios de la cúpula de SECO. Al margen de lo unilateral y poco transparente de su forma de fijación (sin control por accionistas ni empleados), en las circunstancias actuales son niveles y crecimientos simplemente obscenos.
4. Su primera posición en nuestro ranking ha obtenido una puntuación de 3,26 sobre una puntuación máxima posible de diez. Es decir, que ni siquiera SECO consigue lo que podríamos calificar de aprobado. Imagine las puntuaciones de las 34 restantes empresas.

Felicitándole de nuevo por ese primer puesto, pero esperando que impulse mejoras reales en la responsabilidad social de SECO, y agradeciéndole su interés, le saluda atentamente,

José Ángel Moreno
Escrutinio Empresarial

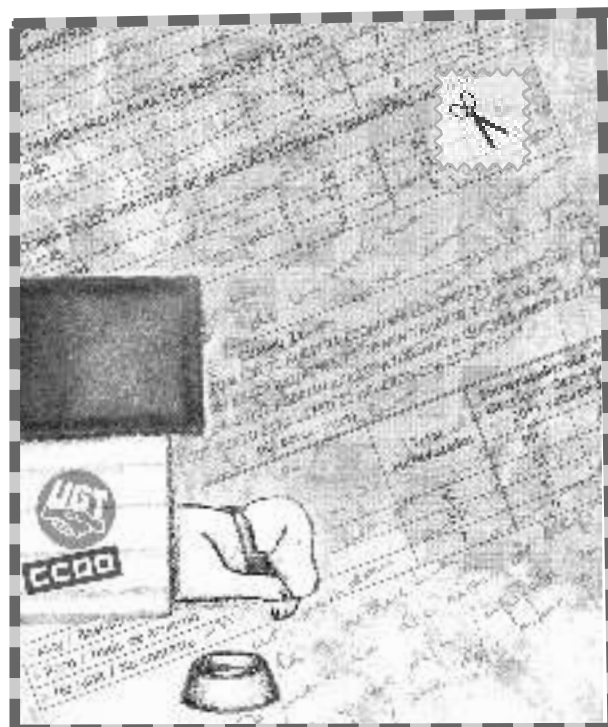
CARTA DE UN SINDICALISTA A OTRO SINDICALISTA

FÉLIX GARCÍA MORIYÓN
Profesor de Filosofía

Malos tiempos corren para quienes nos dedicamos a la militancia sindical. Con mayor o menor fortuna nos esforzamos por sacar adelante un antiguo ideal que acompaña a la clase trabajadora desde los tiempos de la consolidación del capitalismo como modo de producción, a comienzos del siglo XIX. El sueño era sencillo: la unión de los trabajadores explotados y oprimidos lograría romper las cadenas de unas relaciones sociales de producción en las que unos ganaban mucho y otros muy poco, para de ese modo lograr un mundo en el que, como decía bellamente el cantor, «nadie escupa sangre para que otros vivan mejor».

Ese ideal animó a trabajadores de toda Europa a unirse en asociaciones, practicando el apoyo mutuo y diseñando estrategias de lucha para mejorar sus condiciones de vida y obtener un reparto equitativo de la riqueza generada por el sistema productivo. Lucharon con energía nuestros antecesores sindicalistas; pasaron momentos muy duros, sometidos a brutales represiones; pero también lograron importantes victorias, gracias a las cuales las condiciones materiales y espirituales de existencia de los trabajadores mejoraron. Era una vida exigente y dura, pero honrosa. Y tanto esfuerzo hizo posible que, en los llamados «treinta gloriosos» desde 1945 hasta 1973, la lucha sindical contribuyera decisivamente a conseguir el Estado del Bienestar en muchos países de Europa.

Podemos estar orgullosos de pertenecer a esta larga tradición y de continuar lo que nuestros antepasados hicieron para mantener lo conseguido y mejorar todo aquello que todavía funciona mal. Sin embargo, no corren buenos tiempos para los sindicalistas. Desde comienzos de los años 70 del pasado siglo, la correlación de fuerzas empezó a cambiar y 40 años después estamos algo peor.



En los barómetros de opinión salimos mal parados. En el de Metroscopia del 2011, los sindicatos obteníamos una calificación de 3,3, y por detrás sólo estaban los obispos (3,1), bancos (2,9), partidos políticos (2,8) y políticos (2,6)¹. Abogados (5,8), policía (6,7) y científicos (7,4), entre otros, estaban mejor valorados. Lejos de mi intención conceder a estos barómetros de opinión la capacidad de emitir juicios ver-

1. LOBERA, Josep: «Menos respeto a los que mandan» *El País*, 28/08/2011

daderos sobre aquello de lo que opinan (la verdad no se alcanza por votación popular), pero son instrumentos fiables para saber lo que piensa la gente. Y en este caso, está claro. Los sindicatos no están bien valorados. Y si bien el pueblo no siempre tiene razón, tampoco suele equivocarse demasiado.

¿Cómo hemos podido llegar a esta situación? ¿Por qué no contamos con el favor de la opinión pública? Está claro que el mal viene de lejos. No debemos olvidar que los niveles de afiliación sindical son muy bajos en España, apenas un 15% (el 75% de los empresarios pertenece a alguna patronal), y la afiliación ha descendido en los últimos años. Es además mucho más baja entre los más perjudicados por la situación actual, los trabajadores temporales (sólo el 10%). Y la mayoría de la afiliación milita bien poco, con una escasa formación sindical, y política en general.

Está claro también que contamos con una campaña de desprestigio perfectamente diseñada y ejecutada. No hace mucho, Esperanza Aguirre, en una de esas frases que contribuyen a hacerla famosa, decía que el sindicalismo caería como había caído el muro de Berlín. Con su peculiar estilo políticamente incorrecto, decía lo que piensan en su partido, aunque no suelen decirlo en voz alta. Hace ya varias décadas, Margaret Thatcher consideró también que los sindicatos eran un enemigo para una sociedad libre y lanzó un ataque furibundo que en aquellos momentos se saldó con una sonora victoria de la Dama de Hierro. Desde estos círculos y desde los medios de comunicación que les son próximos no se pierde oportunidad para destacar que los sindicatos, en especial los sindicalistas, son parte del problema de la precaria situación de los trabajadores y en ningún caso una estrategia adecuada de solución. Son muchas las personas que han quedado convencidas por ese discurso anti-sindical.

Por otra parte, asistimos a una profunda crisis global, una de cuyas dimensiones es la restructuración de las relaciones laborales y la recuperación de la tasa de beneficio por parte de la élite dominante. En esa batalla hay una clara contradicción entre los intereses de la élite y los de los trabajadores, como puede verse en la última reforma laboral, digna sucesora de todas las anteriores. En esta batalla, la élite que está presente en la patronal y el gobierno nos lleva clara ventaja y nos ha infligiendo derrota tras derrota.

No obstante, demostraríamos muy poca sensatez si nos limitáramos a echar la culpa a los de fuera. Es un recurso muy humano que casi todos ponemos en práctica cuando algo nos sale mal, pero sin duda es un recurso que no ayuda a detectar los problemas reales y, al desviar la atención de lo que está a nuestro

alcance modificar, esto es, nuestra propia práctica sindical, nos impide aportar soluciones que nos ayuden a recuperar lo que pretendemos ser: asociaciones que contribuyan a mejorar las condiciones de vida de los más desfavorecidos.

Una gran parte del problema está en nosotros mismos, en nuestro modelo de sindicalismo. El modelo de representación sindical vigente en España en las últimas décadas ha favorecido un sindicalismo muy burocratizado, convertido en institución paraestatal de gestión de los conflictos laborales. Las elecciones sindicales, con un modelo muy próximo al de las elecciones parlamentarias, permiten decidir cuáles son los sindicatos representativos, con derecho a sentarse en las mesas de negociaciones. El número de delegados obtenidos garantiza unos importantes ingresos del Estado y la presencia de sindicalistas liberales.

Todo eso ha terminado generando una situación perversa que bien puede sintetizarse en un refrán popular «no muerdas la mano de quien te da de comer». La burocracia sindical se sustenta con esas subvenciones estatales y no se siente urgida por lograr incrementar el número de afiliados. La separación entre lo que realmente les preocupa a los trabajadores y lo que les preocupa a los líderes sindicales, se va acentuando, separación que se radicaliza en las grandes empresas y en los organismos oficiales en los que la relación directa de los delegados sindicales con los trabajadores se debilita sensiblemente.

Siguiendo unos pasos que son habituales en los procesos sociales, la distancia de los representantes sindicales aleja a los afiliados de la vida sindical. Este alejamiento de afiliados refuerza la distancia de los representantes y así terminamos en una práctica sindical doblemente viciada: apenas hay capacidad de movilizar a los trabajadores, por lo que no se pueden plantear luchas contundentes, capaces de forzar a la patronal o el gobiernos a sentarse a negociar en condiciones de mayor igualdad; los sindicatos se van transformando en asociaciones que ofrecen servicios jurídicos y otras prestaciones sociales, desde vacaciones hasta cursos de formación, pero que han olvidado o marginado el objetivo fundamental de lograr una transformación radical de las relaciones sociales de producción y de todo el orden social, político y económico. Luchan poco y sólo negocian, siempre a la baja porque no hay lucha previa.

Además hay casos de corrupción en los sindicatos igual que en otras instituciones, pero que en este caso suelen ser más devastadores porque el sindicalismo debe regirse por unos valores sociales diferentes, en los que el apoyo mutuo y la solidaridad son

centrales. Los trabajadores no entienden la implicación de sindicalistas, incluso de cúpulas sindicales, en EREs², algunos de ellos claramente fraudulentos. Tampoco comprenden bien la liberación laboral de los delegados sindicales, bastantes de los cuales se perpetúan indefinidamente en los cargos. Les deja perplejos que representantes sindicales hayan formado parte de los consejos de administración de las Cajas de Ahorro en los años en que éstas fueron mal gestionadas y esquilmas en beneficio de intereses particulares.

Verás que la situación es dura, se avecinan a corto y medio plazo tiempos más duros todavía. No está el tiempo para abandonos en la lucha ni para que cunda el pánico o el desánimo. Como ya decía Mounier, necesitamos una doble revolución, pues tenemos que cambiar no sólo el orden social sino también nuestro propio orden interior. La magnitud de la crisis actual hace más urgente si cabe el cambio en ambas di-

mensiones. No sólo tenemos que seguir luchando con energía y tesón, con optimismo y sin desánimo, para frenar el deterioro creciente de las condiciones de existencia de los sectores menos favorecidos de la sociedad española. Debemos también acometer con decisión una profunda reforma interior para erradicar de nuestras prácticas sindicales toda la herrumbre de los valores dominantes para que afloren y fructifiquen los genuinos valores sindicalistas del apoyo mutuo y la solidaridad.

Nuestra causa es justa, pues buscamos un mundo más solidario y menos desigual. Nuestra causa es necesaria, pues sólo con esos mimbres podremos avanzar hacia un nuevo orden mundial más sostenible y más equitativo, capaz de proporcionar buenas condiciones de vida a todos los ciudadanos. Nuestra causa, en definitiva, merece tu esfuerzo y el mío, confiando en que nuestro ejemplo logre atraer a más personas hacia lo que hacemos y buscamos. 

2. Expedientes de Regulación de Empleo.

CARTA A UN JOVEN INVESTIGADOR

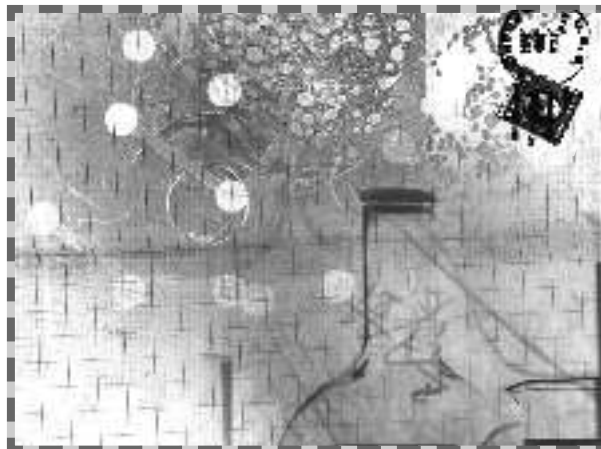
SERGIO BARBERO BRIONES
Investigador del CSIC

Querido compañero:

Has llegado hasta aquí con gran tesón, pero ahora te inunda una extraña desazón. Cuando te metiste en esto de la investigación, ya hace varios años, lo hiciste, sobre todo, movido por una doble pasión: la de aprender y la de crear. Te habían contado que la torre Eiffel tiene grabado en letras doradas los nombres de setenta y dos científicos de la Francia moderna, o que la Luna está inundada de cráteres con epónimos de ilustres investigadores, pero nunca fuiste tan ambicioso como para imaginarte un futuro de semejante gloria. Más bien te asediaba una apremiante curiosidad por entender los entresijos de lo que te rodea. Y además, siempre creíste que esta pasión también tendría alguna utilidad, aunque a veces dudabas de cuál.

Después de todo este tiempo, y aunque mantienes el mismo espíritu, la mente te pesa y el corazón se te encoge. La incertidumbre se ha instalado, ya no sólo en tu labor científica, donde surge de manera natural, sino en tu propia vida. No sabes donde estarás, ni a corto ni a largo plazo, y no te crees ya los cantos de sirena sobre la manida sociedad del conocimiento. La precariedad laboral, el paro, inundan tu vida, no sólo entre tus colegas de profesión, sino también entre tus amigos y familiares. A ello añades la conciencia de que dos virus han infectado la médula dorsal de la ciencia: la banalización y la mercantilización excluyente. Aunque, no sé, quizás los dos virus pertenezcan a la misma cepa.

La banalización es en buena parte consecuencia de la obsesión productivista, herencia del agresivo modelo socio-económico vigente. Tal obsesión lleva aparejada una miríada de agentes controladores de la producción, qué tu bien conoces, armados con una nueva ciencia, que se ha venido a llamar *cienciometría*, cuyo fin es evaluar la ciencia en cuanto sistema productivo: factor de impacto, índice H, u otros muchos parámetros son los nuevos índices que dicen cómo de buenos científicos somos. El que las institu-



ciones regidoras de la ciencia utilicen tales parámetros es discutiblemente más o menos positivo o negativo. Sin embargo cuando el factor productivista es interiorizado por los científicos como valor por sí mismo, entonces las consecuencias son desastrosas. Empezamos a ir, no ya detrás de la verdad, sino detrás del número, de una línea más en el currículum. Es cuando fomentamos la cantidad sobre la calidad, lo ligero sobre lo maduro, el pensamiento rápido y el *brain-storming* sobre la argumentación sosegada precedida de la reflexión. En suma, pérdida de rigor, en la acepción positiva del término.

De momento la banalización de la ciencia es una tendencia, acorde con unos tiempos en los que la poesía de moda es el *haiku*, y el medio de comunicación más utilizado, el *twiteo*. Que la tendencia cristalice es en buena medida responsabilidad nuestra. Sin embargo, te advierto que han existido periodos históricos donde la banalización de la ciencia supuso un retroceso, incluso una pérdida irreversible, del saber científico. Así ocurrió con la ciencia de la época helenística. La conquistadora civilización romana no fue muy agradecida en grandes hombres de ciencia: Plinio, Varro, Seneca fueron más bien compiladores y divulgadores de una ciencia previa y que muchas veces no supieron transmitir correctamente y, aunque consiguieron salvar documentalmente parte del legado científico helenístico, éste se presentó en versiones tan resumidas y simplificadas que paradójicamente afianzó su pérdida *de facto*.

La utilidad socio-económica de la ciencia tiene incuestionables beneficios, y por tanto no debemos nunca obviar esta dimensión de nuestro trabajo. Amigo, tú bien sabes que nunca compartiremos la concepción estética del matemático Harold Hardy, para quién las matemáticas sólo eran realmente bellas si carecían de aplicación práctica. Ahora bien, esta dimensión transformadora de la ciencia es bifaz; la componente benefactora siempre ha venido acompañada de la cara dañina. Precisamente por esta potencialidad, la ciencia debe estar dirigida y controlada desde la ética, y en un segundo estadio desde la política: una cara potenciada y la otra reprimida. Si, en cambio, es dejada al libre albedrío de los vaivenes del mercado, la ciencia mostrará una u otra cara, sin orden ni concierto. La mercantilización excluyente es un movimiento monopolizador en la transmisión a la sociedad de la ciencia y la técnica. La exclusiva reorientación mercantilista del saber científico-técnico acaba, pues, coartando la elección democrática de los fines y objetivos de la ciencia, algo ineludible si perseguimos una sociedad libre. Aquí también, compañero, tenemos algo que decir y hacer.

El saber científico deslumbra por su capacidad profética; por su increíble infalibilidad para predecir hechos futuros. En los inicios de la astronomía griega la capacidad de predecir eclipses era tan impactante que a los grandes astrónomos, que atinaban en sus predicciones, se les atribuían poderes mágicos, o bien se creía que eran mediadores divinos. Sin embargo la ciencia es muy torpe en predecir lo más sustancial: nuestro propio desarrollo como personas. Y esto es, sencillamente, porque ello depende de nosotros mismos, de la voluntad de ejercer nuestra libertad. Como la libertad se despliega a través de las virtudes, ¿no crees que cabría preguntarnos qué virtudes son las que nos deben acompañar en nuestra labor científica?

Recuerdo ahora la carta que Iván P. Pavlov, el que fuera premio nobel de medicina en 1904, escribió poco antes de morir; una carta dirigida a la juventud que deseaba dedicarse a la investigación científica. El texto, directo y conmovedor, expone las tres virtudes o actitudes que cualquier científico debe poseer: perseverancia, modestia y pasión.

Cuando todas las seguridades, y no sólo las laborales, se desmoronan, la perseverancia da coherencia y continuidad a nuestras acciones. Abordar, en serio, un problema científico es cómo iniciar una senda de gran recorrido. En ella, continuamente nos aparecen multitud de cruces, veredas, y desviaciones sin retorno; la perseverancia es la brújula en el sendero, la que

nos ayuda a fijar el rumbo sin desviarnos en nuestro mapa mental. Sí la perseverancia es la brújula, la voluntad es su motor. Sin fuerza de voluntad, la brújula pierde el polo magnético y se confunde el rumbo.

La modestia no es, únicamente, una virtud ética, sino también epistemológica.

En la exploración científica, la modestia significa la templanza en el razonamiento. El ser concientes de que incluso en la correcta ejecución del método científico, nuestras conclusiones puedan ser erróneas. Cuestionarnos acerca de la veracidad de nuestras ideas es abrir la posibilidad de descubrir en el propio cuestionamiento lo que es realmente cierto. La modestia es más que una virtud; es, en cierto modo, un requisito. Si creemos que hemos llegado a la cima de nuestro saber, dejamos de escalar. Actúa, pues, como un acicate para continuar el esfuerzo.

La pasión, si bien no virtud, es una actitud determinante, y aunque no lo parezca está hermanada con la perseverancia. Es el primer impulso para ponerse en marcha, y el hálito cuando flaquean las fuerzas. Amigo, permíteme que brevemente te cuente una historia de pasión y perseverancia en ciencia: la de los hermanos William y Caroline Herschel. Vivían de la música, él cómo organista, y ella cómo soprano. Por las noches, para descansar los fatigados ojos del estudio de partituras, salían al jardín de su casa para relajar la vista mirando las estrellas. Así nació una pasión. A la avanzada edad de 35 años, William leyó su primer libro de astronomía. Como no tenían dinero suficiente para comprarse un telescopio se lo construyeron ellos mismos. De esta manera los dos hermanos empezaron a dedicar todo su tiempo libre a la contemplación y estudio del cielo y todo lo que veían en él. Para ello tuvieron que dedicar bastante esfuerzo, puesto que continuaban su vida como músicos. ¡Pero su pasión eran las estrellas! Con perseverancia los dos hermanos se convirtieron en unos de los más importantes astrónomos de la época moderna. Consiguieron que el entonces rey de Inglaterra, Jorge III, remunerase su actividad como astrónomos, con lo que pudieron, por fin, dedicarse a la astronomía de manera profesional. Descubrieron, entre muchas otras cosas, un nuevo planeta del Sistema Solar, el que más tarde se llamaría Urano.

Amigo, no te entretengo más, espero que siquiera por un segundo se te haya olvidado la pesadumbre que te oprime. Terminó esta carta recordando el final de otra carta, el que Caroline Herschel escribió a su hermana para describir su gran pasión: las estrellas: «Hay secretos, querida hermana, y es nuestra tarea revelarlos. Tu nombre, como el mío, es una canción».

CARTA ABIERTA A LOS SEÑORES INTELECTUALES

CARMEN HERRANDO

Miembro del Instituto E. Mounier, Zaragoza

Muy distinguidos señores,

El motivo de esta carta que desde la revista *Acontecimiento* les enviamos es saber de ustedes, interesarnos por sus presentes quehaceres —otrota tan comprometidos—, por las acciones que acometen, o que les correspondería acometer, y que apenas notamos en estos días tan duros y estos tiempos aciagos y difíciles, en todos los órdenes de la vida. Esto es lo que nos mueve a dirigirles este mensaje, que quiere ser un tanto inquisitivo (que no inquisitorial, claro), porque sentimos no sin cierta desolación que en medio de una situación tan hosca, hay clamores que no se escuchan, y estamos, además, desde hace décadas, ayunos de verdaderas referencias humanas, sobre todo humanas.

Padecemos tiempos duros. Algunos los describen como «líquidos»; otros, recordando la célebre expresión de la gran Teresa de Jesús, los tildan de «recios», porque algo tienen que ver con aquellos en los que vivió la santa, llenos de silencios buscados y tan colmados de apariencias falsas... Los de hoy están verdaderamente empachados de relumbrones y bocinas, que no hacen más que anunciar («vender», se dice hoy, con mucho acierto) fórmulas y actos, las más de las veces sin contenido alguno, y otorgar nuevas medallas para animar las alabanzas de los poderes establecidos, a base de fotos y más fotos —de una calidad inigualable, eso sí—. Porque no me negarán ustedes que hoy se presentan como nunca las fachadas de todo, pero se cierran las puertas de las moradas con la mayor falta de acogimiento que se haya visto jamás. Tenemos la desgracia de haber hecho un mundo en el que casi nadie se cree la hermosa y cierta sentencia del principio de Saint-Exupéry: «Lo esencial es invisible a los ojos» (precedida de un innegable: «sólo se ve bien con el corazón»)... Lo grave es que no parece ni que se lo crean ustedes.



La sociedad de hoy tiene escasas referencias; es cierto. El relativismo se le ha metido en las entrañas como una ponzoña para la que no se conoce antídoto (aunque no deja de ser verdad que si lo hubiera nadie se mataría por obtenerlo, porque escasos son quienes combaten el mal del relativismo, y hasta diríase que son legión los que lo aplauden); pero no deja de ser un veneno que lo deforma y lo desvitaliza todo, y que llega a desvirtuar como nunca la realidad, que es con quien nos las tenemos que haber todos los mortales, y especialmente ustedes. ¿No lo creen así? Sin embargo, parece que ustedes son los primeros en permitir que lo relativista se siga colando por las ranuras de los campos donde ustedes más trabajan, y me refiero a los medios de comunicación, a la universidad, a la cultura de élites, y no digamos a la de la gente llana... ¿Dónde están hoy los adalides de la verdad? ¿Acaso ya no lo son ustedes? Siempre supimos —o eso nos enseñaron y así lo entendemos en el fondo de nuestro ser— que la verdad y la realidad están estrechamente ligadas; y para citar a una pensadora que se desgañó en su tiempo por vivirlo y proclamarlo, les recordaré una frase suya, nada diferente de lo que afirmó el gran santo Tomás: que la verdad es «el estallido de la realidad»¹. ¿No será que son ustedes los primeros que han dejado de creer en la verdad, promotora desde siempre de las cuitas de los predecesores de ustedes, los intelectuales, y rectora de cuantas acciones tienen que ver con el noble acto de *inteligere*?

Al dirigirme a ustedes no puedo dejar de pensar en las misiones que las gentes les han venido encomendando a lo largo de la historia, y de la historia más reciente (porque aunque intelectuales los ha habido siempre, esa palabra —que una servidora recuerde— la inventaron cuando casi expiraba el siglo XIX quienes se refirieron con desprecio a Émile Zola, al denunciar

1. Simone Weil, *L'Enracinement*, Gallimard (Folio), Paris, 1993, p. 319.

éste públicamente aquel escándalo que fue el caso Dreyfus). De modo que ustedes, o su colectivo, por así llamarlo, surgieron por acciones bien concretas de denuncia, relacionadas, por tanto, con la fidelidad a lo verdadero, y con miras hacia lo que es justo. No podemos olvidarlo.

Y al pensar estas cosas no puedo dejar de referirme a intelectuales que les han precedido a ustedes, y que trataron de definir, con gran honestidad, esta misión que al parecer se concretó en las citadas fechas de finales del xix. Me refiero, por ejemplo, a José Luis Aranguren, quien hace más de treinta años hablaba ya de la «misión transgresiva» del intelectual, y se refería a ustedes (y a él mismo) como personas cuestionadoras de todo y como gentes verdaderamente independientes del poder establecido. Él vivió, y muchos son los testigos, este cuestionamiento de sí mismo y esta independencia de lo puesto —más que de lo dado— con bastante espíritu crítico; y sigue siendo el referente de muchos. Así que, visto lo que sucede hoy, o lo que deja de suceder, ¿cómo no vamos a preguntarles a ustedes, y con urgencia, en qué ha quedado todo aquello?

El mismo Aranguren proclamó que el intelectual se caracteriza por ser un heterodoxo. Y decía también que el intelectual fetén «no se casa con nadie», y hasta que es «un excomulgado por sí mismo del sistema establecido, y se sitúa críticamente frente a él»¹⁷. Sin embargo, la experiencia que hoy nos brindan ustedes es precisamente la contraria: les podemos ver —además, sin que sientan ustedes vergüenza alguna— bien guarecidos a la sombra amparadora del poder establecido; y no se cortan —disculpen estas licencias coloquiales, pero es que ni en estas cuestiones nos merecen mayor respeto— en hacer ostentación de sus fidelísimas colaboraciones con la ortodoxia; sólo que lo hacen, para más *inri*, dándole una hipócrita pátina de heterodoxia, tratando de imponernos así todos sus conformismos con un lenguaje confundidor y feo como nunca hubiésemos imaginado: el de la dichosa corrección política. Y es increíble —créannos— ver a los llamados intelectuales acomodándose a tanta idiotez. Sólo el estatus y el dinero explican algo así, ¿qué otra cosa, si no?

En medio de los acontecimientos del año 1975, aunque también a lo largo de toda su obra, se refería Aranguren a la misión del intelectual como *misión*

moral por excelencia. Decía que el intelectual «es y tiene que continuar siendo el insobornable moralista de nuestro tiempo»¹⁸. Y escribió largo y tendido acerca de que tanto la misión crítica como la misión utópica constituyen la entraña misma de la labor intelectual. ¿Dónde está hoy esta crítica vigilante (que debería, por otra parte, ser autocrítica) o esa «excomunicación del sistema establecido, de sus ataduras y aún más de sus honores», a la que también se refiere Aranguren? Pero no se trata tanto de crítica de la sociedad, se apresuraba a añadir Aranguren: «Exilio y soledad también; pero solidarios, unidos a los demás hombres en el presente y el futuro» [...] Y también en el pasado. Porque «sería un grave malentendido —sigue diciendo Aranguren— inferir de lo que aquí se ha dicho que el intelectual debe *negar* la cultura de la que procede, y en su nihilista búsqueda intentar partir de cero»...

Este forzoso compromiso con el pasado es otra de las cargas pesadas que llevan muchos de ustedes, señores intelectuales de hoy, sobre sus espaldas. Porque no pocos de entre ustedes colaboran en esta destrucción de lo antiguo, y desprecian lo viejo, como si nada quisieran saber de esos «rostros pálidos» que nos han precedido y que, al estúpido parecer de muchos, nada aporta a la endiosada modernidad...

Confunden, señores, se confunden ustedes y confunden ustedes a un pueblo cada vez más desamparado en lo cultural y en todo lo demás, y que, por otra parte —y en esto, la verdad es que quedan ustedes algo «libres de pecado»—, no deja de ser culpable de su propia desazón, por su desgraciada condición de lanar y ovejuno.

No les vamos a pedir que reaccionen, porque no se puede convertir quien se sabe bueno. Pero sí queremos denunciar ese papel de moralistas que ya no juegan. Y pedir a la gente, pedirnos a nosotros mismos, responsabilidad y lucidez. Y un compañerismo entre nosotros, entre quienes formamos esta sociedad enferma y empobrecida sobre todo en valores, porque del reconocimiento de lo que somos y de una verdadera acción responsable y solidaria, tienen que surgir remedios.

Atentamente,

Carmen Herrando
Miembro del Instituto E. Mounier, Zaragoza

2. Vean ustedes la obra de José Luis ARANGUREN *La cultura española y la cultura establecida*, en el volumen 4 de sus *Obras completas* (Trotta, Madrid, 1996), p. 595.

3. Sigán leyendo esas páginas...

CARTA A UN JOVEN

JOSÉ LUIS LORIENTE PARDILLO
Miembro del Instituto E. Mounier, Madrid

Querido amigo:

Me resulta difícil escribirte sin adoptar un tono envejecido. Quienes ya no somos tan jóvenes y otros más mayores que, además, pretendemos ser militantes tenemos siempre la tentación —razonable o no— de lanzar hacia los de tu edad el reproche. Es para nosotros como un tópico hablar de «generación perdida» como para otros lo es el decir «la juventud no es así», «la juventud tiene valores», etc. El caso es que no os despegáis de los clichés (pesimista u optimista), según quién os mire. Por el contrario creo que no sois distintos del resto de la gente, de los que os juzgamos. Verdaderamente los de tu edad sois hijos de este tiempo.

Tú eres un chico normal, vas al instituto y piensas en la universidad en la que entrarás el año que viene. Eres educado y también atento: no hay anciana que se caiga delante de ti y que tú no levantes. Tienes algún problema con tus padres. Sales por ahí con tus amigos y haces algo de deporte. Sé que alguno de tus colegas no piensa en nada, aunque eso no significa que toda la juventud haya sido ganada para la «nada». Hay muchos que con sus padres ni se miran y que, más que la casa, su hogar es la calle. También sé, porque lo he visto cuando voy a dar una vuelta por el parque, como al salir de clase muchos de tus compañeros se reúnen en grupitos que no me gustan y que desprenden un olor y unas risas sospechosas.

Pero hay algo en ti, como en la mayoría de los jóvenes, que no es normal —tampoco es normal en los mayores y, sin embargo, cunde—. ¿Alguna vez te has planteado algún proyecto común? ¿Te preocupa en serio lo que pasa fuera de casa (o fuera de tu vida)? Porque parece que eres un poco inmóvil de aquí para allá sin salir de ti mismo o de los tuyos. Algunos dirían que es falta de compromiso, yo creo que la fuente del problema es una falta de interés y cuando no es falta de interés una falta de voluntad.

Creo que tienes la cabeza un poco vacía. En casa, sí, te dieron una cierta educación pero ¿qué ideales te



transmitieron? Quizá tus padres nunca te hablaron de la justicia, del perdón, de la comunión, de la verdadera solidaridad, de la libertad... o te hablaron de ello y te lo presentaron tan mal y con tal carga de hipocresía o de moralismo que preferiste girar el rostro con condescendencia hacia otro lado. Tus maestros no han sido mejores, algunos pasotas y otros «pacifistas con el bastón de mariscal en la mochila». Nadie te ha narrado la épica de los santos, de los héroes y de los mártires ni sus biografías te son familiares. Los buenos libros que ponen en pie de guerra un corazón te son desconocidos. Ahora has oído hablar del 15-M, pero hay cosas que te echan para atrás. No te gustan los extremos.

Cabeza vacía y corazón frío no pueden mover un cuerpo. De ahí tu cierta apatía y desgana. Aunque no

eres de esos que van «arrastra» por la vida y cuya vida termina aparcada en un bordillo. Ciertamente, a todos (a tus padres, a mis compañeros de generación) nos falta hoy libertad interior y voluntad de plasmar la belleza, la verdad, el bien aunque sea en imágenes defectuosas y revisables. Pero es que pocos son los que enseñan esta disciplina y menos los que acompañan en el camino. No es que seas veleidoso ni que te puedan los vicios —como dicen algunos— pero tu voluntad es efímera y con esto tienes que tener cuidado. Mantener la firmeza en las decisiones, optar por lo mejor aunque suponga sacrificio, invertir trabajo para el futuro... Un día harás un proyecto común con otra persona y fundarás una familia y esto exige madurez y responsabilidad, que por otra parte están muy ausentes del panorama. La generación de tus padres tiró por la borda el «no hay redención sin efusión de sangre» —porque se lo explicaron muy mal— y tú no entiendes que «corazón que no sangra, corazón que no madura».

Por otra parte, has crecido envuelto en un individualismo y un consumismo feroz. Estas dos plagas incapacitan a cualquiera para pensar en el más allá del puente y de la propia familia con sus intereses. Para algunos no hay horizonte más allá de sí mismos y de lo que les implica porque limita sus posibilidades de ocio. «Tenga yo *finde*, *pereat mundi*», es su lema. ¿Cómo hacer para que te intereses por la vida de los otros?

Te diría que frente a esto —tu vacío de ideas, tu voluntad un tanto quebrada y tu repliegue sobre los cómodos espacios del universo individual o familiar— abrieses los ojos: ver es parte del antídoto. Recuerda como los padres de Buda no querían que este viese y tocara la realidad y como al encontrarse con ella la orientación de su vida cambió. Entre todos estamos haciendo el mundo más duro (duro ya lo era para 2/3 de la humanidad, ahora nosotros lo comenzamos a experimentar aunque sea ínfimamente por comparación). Es posible que no encuentres trabajo en algún tiempo, pero peor que eso es que, cuando lo encuentres, nadie te enseñará a trabajar (poco se habla de esta amenaza) y serás considerado una pieza de un engranaje económico al que, por tu parte, colaborarás incautamente sólo con respirar y más al consumir. La cuestión no es sólo económica o meramente laboral, es personal: el trabajo también forma a la persona o por el contrario la deforma. Es posible que el nivel de vida que has visto en tus padres tú no lo puedas tener. Sé que esto te parece una amenaza ficticia, pero el progreso social y económico también puede ir

para atrás. También, cada día verás, si observas, que este mundo se vuelve más frío humanamente habiendo. Los que somos de pueblo les tememos a las ciudades por ello, pero así es: todo un gran comercio con gente que corre de un lado a otro en un anonimato que los diluye en la masa y donde nadie conoce a nadie.

Hemos hecho un mundo injusto. Lo hacemos todos los días y, junto al constatar cuán injusto es y cómo esa injusticia lo hace inhabitable, tenemos que pensar cuáles son las causas y cuáles las soluciones. Pero por ahora no es poco que te des cuenta de lo que pasa. El análisis vendrá después, cuando de verdad te hayas indignado y estés dispuesto a dar un paso hacia la dirección contraria, aunque la veas por una parte cojitranca e incompleta y por otra te pida responsabilidad. Hay muchos análisis que se hacen con la tiza y que no comportan un verdadero deseo de cambio, de «conversión» primeramente personal.

Quiero decirte una última cosa. Sabes que soy cura. Cada día me duele más de ti y de tus amigos la falta de referencia a Dios. No te hablo de la sexualidad o de ir los domingos a misa (posiblemente de entrada no me entenderías siquiera, sería como poner la carreta delante de los bueyes). Pero ya que Dios ha sido la experiencia fundante de mi vida, me cuesta mucho pensar que para ti no signifique nada. Te declaras cristiano, mantienes una cierta simbología y algunas palabras que cada vez te dicen menos y de las que desconoces la profundidad de su significado. Pero en la práctica Dios no cautiva tu corazón. ¿Qué conoces realmente de Jesús de Nazaret? Es una idea o, peor, un mito. Mitos son también para ti la creación, la espiritualidad humana, el pecado... la gracia (eso sí te lo han enseñado en la escuela y sabes de qué hablo, que ya es decir). No me extraña que un mito no sostenga tu vida. El problema está en que no somos capaces de hacerte ver —lo mismo que con todo el imaginario antropológico, social, político... personalista— que te hablamos de realidades cuyo misterio se puede intuir o, incluso, se puede palpar. Transmitirte esto me parece lo más difícil y a la vez altamente necesario. Una generación desenganchada de la Trascendencia sí que es una generación perdida. Piensa alguna vez en ello.

Termino. No sé por qué, pero tengo la costumbre de finalizar las cartas con un «bueno, pues...», como si me resignara. Ante ti, tan amigo y a la vez resignado, no me resigno. Con toda la distancia crítica y aunque te tenga de «dar caña», aquí me tienes. 

CARTA A UN DESEMPLEADO

ANTONIO ZUGASTI
Cristianos de base de Madrid

Querido amigo:

Dicen que estás «parado». No te lo creas. Las personas sólo paramos con la muerte. Nosotros estamos vivos, nuestros pulmones respiran, el corazón bombea la sangre, el estómago reclama su alimento, nuestros ojos miran y nuestros oídos oyen, mil sentimientos y sensaciones nos agitan. Seguimos moviéndonos en un entorno social frente al que podemos reaccionar de mil maneras diferentes. Podemos sentir temor o podemos sentir indignación y rabia, y quizá las dos cosas a la vez. Podemos resignarnos o podemos levantarnos con decisión y energía.

Las máquinas sí «paran». Si no se necesita que funcionen, aprietan un botón y la máquina queda parada, inerte. Cuando necesitan que funcione aprietan otro botón y la máquina vuelve a marchar.

Para ellos, el mundo del capital, los que están borrachos de poder y riqueza, el ideal es convertirnos a todos en máquinas que se puedan poner a funcionar o parar cuando a ellos les convenga. Máquinas que se compran y se venden en el «mercado de trabajo». Máquinas que van a la chatarra o al vertedero cuando ya no son rentables. Aspiran a que seamos sólo máquinas, que sólo tengamos un papel activo en la producción. Toda nuestra actividad debemos volcarla en la tarea profesional que nos designen para el mayor beneficio de la magnánima empresa que «nos da trabajo». Una vez terminada nuestra tarea productiva, cuanto menos nos movamos mejor. Debemos olvidarnos de los otros aspectos de nuestra existencia, de que somos seres sociales con un puesto y una tarea en la sociedad en la que vivimos. Para ellos nuestra única tarea es producir bienes o servicios, y luego quedarnos *parados*.

El sistema capitalista, para seguir manteniendo su máscara de democracia y, al mismo tiempo, seguir con la dictadura del capital, necesita ciudadanos pasivos, abúlicos, cerrados en sus propios intereses e indiferentes a todo lo demás, *parados sociales*. Estos constituyen una buena materia prima para formar con



ellos, cuando les convenga, el ejército de los *parados laborales*.

Pero esta pasividad no es natural en los seres humanos, es el sistema el que nos educa, nos conforma para que adoptemos esa postura. Para eso el primer paso es convertirnos en *ciudadanos espectadores*, sumergidos en un mundo de diversiones. Divertir, en el sentido original de la palabra significa distraer, volver hacia otro lado, apartar la atención. Para lograrlo montan una formidable sociedad del espectáculo que actúa como un verdadero estupefaciente, nos aliena, nos hace vivir en mundos ficticios, nos saca de la realidad para así manejar ellos tranquilamente esa realidad. Cuanto más embrutecedor, estresante y sin sentido sea el trabajo más nos sentimos tentados a entregarnos a esa diversión pasiva, alienante. Y cada vez estamos menos preparados para enfrentarnos a esas condiciones deshumanizadoras del trabajo.

Te parecerá raro y quizá absurdo lo que te voy a decir, pero creo que el primer paso hacia el paro es, ¿sabes cuál?, la televisión. En primer lugar, parece que nos prepara hasta físicamente: nos tiene parados, sentados en un sofá tres o cuatro horas al día. Se nos ofrece como consuelo cuando volvemos agotados del trabajo o padecemos las interminables horas del paro. La pantalla de vivos colores nos sonríe acogedora: «Vamos, ya has trabajado bastante, descansa, diviértete, no vas a sacar nada con preocuparte por ese mundo tan desagradable que hay ahí fuera. Mira y sueña». Pero del sueño hay que despertar al día siguiente, y ahí sigue inalterable, sombría, la cola de parados en el INEM.

Así estamos, pasando horas y horas frente a ese aparato que llaman la caja tonta, pero que lo que hace en realidad es atontarnos a nosotros. Un fantástico invento que podía ser utilísimo para el avance y perfeccionamiento de la humanidad si estuviera en buenas manos. Pero ¿has pensado alguna vez en manos de quién está? ¿Puede cualquier asociación u organización que no tenga un multimillonario respaldo económico poner en marcha una televisión? ¿Qué intereses van a defender esos grupos multimillonarios con sus televisiones? Y otra cosa a tener en cuenta. Los ingresos de las televisiones privadas, la gran mayoría, proceden fundamentalmente de la publicidad. Están, pues, al servicio de lo que Joan Torres i Prat en su libro *Consumo, luego existo* denomina el complejo comercial-publicitario, un conglomerado de multinacionales y empresas publicitarias que condicionan los contenidos televisivos.

La televisión es el arma más eficaz que tiene el sistema capitalista para convertirnos en ciudadanos espectadores, y cuando nos tiene ahí, sentados, inculcarnos su cultura, su mentalidad, sus valores, su forma de ver la vida. Y esto no lo hace de una manera abierta y clara, sino que es un mensaje que de una forma subrepticia va introduciendo en nuestras mentes. Como afirma Torres i Prat en el libro citado anteriormente:

Cuando de una manera abierta y explícita intentan convencernos de la bondad de unos valores, de una ideología, inmediatamente levantamos nuestras defensas conscientes y racionales, y ante cada argumento siempre es posible buscar y encontrar un contraargumento. El adoctrinamiento discursivo hoy, más que nunca, «lo tiene crudo». Pero cuando sólo intentan *entretenernos*... nuestra percepción consciente y actividad lógico-racional está relajada y las funciones reflexivas, analíticas y críticas están bajo mínimos, sin resistencia. Mientras estamos distraídos con el espectáculo... los valores implícitos en el *espectáculo*

publicitario son introducidos y procesados en fracciones de segundo.

Esa mentalidad que nos van inoculando nos dice ahora que todos somos de alguna manera responsables de la crisis, que todos hemos vivido por encima de nuestras posibilidades (lo cual tiene mucho de verdad, sobre todo si miramos el nivel de vida de los pueblos europeos comparado con los del Tercer Mundo, pero es muchísimo más verdad en unos casos que en otros, y desde luego la responsabilidad es totalmente distinta, la de los manipuladores y la de los manipulados). Nos dicen, no sólo las televisiones, sino las radios y todos los medios de comunicación del sistema, que lo importante para salir de la crisis es calmar a los mercados, y para eso hay que ser dóciles y apretarnos el cinturón hasta partirnos por la mitad, y tener mucha paciencia, que ya volveremos a crecer cuando la prodigiosa mano invisible del mercado lo considere conveniente.

Ahora, ante el problema pavoroso de la falta de puestos de trabajo, lanzan el mensaje propio del barco que se hunde: «Sálvese el que pueda». Ellos lo que dicen es: «Hay que ser competitivos, emprendedores», pero viene a significar lo mismo. Así el infeliz que no pueda salvarse, en vez de tirar al capitán por la borda, porque el muy canalla no llevaba botes para todos, se irá al fondo culpabilizándose por no haber sido suficientemente hábil y rápido para coger un bote.

Lo que yo te quiero decir en esta carta es precisamente eso: que no te dejes *parar*. Hay dos formas de conseguir un empleo. Una es esperando paciente a que alguna empresa considere que le vas a ser útil. Otra es luchando por una sociedad donde la libertad y la democracia no estén sometidas a las élites económicas, y donde el derecho al trabajo, reconocido taxativamente por la Constitución Española y la Declaración Universal de los Derechos Humanos, no se quede en papel mojado.

Confío en que tu dignidad de persona humana te empujará por el camino de la lucha. Nadie puede garantizar el triunfo, pero sí te garantizo que te sentirás más orgulloso de ti mismo, notarás que tu vida tiene un sentido, que merece la pena. No conozco la fórmula que nos lleve indefectiblemente a esa sociedad más humana, ni creo que la conozca nadie, pero me gustaría señalarte algunas cosas que me parecen importantes. En primer lugar no te dejes lavar el cerebro. Recuerda lo que te comenté antes a propósito de la televisión. Si el capitalismo lo tiene hoy tan fácil es porque antes ganó la batalla ideológica en la sociedad. En la mente de la gran mayoría metió su cultura, sus valores y criterios, su estilo de vida. Si caemos en esa trampa será muy difícil que luego nos li-

bremos de las penosas consecuencias sociales y económicas que impone un sistema capitalista puro y duro.

Te quieren parado y también te quieren *invisible*, que te metas en tu casa, donde no te vea nadie, y de ahí no te muevas, que seas sólo un número. Sólo unas cifras en las páginas de los periódicos, o las palabras de un locutor que se las lleva el viento. Pero ¿imaginas lo que serían más de cinco millones de personas en la calle? Tranquilamente, serenamente, sin violencia y sin impaciencia. Con firmeza y con tenacidad, reclamando ese derecho fundamental al trabajo que todos los seres humanos tenemos. No estaríais solos, desde vuestras familias a los miles de indignados que haríamos nuestra vuestra lucha. Sacando a la calle, gritando ese enorme problema humano que quieren reducir a un simple dato económico.

¿Recuerdas las Madres de la Plaza de Mayo en Buenos Aires? La dictadura no pudo con ellas, su ges-

to llegó a todo el mundo. ¿No podrían surgir en Madrid: «Los parados de la Puerta del Sol»? Hace pocos años una película española recorrió nuestras pantallas con gran éxito: *Los lunes al sol*. Planteaba el problema del paro, que entonces empezaba a resurgir amenazante. Su título podía servir de consigna a los parados madrileños: «Los lunes a Sol». Si consiguiéramos que una semana tras otra la Puerta del Sol de Madrid fuera un hervidero humano, un clamor que resonara de norte a sur, ¿crees que podrían ignorar ese grito? ¿Que todo iba a seguir igual?

Termino con una estrofa de esa inolvidable canción de Labordeta: «Habrá un día en que todos, al levantar la vista veremos una tierra que ponga libertad». Hacia esa tierra nos movemos.

Con un fuerte abrazo,

Antonio Zugasti

REFLEXIONES DESDE LOS QUE HAN VIVIDO (Y VIVEN) EL ÉXODO¹

IGNACIO SEPÚLVEDA DEL RÍO
Universidad de Valencia



Es posible que en los momentos de crisis —es decir, en momentos de cambio brusco, de situación dificultosa— es cuando una persona pueda conocerse más a fondo y saber cuáles son sus fortalezas y debilidades. Es un momento en que el ser humano puede reconocer si en el pasado ha construido sobre suelo sólido o frágil; si los valores y virtudes en los que ha cimentado su vida se mantienen, y son una fortaleza, en los momentos de debilidad, de fracaso y dificultad. Lo mismo le sucede a cualquier sociedad. Los tiempos de crisis —sean guerras, desastres naturales, o crisis económicas como la actual— permiten ver los valores sobre los que esa sociedad ha construido y el arraigo que esos valores puedan tener en el tejido social.

En esta «carta a una sociedad en crisis» queremos reflexionar sobre esta situación. Deseamos dar una mirada a la sociedad española, a sus valores y virtudes, así como también a aquellas zonas menos luminosas en que se muestran los límites de la naturaleza humana. Hemos titulado esta carta «reflexiones desde los que viven el éxodo», pues la mirada sobre la realidad española es a partir de las personas inmigrantes; es decir, a partir de aquellos que han emprendido el largo viaje —el éxodo— buscando no solo un lugar donde vivir, trabajar, crecer... sino un lugar que sea *patria* en el sentido originario del término, convirtiendo la tierra nueva en lo que será la tierra de los padres, la tierra de la esperanza, para los descendientes.

Una de las primeras cosas que impresiona a las muchas personas inmigrantes, es lo variopinto que es la cultura y la sociedad española. Vascos y catalanes, gallegos y andaluces, valencianos y aragoneses, cada cual con su idioma, su historia, comidas, tradiciones, maneras de vivir la religiosidad. Frente a los discursos de corte nacionalista —aquellos que defienden solo una Es-

1. Deseo agradecer los aportes a la reflexión de Julio Gutiérrez Sequeira.

paña y una manera de ser español— se pone de manifiesto la diversidad de la gente, de sus maneras de ser, de los paisajes. A través de los siglos los españoles han aprendido, y están aprendiendo, a convivir con lo distinto. De alguna manera, la interculturalidad ya se vive y es parte de lo que constituye la cultura española. Así, la persona inmigrante se integra a un pueblo que está acostumbrado, aunque no lo sepa, al encuentro y diálogo con el otro que es distinto a mí.

Otra de las cosas que llama fuertemente la atención en España es la integración social que existe en las ciudades. Aquellos que venimos de América estamos acostumbrados a vivir lo opuesto: los barrios están separados por clases, tendemos a excluir hacia arriba y hacia abajo; los ricos por un lado, los pobres por otro. En sociedades con alta población indígena o negra, se vive la discriminación y la separación². En España, en cambio, hemos conocido una realidad distinta, en donde gente de distinta procedencia, profesionales y obreros, pueden compartir un espacio común³. Eso habla de una sociedad que parece, en principio, muy igualitaria, con respeto al otro y poca discriminación.

Ahora bien, ¿qué es lo que una persona inmigrante puede decir al ver la crisis de los últimos años? Muchas personas inmigrantes al llegar a España tuvieron la experiencia del derroche: ver tiendas que en pleno invierno mantenían las puertas del local completamente abiertas, dejando que la calefacción entibiara la calle. La abundancia también se vivía en la comida: había de todo en exceso, y mucho terminaba en la basura. Los que hemos llegado a España hace algunos años, contemplamos un país que vivía en la sobreabundancia. Una sociedad que estaba acostumbrada a lo nuevo, a gastar, a derrochar. Por eso, cuando se habla de crisis, luego del derroche de los últimos años, vale la pena relativizar lo que se dice, pues en la experiencia de muchas personas inmigrantes este país no está en crisis, sino más bien en una situación problemática o de ajuste, si se quiere.

Para comprender lo anterior, hay que tener en mente la situación de crisis —muchas veces permanente— que se vive en muchos países de América Latina, África y Asia. Así, la experiencia de crisis en los países del sur no significa noticias alarmantes de caída de los mercados, ni problemas con la banca; no

es solamente desempleo, con todas las dolorosas consecuencias personales y familiares que este tiene. La crisis en los países del sur tiene fuertes visos de *urgencia*, pues significa que no se tiene dinero para pagar la luz y el agua, por una parte, pero aún se llega más lejos, ya que para muchas familias la comida puede ser un bien escaso. Por eso, al hablar de crisis, muchas personas inmigrantes no viven la experiencia de que España esté en esa misma situación. El término *crisis* puede significar y apuntar a muy diversas cosas. Hay menos trabajo —mucho menos—, hay recortes en muchos bienes y servicios, pero hay comida, hay redes de apoyo familiar, hay un Estado que, mal que bien, funciona. De alguna manera esta crisis (y aquí tomamos prestadas las palabras de un filósofo español) es una crisis de ricos, no en el sentido de a quién afecta, sino que es una crisis de países ricos que han perdido su capacidad productiva, donde muchos de los beneficios se ven amenazados, etc. Porque las crisis de los pobres son aún más *urgentes*. Y con esto no deseamos menospreciar el dolor de mucha gente que está en el paro, o aquellos que han perdido sus pisos, o que simplemente ven reducido su estilo de vida. La intención es simplemente otra: poner la crisis en perspectiva. Un inmigrante senegalés, al referirse a la crisis, dice que en España no hay crisis de trabajo ni de salud. Es verdad que se vive ajustado —más que antes—, pero siempre hay amigos dispuestos a ayudar, a tender una mano. Siempre alguien te dejará un lugar para dormir o te dará un plato para comer. Hay redes de solidaridad que permiten ir «saliendo adelante»⁴. Como se puede ver, las maneras de mirar la situación actual son muy relativas.

Es posible que, al leer estas líneas, se pueda pensar que para los inmigrantes todo está bien en España y que no hay ningún problema. Pero eso no es cierto. En el último tiempo vemos cómo muchos derechos, conseguidos a fuerza de lucha durante los años ochenta, van siendo desarticulados y dejando a los trabajadores en una posición cada vez más débil. Da la sensación, y aquí hay un tema que sería largo de reflexionar, que la sociedad civil ha ido perdiendo su fuerza en el país. Quizás, y esto lo formulamos a modo de interrogante, los largos años de desarrollo económico y social pusieron demasiado énfasis en la importancia de las libertades individuales, dejando de

-
2. Este tipo de exclusión tiene que ver con la conformación histórica de las sociedades americanas, donde el español o descendiente de español era considerado un ciudadano de primera clase, mientras que al indígena o al negro se les consideraba de segunda y tercera clase, respectivamente.
 3. Un amigo lo graficaba de la siguiente manera: «mi hijo entiende que algunos de los padres de sus amigos son doctores, otros profesores, etc., y su madre tiene que limpiar casas para que podamos llegar a fin de mes. No le da problema».
 4. Los mismos españoles viven la importancia de esas redes solidarias, especialmente a través de las familias.

lado —o quizás solo debilitando— el sentido de pertenencia a una sociedad con valores comunes. El problema del liberalismo exacerbado es que termina por olvidar que para que haya libertades se necesita una sociedad fuerte, con sentido de comunidad en la perspectiva de compartir y fortalecer valores comunes. Hoy en día, frente a la pérdida de derechos laborales, los recortes en la salud y en la educación pública, pareciera que la sociedad civil no sabe qué hacer. Es verdad que hay protestas frente a lo que sucede, pero se nota poca participación en las huelgas y poca capacidad para defender los derechos ganados. Al ver esta realidad, uno se pregunta: ¿no se debiera protestar mucho más al ver cómo se desmontan los beneficios ganados con tanto sacrificio? Da la sensación de contemplar una sociedad a la que le cuesta encontrar sus valores comunes por los que luchar.

Uno de los mayores problemas que hoy está trayendo la crisis no tiene que ver con la pérdida de trabajos o derechos, sino con la experiencia de la exclusión. Muchas personas hoy en día son excluidas de la sociedad por su color de piel, lengua o procedencia. Los que más sufren esta exclusión son las personas inmigrantes del África negra y del Magreb. Se convierten en los rechazados en esta sociedad. Y para añadir más dificultad, distintos grupos políticos han encontrado cierto nicho de poder a través de los discursos cada vez más xenófobos. Hasta algunos ministros se dan el lujo de vocear que para los inmigrantes se ha acabado el turismo sanitario. ¿De verdad creen que las personas inmigrantes del África negra o del Magreb han venido a hacer turismo sanitario?

De esta manera, pareciera que los derechos en España son solo para los españoles y no para las personas inmigrantes. Frente a esta situación es que uno se pregunta con fuerza: ¿los derechos de igualdad, el respeto a la dignidad de la persona, el derecho a un

trato justo, etc., son derechos solo para los españoles o para todos? Porque pareciera que algunos grupos minoritarios lanzan un discurso donde asumen la existencia de personas de primera y de segunda clase; ciudadanos con plenos derechos y otros a los que se les reconocen solo algunos derechos. Si creemos en ciertos derechos fundamentales, hay que ser capaces de defender esos derechos en la persona humana y no solo en ciertos grupos o nacionalidades.

Los inmigrantes queremos y podemos ser un aporte a la sociedad española. Aún más, ya estamos siendo un aporte. Es cosa de ver cómo muchos inmigrantes buscan integrarse a la sociedad a través de distintos grupos sociales y culturales; cómo aportan en lo económico y la sostenibilidad del sistema social español⁵; otro gran aporte, sobre todo al tener en consideración la pirámide demográfica, es el cuidado de los más ancianos⁶. Quienes trabajan al cuidado de los ancianos son, en su mayoría, personas inmigrantes.

La Revolución Francesa tenía tres principios esenciales: *Libertad, igualdad y fraternidad*. A lo largo de estos dos siglos y medio hemos sido capaces de propugnar y desarrollar los dos primeros principios. Pero, nadie puede negar que estamos en deuda con el tercero. Necesitamos redescubrir la manera de ser fraternos, solidarios como una manera nueva de construir sociedad. Si nuestros problemas —especialmente el origen de esta crisis— tienen que ver con un liberalismo exacerbado en todos los ámbitos (no solo económico, sino también en el de la libertad individual), vale la pena que ensayemos un camino distinto: el del encuentro y preocupación por el otro, el camino de la fraternidad como posibilidad de construcción de una sociedad distinta. Los tiempos de crisis pueden sacar lo peor de las personas, pero también tienen la capacidad de sacar aquellos valores que teníamos olvidados y que nos pueden llevar a dar lo mejor de nosotros. 

5. Hay que recordar que muchos inmigrantes, debido al grupo etario en el que están, aportan a la Seguridad Social y casi no gastan.

6. Con la crisis actual, el cuidado de los ancianos está siendo tomado por familiares nacionales parados.

¿VIVIENDO «LA CRISIS» EN EL MEDIO RURAL?

ISABEL Y LUIS BLANCO

Maestros rurales



Escribiros/hablaros en/desde el medio rural —un pueblo, digamos no pobre, extremeño en el Norte de Extremadura—, y tratar de hacerlo esperanzadamente —con la que está cayendo, que dice la gente—, a quienes lo viven y esto escriben les resulta poco menos que imposible. O, cuando menos, muy difícil. También, o incluso más, lo sería desde el medio urbano.

Pero aunque no fuera más que por ser coherentes con nosotr@s mism@s y por llevar la contraria a los «predicadores» de toda laya, como hemos solido hacer siempre, se puede y se debe hacer. Si no, ¿«Qué cantarían los poetas, andaluces —o extremeños o riojanos— de ahora»? Porque por encima/sobre todo y a pesar de todo «NOS QUEDA LA PALABRA», desposeídos de casi todo.

Si hablamos por nosotr@s mism@s, aquí y ahora, contra tanto fatalismo agorero, antes, ahora y en adelante hemos tratado de vislumbrar y potenciar los signos esperanzadores, traducidos en intentos o realidades, que en muchos rincones periféricos han ido apareciendo, nacidos siempre desde abajo, con alguna que otra excepción.

Agruparíamos en dos grupos esos intentos o realidades:

- Por un lado, y de un tiempo a esta parte con más frecuencia e intensidad, se escuchan, desde esferas muy altas y por personas nada dependientes de la tierra, voces de alerta para cambiar el concepto y las prácticas de rapiña sobre la tierra como cantera inagotable de recursos o las agresiones que ponen en riesgo la vida. Y lo que es más importante, contrarrestando el monopolio de los poderosos, cada vez con mayor acogida.
- Por otro lado, hacia el medio rural, los pueblos, la Tierra, en definitiva, llegan personas jóvenes, —también adultas— solitariamente, en parejas o pequeños grupos —llamemos «alternativos» como calificación general, sin especificar tendencias, ideologías— dejando el tipo de vida urbano consumista y ajetreado, intentando encontrar y practicar otros modos de vida más acordes a la naturaleza y a la vida «tradicional», englobando en el término «vida» relaciones sociales, económicas, culturales, etc.

Del primer grupo se hacen eco los medios de comunicación y es más conocido y notorio.

Del segundo se escribe/habla menos —cuando no se le niega el pan, la sal, y la palabra—, es más «ignorado», que es peor, que desconocido. Y a buen entendedor... Pero, por todo ello, más cercano y atractivo, al menos para nosotr@s y haríamos dos subgrupos.

En el primer subgrupo no hablaríamos de un fenómeno nuevo, de personas que huyendo del modo de vida urbano se vinieron a rincones, algunos semibandonados, «lejos del mundanal ruido siguiendo», o no, las huellas «de los pocos sabios que en el mundo han sido», a iniciar o reencontrarse con un modo de vida más en consonancia y contacto con la Tierra, con la vida rural: artesanos, de profesiones liberales, etc.

Algunas asociaciones independientes o no, «programas oficiales», con ayudas administrativas, incluso privadas han elaborado, iniciado y llevado a cabo proyectos de ayudas o diferentes formas de apoyo a los pobladores rurales o de atracción hacia nuevos pobladores.

De ellos también se escribe y habla más. Incluso se presentan como «logros» por parte de las diversas administraciones en sus diferentes versiones de una misma máquina tragaperras (Ayuntamientos, Diputaciones, Consejerías).

O se utilizan como cebo tanto para ingenuos como espabilados. Aunque, por mucha propaganda y demás parafernalia, no hayan conseguido la «denominación de calidad» como «panal de rica miel al que cien mil moscas acudieran».

Por poner dos ejemplos, sin ánimo ni de ofender ni propagar: el programa europeo *Leader*, en sus variopintas versiones, o *Abraza la Tierra*.

Un segundo subgrupo, que calificaríamos como «antisistema», está formado por personas muy jóvenes, casi sin «estrenar», con todas sus carencias y riquezas, de quienes se escribe y habla menos, cuando no se les castiga con el látigo de la indiferencia, del silencio activo, sepultándolos en la fosa de la inexistencia o el olvido, o se les fustiga de palabra y obra obstaculizando su asentamiento y trabajo o pro-

vocando enfrentamientos entre sí o con la población autóctona.

Quizás porque realmente presentan un peligro para la dulce calma de que se disfruta en el medio rural. O para el sistema económico depredador que no permite fisuras ni respondones. Es decir, castizamente: a estas «moscas cojoneras» cuanto antes las fumiguemos, más ahorramos.

Viejas prácticas caciquiles que nos recuerdan experiencias personales o históricas. Y no hace falta irse a la Andalucía de las «agitaciones campesinas» o a la Extremadura de los braceros/jornaleros, yunteros, no tan lejanos, por cierto, ni borradas de la memoria. A pesar de los esfuerzos...

Huyen de la ciudad o regresan al pueblo tras sus estudios o quizá de alguna muy corta experiencia «laboral» y buscan otro tipo de vida más sencilla y natural, más barata incluso, acosadas por la crisis, intentando abrirse camino y dar pasos hacia otra economía más justa, social, autogestionada, que mira más a un futuro respetuoso con la Tierra y todos sus habitantes (no solo animales y plantas) para ir alumbrando, quizás ¿«una tierra y el hombre nuevo que llevamos en nuestros corazones»? Aunque esto último puede que sólo sea un viejo sueño y una vieja utopía de quienes esto escriben.

Y desde luego con otra forma de vida más austera, ahorradora, más comunitaria, solidaria, comunicativa, con otra forma de producir más acorde a las viejas prácticas campesinas, de intercambiar tiempo, productos, sabidurías... esbozando un proyecto de vida, de enriquecimiento personal y comunitario... ¿verdad que también nos suena?

Hablan en grupo, en asamblea. Intentan llevar las ideas a la práctica —antaño decíamos coherencia entre la teoría y la praxis—, tratan de crear, establecer grupos, redes de intercambio de productos, de tiempo, de autoconsumo y autotrabajo, de trueque no sólo material, de crianza/educación/aprendizaje entre criaturas y adultos...

Buscan pequeñas huertas o viñas, olivares, abandonados que cultivan individualmente, mejor en grupo... que tienen o les gustaría tener ovejas, cabras, colmenas, que intercambian semillas, plántones tradicionales de la zona. Con ellos o sus frutos acuden a mercadillos o montan jornadas de formación/prácticas de agricultura/ganadería tradicionales-ecológicas; que escuchan a los viejos del lugar acerca de todo aquello que formó su mundo, que aman y añoran, y del que apenas si van quedando las huellas...

Pero, ¡jojo! Nada de bucolismo o folklorismo barato y menos aún mercantil. De eso ya se encargan otros. Les resulta muy difícil abrirse camino, no sólo por inexperiencia, idealismo, incluso narcisismo o pro-

blemas materiales, sino obstáculos/zancadillas, nadando a contracorriente, cerrazones o ceguera mentales, administrativas, localistas.

Cuesta abrirse camino, avanzar, asentarse, dar salida a los productos de los que vivir con autonomía y dignidad. Renunciar a ciertas comodidades o avances.

Para nosotr@s el medio rural es nuestro habitat, como el agua lo es para el pez. Y en él aspiramos a seguir creyendo que está el medio para nuestr@s niet@s:

- Porque es más fácil poder abarcarlo física, afectiva, intelectualmente.
- Porque es más fácil el contacto material y no material con la Tierra y sus riquezas.
- Porque es más fácil el intercambio humano con los animales, las plantas y las personas.
- Porque las relaciones personales y comunitarias son más cercanas y simples.
- Porque es más fácil para los niños, ancianos, personas con dificultades...

(Ah! Pero que nadie se engañe: la realidad es más jodida que su representación o ensoñación).

Algunas de las personas o grupos que lo intentan lo consiguen o creen estar en el camino y se alegran del paso dado.

Otras desistieron y abandonaron.

Nosotros creemos que habrá que desbrozar los viejos caminos abandonados, apoyar, potenciar procesos que hay que recorrer:

- Análisis/ estudio de todas la realidades.
- Fomento del asociacionismo (cooperativas, en su pleno sentido, asociaciones de todo tipo, autogestionadas...).
- Creación de espacios de encuentro, debate. Etc.
- Elevar la autoestima.
- Desterrar el fatalismo tan arraigado en el medio.
- Cultura, Cultura, Cultura, en su verdadero sentido.
- Etc., etc., etc.

Habrà que seguir escuchando a los «ancianos» o los Labordeta, porque «entre los dos, los tres... todos, hay que levantar». Pensando que «tal vez esa hermosa mañana no la lleguemos a ver. Pero hay que forzarla para que pueda ser». Y entonces «ese día La María se pondrá el traje otra vez».

En fin, para terminar, allá va la despedida. Aquí seguiremos en la matraca. Estos serían algunos «signos de esperanza», o deseos, vaya usted a saber, que vemos y nos animan a seguir creyendo que el medio rural es y será nuestro sitio donde compartir aquello por lo que alguna vez sentimos haber dejado parte del pellejo.

¡Salud y buen trabajo! ¡Y que llueva a cántaros!

En Hervás, ante el 1º de Mayo 

CARTA ABIERTA A UNA ONGD

ANTONIO PIÑAS MESA

Miembro de Instituto E. Mounier

Profesor de la Universidad San Pablo CEU

Estimados amigos:

En el actual contexto de crisis económica precedida desde hace años por una crisis de valores que, sin duda, ha sido la causa de aquélla, se está haciendo habitual la crítica hacia los personajes e instituciones más implicados en el estado actual de la economía. Sin embargo, se nos antoja necesario que cada cual haga una autocrítica personal de su papel dentro del escenario de la crisis. Una sociedad se compone de diversidad de actores y cada uno aporta algo a la totalidad. Por ello desde la revista *Acontecimiento* pensamos en escribir una serie de cartas a grupos, colectivos... autores y actores, en definitiva, que son arte y parte de lo que estamos viviendo. Entre ellos os encontráis vosotras: *las ONGD*¹.

Vaya por delante, en primer lugar, nuestra valoración del papel tan relevante que jugáis en la actual situación de crisis. No es fácil elaborar una crítica pues, a primera vista, uno ve lo positivo y esperanzador de vuestra labor. No obstante, asumimos el reto de elaborar unas líneas en las que aparezcan tanto las virtudes como los retos a los que os enfrentáis hoy día.

Subrayamos que sois aliento moral en un mundo técnicamente muy poderoso pero moralmente deficitario. El trabajo gratuito o desinteresado despierta en ocasiones la sospecha de los suspicaces con la generosidad. Sin embargo, así sucede y así lo demuestra el creciente aumento del voluntariado en las últimas décadas. Las ONGD con su labor sois un indicativo de que el hombre es capaz de alteridad y desinterés, y que vivís desde la conciencia de que *todo lo que no se da, se pierde*.

En el entramado social aportáis también un genuino valor educativo, pues vuestros estudios y análisis de campo visibilizan lo que algunos no ven (sobre todo porque la realidad de la pobreza, por ejemplo,



tiende a ser invisibilizada e ignorada). Dichos estudios son elementos de juicio para quienes quieran vivir comprometidos con la realidad y sabiendo lo que los medios de comunicación habituales no llegan a comunicar. Es por ello que tenéis una función provocativa al invitar a transformar la sociedad desde una cultura de la solidaridad.

Vuestra labor llega donde no pueden los poderes públicos ya sea por falta de capacidad o por falta de calidad (asistencialismo versus acogida humana libre). Las propias personas atendidas por ONGD son testigos de la diferencia del trato dispensado en los servicios públicos frente al recibido por vosotros.

Nos tocaría ahora elaborar una crítica constructiva que favorezca cambios así como crecer con salud.

Comenzamos con un ejemplo tomado de un no muy reciente libro de Carlos Gómez Gil titulado *Las ONG en la globalización. Estrategias, cambios y transformaciones de las ONG en la sociedad global*, Icaria Editorial, Colección *Ακαδημεια*, Cooperación y Desarrollo, Barcelona, 2004². El estudio quiere mostrar

1. Nos referiremos de forma genérica a las ONG de ayuda al desarrollo o ONGD

2. Se puede consultar una reseña de esta obra en <http://www.revistapueblos.org/spip.php?article154>, fecha de consulta 15.05.2012.

que no es oro todo lo que reluce bajo la etiqueta ONGD así como la posible utilización por el mundo neoliberal. Afirma el autor que «La mayoría de las ONG consideran suficiente incluir esta sigla como elemento único de definición, conscientes de que sobre la misma se han proyectado valores y principios muy variados como son una labor humanitaria, altruista, de carácter social y desinteresada, ajena a cualquier finalidad lucrativa o de negocio. Pero todo esto forma parte más del imaginario colectivo que de elementos generalizables a todas las ONG que actúan bajo esta denominación hoy día (...) Así, se ha ido construyendo una cierta visión naif sobre las ONG y el denominado Tercer Sector, asignándole todo tipo de virtudes y bondades muy alejadas de la realidad».

Es una llamada a la cautela para discernir quién es quién en el ámbito de estas organizaciones.

Ahora, de forma esquemática, presentamos la necesaria autocritica que podéis realizar, al menos, en los siguientes aspectos:

1. **Calidad y eficacia de la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD):** es importante centrar el debate en la calidad de la ayuda y no tanto en la cantidad. El famoso 0,7% reclamado desde hace cuarenta años, no va a solventar nada si no se consigue aumentar la efectividad de la ayuda que se gestiona. Por otra parte, debéis ser los protagonistas en el seguimiento de la coherencia de políticas de desarrollo de los gobiernos y de la coherencia de políticas en general, con participación activa en los espacios de toma de decisión y auditorías.
2. **Prestar atención al octavo objetivo del Desarrollo del Milenio** (Fomentar una asociación mundial para el desarrollo): en ocasiones, las ONGD, incluso las de una misma ciudad, no priorizáis las acciones en común. Ni siquiera tenéis calendarios comunes para no solaparos en las actividades para sensibilizar a la población. Una mayor unidad entre vosotros haría surgir una masa crítica y de debate en las distintas actividades aumentando vuestro peso específico y la repercusión social. Por el contrario, tendéis a la atomización de los esfuerzos y por consiguiente de la repercusión social que las distintas actividades alcanzan, lo que va en contra de conseguir el octavo objetivo del milenio, a saber, una asociación mundial para el desarrollo.
3. **Mayor transparencia y mejor evaluación de los proyectos realizados:** al finalizar los proyectos de cooperación, hacéis las evaluaciones en función de las herramientas empleadas (escuelas construidas, postas de salud, etc) y no en función de objetivos alcanzados (grado de escolarización de la zona, mortalidad infantil, trabajo de mujeres, etc). Para mejorar la evaluación y el seguimiento de proyectos es necesario seleccionar los indicadores adecuados que no se pueden quedar en medir programas sino en mejora de tasas de alfabetización, salud, nutrición... En este sentido, nos dice Francisco Rey Marcos, miembro de Cruz Roja Española, que la evaluación de proyectos se convierte en una auditoría contable que es una parte, pero no la más importante, de la evaluación de proyectos³.
4. **Pérdida de independencia** (no sólo económica), es decir, dependencia de fondos públicos: por ejemplo, nos dice Carlos Gómez, «ha aparecido un mercado emergente de organizaciones que rivalizan entre sí por gestionar todo tipo de asuntos públicos convirtiéndose en agencias subsidiarias y precarizadas que tratan de mantener parcialmente bajo criterios de mínimos costes algunas de las anteriores funciones que tradicionalmente venían desarrollando los Estados. Esto ha provocado un proceso inevitable de institucionalización de las ONG, que han tenido que asumir las exigencias de los gobiernos para optar a sus recursos y gestionar sus servicios, renunciando a parcelas cada vez mayores de autonomía crítica y programática».
5. **Poca inversión en formación interna de las personas que forman parte de vuestra ONGD:** La educación *ad intra* es desde siempre la parte más deficitaria y más reclamada desde distintos espacios, tanto como la Educación para el Desarrollo.
6. **Potenciación del mercado (comercio justo) a veces de forma innecesaria⁴:** La activista india pro-derechos humanos y defensa del medio ambiente Vandana Shiva, relata uno de los posibles efectos perniciosos: «Ya que el comercio agrícola se basa en tierra, agua y biodiversidad, y la existencia de tierra y agua es limitada, las políticas agrarias orientadas a la exportación desvían la utilización de recursos naturales para producir a bajo coste productos de

3. Aconsejamos, por su claridad, las reflexiones de Francisco Rey en la web <http://www.iniciativasocial.net/reflexiones.htm> consultado 17.05.12.

4. Aunque se publicó en el año 2002 se puede consultar la crítica a la ONG multinacional Oxfam International *Exportación a toda costa: La receta de libre comercio de Oxfam para el Tercer Mundo* ver <http://www.edualter.org/material/sobirania/enlace11.pdf> consultado 18.05.12.

lujo en los países pobres, para consumidores ricos en los países ricos. Transfiere el control de los recursos de los pequeños campesinos y pescadores a las corporaciones del agronegocio, destruye la base de recursos naturales mediante un uso no sostenible y en el proceso destruye el sustento de los pequeños productores y crea pobreza en lugar de eliminarla».

7. **Asunción de responsabilidades propias de los gobiernos:**

En este ejercicio de autocrítica debéis revisar, no sólo vosotras, sino el Tercer Sector y el voluntariado en general. ¿Hasta qué punto se están asumiendo responsabilidades que competen al Estado? ¿No implica esto que los poderes públicos se desentienden de ellas (sin ni siquiera esfuerzo en aportación de recursos) porque existen otros actores sociales que asumen dicha tarea? Qué duda cabe, que supone un abaratamiento de costes, pero sobre todo, una progresiva pérdida de sensibilidad del Estado ante estos retos. Es, pues, prioritario que reclaméis a los gobiernos la cuota de responsabilidad efectiva que tienen al respecto, con asignación de recursos humanos y económicos dentro de una planificación predecible a medio-largo plazo.

8. **Asistencialismo:** Aunque a lo largo de las últimas décadas habéis dado pasos de gigante para pasar del enfoque asistencialista a un enfoque basado en Derechos Humanos que busca fundamentalmente cambios de paradigma y estructurales en tér-

minos de justicia y promoción de los DDHH, aún queda en contadas ONGD un concepto asistencialista en sus Planes Directores. Conocemos la urgencia y necesidad de la asistencia en determinadas situaciones, pero hay que instar a reformular dichos Planes Directores en función de cambios estructurales.

9. **Apelación al voluntarismo que disminuye la calidad del personal:** el voluntarismo, en sentido peyorativo, es la voluntad ineficaz, inconstante y errática, que apela más al deseo que al compromiso real, estable y mantenido en el tiempo. En este sentido es prioritaria una adecuada selección de las personas implicadas y una distribución según perfiles personales, laborales y técnicos. Dados los retos de nuestro mundo ya no es suficiente, aunque sí necesario, el querer.

Finalizamos aquí nuestra carta con una visión resumida tanto de aspectos positivos como oportunidades de mejora o retos a tener en cuenta por vosotras, ONGD, como agentes imprescindibles entre otros para cooperar en la salida de la crisis tanto económica como, sobre todo, de valores.

Saludos cordiales,

Antonio Piñas Mesa

Agradezco la ayuda prestada por Carmen Ramírez e Iván de los Mozos para la elaboración de esta «carta abierta»

CARTA A UN DOCENTE

RAMÓN HORCAJADA
Profesor de Filosofía de IES

Querido compañero:

Tal y como me pides respondo a las palabras que me has dirigido. Realmente me han emocionado. Imagino lo que puedes estar pasando porque ya son, por mi parte, bastantes años ejerciendo como docente y todos hemos pasado por tu situación. Creo que tus quejas son totalmente legítimas en torno a lo duro que resulta motivar a los alumnos en cuestiones que, muchas veces, no interesan. Sé que has sacrificado mucho para formarte y puede ser frustrante que todo cuanto llevas dentro no interese a tus alumnos. Por otra parte está toda la cuestión de los recortes y «agresiones», como tú llamas, al mundo educativo. Creo igualmente en la revisión seria que todos hemos de hacer de las leyes educativas en nuestro país. Las ideologías creo que han hecho un mal que será difícil subsanar para quien esté dispuesto a hacer algo realmente serio e importante por el bien de nuestra juventud. Hasta hace bien poquito no me cansaba de repetir que el problema de la educación en España es más grave que el económico.

Pero, si no te importa, voy a centrarme en un tema al que no has apuntado, que no sé si te lo has planteado correctamente, y en el que poco se repara en nuestro colectivo (y yo creo que en pocos colectivos). Hemos oído hasta la saciedad que esta crisis ha sido una crisis de valores, una crisis ética por encima de lo económico. Totalmente convencido de ello hoy quiero proponerte una cuestión no económica, sino de lo que se esconde tras lo económico. Pocos son los que se paran a pensar y a hablar en torno a concepto tan olvidado como el de la vocación. Imagino tu cara de sorpresa por semejante cuestión. ¡Ojalá y sólo fuera sorpresa! En algunos ambientes provocaría una sonrisa irónica, en otros una mirada compasiva por semejante ingenuidad, cuando no despreciativa. Sé a lo que me arriesgo. Responder con esta temática ante la tensión del momento actual puede parecer sarcástico o irreal, pero creo que en lo más profundo del



alma humana hay conexión profunda entre el cumplimiento de nuestro ser real y el cumplimiento de nuestros deberes. Y cuando no existe semejante conexión, el hombre camina a la deriva y no hay quien lo pare. Se aplazan los tiempos, se superan las crisis momentáneas, pero no se impide la desolación final.

Hace muchos años pude leer una carta publicada en la década de los cuarenta por el doctor Gregorio Marañón en torno a la vocación. Cogí algunas notas que me impresionaron. No sé si está publicada ni dónde, pero a ella me remito para estas palabras que ahora escribo. Si lees despacio descubrirás respuestas a muchos de tus planteamientos.

¿Has pensado realmente en lo que es la vocación antes de desahuciarte a ti mismo y al mundo entero? Gregorio Marañón habló de ella como la aspiración a servir de una aptitud todavía no revelada. Así es. La vocación es como un impulso interior, voz inaudita que nos llama a hacer aquello para lo que servimos. Por eso decía que supondría una previa aptitud. Pero esa aptitud no se ha revelado en el momento en que en nosotros se despierta la vocación. Ésta se ve en la obligación de adivinar dicha aptitud. Brota en nuestra alma como un deseo de servir a una cosa que es precisamente la cosa para la que servimos.

Fíjate que ya podemos intuir que servir, lo que se dice servir, ya no es una cosa, sino dos: se trataría de tener una aptitud y en entregarse a esa aptitud. Valer para algo y sujetarse voluntariamente a ese fin. ¿Y

qué otra cosa es la combinación de estos dos elementos sino el amor? Desde los presupuestos antropológicos, éticos y metafísicos en los que me he movido toda mi vida no he hecho más que constatar la única verdad por lo que todo habría valido la pena: que el amor no se concibe sin servir. Él es algo imposible sin una eficacia específica derivada de la entrega a lo amado. Es decir, sin el servicio del amor. Todo conocimiento, toda especulación, todo se resuelve en que realmente es la sabiduría del amor la que dinamiza auténticamente al hombre, no sólo el amor a la sabiduría.

La vocación es la aurora del amor y éste ilumina a aquella, ilumina al alma para que descubra dónde va. La felicidad o la desgracia humanas que esta aurora anuncia depende de que un día el alma sepa lo que su vocación quería o, por el contrario, que el alma no encuentre el objeto de su amor, de su propia vocación.

¿Está en nuestras manos favorecer la conexión que debe haber entre el alma y su vocación a la que se ve llamada? Creo que sí. Cada vida es un misterio inalcanzable e indefinible, en el que incluso tiene mucho que ver el azar, incluso tras cada vocación. La vocación no se engaña. Lo más difícil es distinguir el paso seguro del que ha acertado en su vocación del que la ha errado, del que va derecho a servir a aquello para lo que sirve del que se deja llevar de espejismos de detalles o de ambiciones materiales que se ponen como rumores de vocación para no avergonzarse de los intereses realmente ocultos. No confundir una cosa con otra es la clave de la vocación, a lo que un alma está llamada, aunque esa alma no lo pueda saber todavía. A semejante empresa han de contribuir los padres en primer lugar y también los profesores, sin dimisiones y con la profundidad suficiente por parte de todos ellos para saber leer esas almas nacientes y desorientadas. Las mejores soluciones al problema de la vocación las da siempre el hogar, pero si el maestro lo es de verdad ha de estar casi a la altura de los padres. El alma que levanta el vuelo y va y viene hasta que se lanza a la meta, está siempre o casi siempre sostenida por las alas del amor. Si el maestro merece este nombre, y sólo lo merece si a su ciencia une muchísimo amor, puede aumentar y multiplicar, con una visión profunda y el tacto que nace del corazón, el número de posibilidades de que acierte la vocación incipiente.

Pero, insisto, el problema está en no confundir la verdadera vocación de la falaz. Además del amor, para ello tenemos algo más. La mejor certeza para escudriñar la propia vocación no es el hecho de cumplir el deber. Esto lo hace hasta el niño mimado, sino *el hecho de inventar deberes nuevos para darse el gusto*

de cumplirlos. La invención del deber es la forma suprema de servir y, por lo tanto, el signo cierto de la verdadera vocación.

Creo además que hay un signo o síntoma de la verdadera vocación que no debemos ignorar: el trabajo alegre en la pobreza. La inteligencia y las aptitudes no pueden ser bloqueadas, detenidas e interrumpidas por la comodidad, por la ausencia de cualquier detalle, técnica o instrumento perfecto que, por otra parte, nunca se acaban de encontrar. No se puede caer en ese puritanismo técnico que malogra la perfección inacabable de las capacidades propias de la creación. Esta «enfermedad», como afirmó Cajal, es consecuencia directa de la falta de vocación.

Aquí se estrecha la unión entre vocación y amor. El amor que pone condiciones no es amor verdadero. La vocación que exige tantas condiciones no es vocación. La auténtica vocación se alegra en el trabajo. El hombre que encuentra su vocación hace las cosas que tiene que hacer y otras que no debe, o que no le piden, por el gusto de hacerlas, ni siquiera sin saber si van a servir o no, porque el servicio auténtico se cierra en el mismo hecho de realizarlo. Servir de verdad es servir por servir en dos sentidos: en el de tener una aptitud bien lograda y en el de ofrecerla. No importa el después ni los medios. La vocación auténtica es consciente de que el trabajo auténtico no espera nada, lucha contra la adversidad y la pobreza desde ellas, y sólo este trabajo conduce adonde está todo lo que nos hace falta. La vocación no exige nada, presiente que lo que exige no se tiene jamás, pero sabe que lo que nos hace útiles y felices es lo que hemos merecido sin haberlo reclamado.

¿Y si, en último término, ya nos encontramos en el camino errado, en el hastío y en la amargura? Realmente no he pasado nunca por ese infierno. Cada uno en su interior tiene que medirse realmente con quien él es. Y puede que quede un remedio, no sencillo, pero infalible según el doctor Marañón y que también me atrevo a exponer en esta carta abierta: seguir adelante con todo el esfuerzo necesario. El esfuerzo cumplido con alegría acaba por convertirse también en amor. Y el amor es siempre creación como nos enseñó el personalismo. Acaso las formas más eficaces de la vocación se deban a esta vocación creada por la lucha contra la vocación adversa. Porque, igual que en el amor, hay una vocación que nace espontáneamente, pero hay otra que se crea en la lucha, por la generosidad de nuestro impulso, por la decisión de convertir en camino elegido el que nos dio el error o la fatalidad.

Un fuerte abrazo. 

CARTA A UN INDIGNADO

LUIS NARVARTE

Miembro del Instituto E. Mounier, Madrid

Estimado amigo indignado del 15M,

¡Menos mal que existes! Cuando este país se acercaba a los 5 millones de parados, cuando los mercados tomaban el control de las decisiones políticas, cuando se desahuciaba a miles de personas, ni partidos políticos, ni sindicatos, ni defensores del pueblo... nadie levantó la voz. Todo era o fatalismo (no hay otra solución que plegarse al mercado), o pactos ocultos de satisfechos (como el que mantienen los sindicatos agradecidos con el Estado que los alimenta). Sólo os atrevisteis a acampar en esta realidad vosotros y conseguisteis que resonaran con vuestro grito silencioso miles de personas profundamente insatisfechas e indignadas por la indignidad en la que vivían muchos de sus conciudadanos.

Enseguida os menospreciaron diciendo que duraríais dos días. Como os mantuvisteis, intentaron deslegitimaros diciendo que estabais manipulados por partidos de izquierda. De nada sirvió que en cada manifestación gritarais que «no nos representan» o que incluso arrojarais un cubo de agua al coordinador de Izquierda Unida cuando intentó manipular la acción no violenta para evitar un desahucio. Quien no quiere entender, no escucha; quien utiliza la mentira como arma de desprestigio, no atiende a ningún hecho. Habéis logrado convocar a muchas personas, y ese es el precio que el poder os reclama, y pone a ello todas sus televisiones, radios y periódicos.

Los del Instituto Emmanuel Mounier que nos hemos acercado a escucharos directamente, hemos oído muchas de las denuncias y reivindicaciones que, en el orden político y económico, llevamos muchos años denunciando:

- Avances hacia una democracia más participativa: listas abiertas para que haya una verdadera religación entre el representante y los representados; una circunscripción única para que todos los votos valgan lo mismo; convocatorias de referéndums para dar la voz al pueblo en todos los temas de re-



levancia; voto en blanco computable que refleje la disconformidad con la actuación de los partidos políticos; etc.

- Regeneración democrática de los políticos: fin de los privilegios de los políticos (en forma de pensiones y sueldos vitalicios, o de inmunidades ante corrupciones, o de coches oficiales y otros gastos superfluos bajo el pretexto de «necesidades de su condición»); eliminación de la subida de salarios que acontece al inicio de cada legislatura; incompatibilidad del servicio público con el trabajo al servicio de los intereses de grandes grupos privados, etc.
- Democracia económica: soberanía del pueblo y no de los mercados; control democrático sobre los mecanismos de los mercados y sobre la banca; regulación y obligación de pagar impuestos a la economía financiera; etc.
- No-violencia activa: y todo esto con una estrategia basada en la no-violencia activa (las acampadas no son más que una muestra de ello), el asambleaísmo y el uso de las tecnologías de la información y comunicación.

¿Cómo no estar de acuerdo con vosotros si éstas son parte de nuestras aspiraciones? ¡Cuánto nos hubiera gustado saber llegar a tanta gente como vosotros lo habéis hecho!

Desde esta empatía permitidme también que os diga algunas cosas que echo de menos y que me parecen muy importantes. Ojalá estéis dispuestos a escucharlas porque, en ellas, creo que nos jugamos avanzar hacia nuestro objetivo común:

- Falta un núcleo que dé unidad y sentido a todas esas reclamaciones que, si no, quedan fragmentadas y, por tanto, vencidas. El enemigo lo tiene: un modelo de persona individualista, que busca su propio interés y cuyo valor supremo es el dinero. ¿Cuál es vuestro modelo de persona? ¿Cuáles son vuestros valores? ¿Cuál es el principio que da unidad a vuestras denuncias y propuestas? Creedme, ahí está la madre de todas las batallas y es a lo único que el sistema tiene miedo. Cuando se habla de alternativa al sistema, se debería estar hablando de esto, y mientras estemos huérfanos de ello, el sistema no nos temerá. Renunciar a ello por un pluralismo que relativiza precisamente este aspecto, es el veneno cultural que nos ha inoculado el sistema para su tranquilidad. En el IEM llevamos años trabajando y haciendo esta propuesta. ¿Querréis escucharnos?
- Falta articular una verdadera propuesta en el terreno de la economía y la política, sin duda, basada en la autogestión, la democracia directa y en la fraternidad y la vida comunitaria. La Historia nos ha enseñado que con una buena propuesta (teoría)

no basta. También que sólo con intentos más prácticos pero sin alma, tampoco. Sólo propuestas bien fundamentadas (teoría) traducidas en estilos de vida (práctica), pueden tener éxito. Por lo tanto, estudiar y vivir; indignación y acción; valor y virtud. Y para mantener la acción no hay que dejar de compartir el destino de los que más sufren esta crisis: los pobres.

- Y finalmente, permitidme una cuestión procedimental: ¡qué largas, pesadas e ineficientes son vuestras asambleas! En general lo son así todas las asambleas, las vuestras y las nuestras. ¿Cómo podremos desarrollar métodos de decisión ágiles sin renunciar al asambleísmo? Y ¿cómo hacer para que esa proporción de vagos, jetas, parásitos y aprovechateguis que siempre se cuelan en todos los colectivos, puedan ser expulsados? Queremos una democracia participativa, en nuestras organizaciones y en la sociedad, y para ello hay que saber detectar estos elementos minoritarios y tener el valor y la autoridad de evitar que nos vampiricen.

Muchos defienden, también algunos que se llaman personalistas de nueva vía, que la solución pragmática solo puede venir desde arriba, desde el poder, desde el gobierno, desde la academia. El poder, si no es compartido, es lo más parecido al mal. Regenerar la democracia, haciéndola cada vez más participativa, les da miedo, pero es el único camino. Olvidan que ya, hace 2000 años, lo que no era entendido por los sabios y poderosos, sólo fue acogido por los sencillos y humildes, los que sólo tenían una tienda para acampar al raso. 

CARTA A UN DISCAPACITADO

JUAN JOSÉ HERAS GUTIÉRREZ
*Miembro del equipo diocesano de la FRATER,
 Responsable del Boletín Frater y de formación*

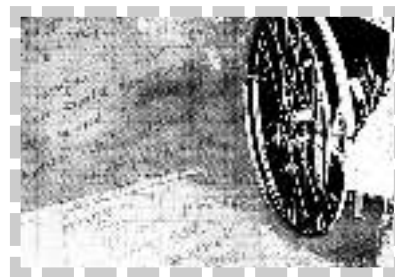
Estimado amigo:

Es público y notorio que la situación que vive nuestro país está obligando a los poderes públicos a adoptar estrictas medidas que puedan hacer frente a la crisis, que afecta a todos los grupos sociales, incluido ese al que tú y yo pertenecemos. La diferencia de edad que marca tu generación y la mía, no es óbice para que ambos seamos conscientes de la época actual, en la que nos movemos a pesar de nuestras particulares circunstancias, pero que, indiscutiblemente, en mi caso hace que me traslade a tiempos pretéritos en los que las carencias sociales y de otros tipos, relacionadas con la discapacidad, estaban a la orden del día, y hoy, muy posiblemente tú las vayas a conocer por primera vez y yo, desgraciadamente, a recordarlas de nuevo.

No creas que las vigentes condiciones en este campo que ahora disfrutas y de las que seguramente aún tendrás queja, surgieron libre y unilateralmente del trabajo efectuado por la Administración, no. Es necesario que sepas que los que te precedimos en el tiempo tuvimos que enfrentarnos a cuantos no eran capaces de vernos como al resto de ciudadanos. Que el vocablo que definía a nuestro colectivo, independientemente de la patología de cada uno, era el de «subnormal».

Hubo un tiempo en este país, en el que la palabra «discapacitado» era sinónimo de «inválido»; es decir, alguien que no sirve absolutamente para nada y que ocupaba, incongruente y jocosamente, la casilla destinada a la profesión del Documento Nacional de Identidad. En tal época, ningún organismo estatal o privado abogó por reconocernos, no sólo la dignidad natural impuesta por el mero hecho de pertenecer al género humano, sino que ignoró que éramos portadores también de unos sentimientos cuanto menos iguales al resto de los mortales, que se veían constantemente ninguneados.

Hubo un tiempo en que se creó una única Asociación Nacional de Inválidos que nos englobó a todos a efectos estadísticos, y que exclusivamente sirvió para dar trabajo a mutilados provenientes del bando ven-



cedor de la Contienda Civil recientemente acabada. Los que estuvimos inscritos en dicha asociación todavía nos estamos preguntando qué beneficio alcanzamos con ello, si no fue el de servir de expedientes para justificar una labor ya de por sí injustificable, obviando que tras los papeles de rigor se escondía una persona.

Hubo un tiempo en este país —paralelo al descrito—, en el que también afloraron asociaciones de piosos y caritativos conciudadanos, que creyeron ver en la ayuda que pudieran proporcionar en este sector un camino abierto a las prebendas prometidas por una Iglesia dolorista y paternalista. Y otros ciudadanos a los que sólo se les puede calificar con el adjetivo de «espabilados», que supieron aprovecharse de la ignorancia y la necesidad a que daba lugar, una siempre triste posguerra. En el primero de ellos, quizá el recuerdo que aún perdure en la mente de algunos coetáneos sea el de los campamentos de verano más acordes a la ideología y parafernalia del Régimen, que a las necesidades físicas de sus especiales usuarios. En el segundo, la mendicidad del inválido se procuraba contrarrestar a base de tómbolas rozando la ilegalidad y que lucraron a determinados sujetos que, la mayoría de las veces, ni siquiera fueron procesados.

Hasta no hace mucho (ya en plena democracia), un discapacitado, para poder volar en avión debía firmar un pliego de descargo en el que eximía de toda responsabilidad a la compañía aérea en caso de accidente, y asumía los gastos derivados de cualquier desperfecto que pudiera ocasionar a la nave (?).

En este país la educación de los niños y jóvenes con algún tipo de discapacidad estaba supeditada a la buena voluntad de los directores de colegios a la hora de querer aceptarles como cualquier otro alumno, ya que no existía normativa ninguna que obligara y garantizase la adaptación de las aulas y la integración escolar para este tipo de alumnado. En el mejor de los casos, siempre y cuando el poder económico de

la familia pudiera permitírsele, los profesores particulares suplían en el domicilio la parte docente, pero no así la estrictamente moral y legal, puesto que para que tuviera validez el curso, debíamos examinarnos por libre en los institutos marcados para tal fin con el lógico detrimento en las calificaciones.

Si del aspecto laboral hablamos, la propia Administración impedía que las personas con discapacidad opositaran a determinadas áreas de su competencia (la docente por ejemplo) arguyendo que por su especial presencia física eran incapaces de imponer orden en una clase (por lo visto lo de *la letra con sangre entra* era algo habitual, si no en la práctica, sí en el pensamiento de quienes eran los responsables de la educación a nivel nacional). Y como paso vanguardista (sólo en la teoría), al principio de los 70 del siglo xx, se crearon los Talleres de Empleo Protegido, que, a juzgar por los sueldos que pagaban y la organización que tenían, bien pudieran haberse llamado Talleres de Explotación Consentida.

Los edificios oficiales eran considerados bellos y prácticos no por su funcionalidad respecto al uso que de ellos pudieran hacer todos los ciudadanos, incluido tu colectivo y el mío, sino por la estética que guardara con el entorno aunque este fuese totalmente inaccesible y peligroso para nosotros. Podría decirse (en un alarde de ignorancia) que cuantas más barreras arquitectónicas tuviera, mucho mejor.

Con la democracia instaurada en 1976 en este país empezaron a soplar aires frescos que poco a poco fueron impulsando también nuestros pobres cuerpos deformados con otros bríos. Gracias a esta nueva forma de gobierno y al asociacionismo de minusválidos que ya venía trabajando en este campo desde años atrás, pudimos empezar a equipararnos al resto de los ciudadanos en diversas parcelas. Se adoptó la reserva de un establecido número de plazas en las empresas que reunieran determinadas características para fomentar la colocación en nuestro colectivo. Se empezaron a construir residencias para grandes afectados. Asimismo, se hicieron colegios especiales y a principios de los 80 del pasado siglo, se dieron los primeros pasos para integrar a niños discapacitados en colegios normales, llevando parejo tal acto el que también existiera la figura del profesional especializado en este campo en las llamadas Unidades de Apoyo. Logramos que la Sanidad pública tuviera en cuenta los tratamientos especiales a que algunos están sometidos y que se investigara, en la medida de lo posible, en las denominadas «enfermedades raras». Más cercano en el tiempo, se ha tenido en consideración el que los grandes afectados puedan servirse de ayudas económicas o materiales gracias a la Ley de Dependencia que, ade-

más, ha supuesto el reconocimiento del trabajo de dedicación exclusiva por parte de los familiares (casi siempre mujeres), como si de cualquier trabajador se tratara, habiéndose creado, en este campo, bastantes puestos de trabajo. Por fin podemos viajar en casi todo el transporte público y desplazarnos por nuestras ciudades gracias a la eliminación de barreras y a las nuevas tecnologías aplicadas a la movilidad individual y colectiva.

Así podría seguir enumerando toda una serie de mejoras que, en mayor o menor medida, están beneficiando nuestro status social. Sí, es verdad que todavía queda mucho por hacer y que esta tarea tiene como freno las mentes y las voluntades de los políticos en particular, y la de la ciudadanía en general, al tratarnos como potenciales votos unos, y «privilegiados de las ayudas públicas», otros. Sí, además de la crisis económica que atravesamos, existe otra de valores que hace tanto daño o más que aquella.

Desgraciadamente la actual crisis afecta a todo cuanto acabo de exponer, y las supuestas medidas reparadoras que se están implantando atacan directa o indirectamente a lo conseguido con tanto esfuerzo en los últimos años. Sanidad, Educación, Asuntos Sociales, Empleo..., se verán restringidos a todas las personas, pero a nuestro colectivo más aún. No hace falta detallar cómo se verán afectadas cada una de estas parcelas, y por consiguiente nuestras propias vidas, cuando se deje de percibir la ayuda de dependencia, cuando tengamos que abonar el transporte especial para asistir a determinados tratamientos de rehabilitación, cuando debamos pagar la parte correspondiente a las medicinas con unas míseras pensiones también rebajadas por otras causas de impuestos, cuando aquellos escolares que necesiten atención especial no la tendrán o se dará en aulas masificadas, cuando determinadas ayudas para transporte se eliminen de nuestras distintas administraciones, cuando la correspondiente a prótesis u otros elementos que favorecen nuestra vida cotidiana deje de asignarse, etc., etc.

Amigo discapacitado, he tenido un sueño y espero que no se cumpla. Dios quiera que las cabezas de nuestros próceres políticos se llenen de razón plural, y no de partidismo. Que el Estado de Bienestar alcance al día de hoy no adquiera tintes dramáticos y tengan que venir a rescatarnos como finanzas mal llevadas. Pero mientras esto ocurre o no, seguiré creyendo en la bondad del hombre como sujeto anónimo que únicamente se deja llevar por los sentimientos que nacen de un corazón puro, y confiaré en mis propias posibilidades que, aunque mermadas, son las que me han mantenido hasta el momento presente. 

CARTA SOBRE CÁRITAS, EN TORNO A LA CRISIS

JULIA PÉREZ

Del Instituto E. Mounier, Madrid



Queridos amigos:

Cuando me pedís que escriba esta carta sobre la crisis estoy en México. Aquí recibo vuestros correos donde me decís: «con lo mal que estamos, no va a quedar nada de España cuando vuelvas». La verdad es que en Europa, en España, damos mucha importancia a la crisis por la que estamos atravesando. Vemos un panorama alarmante: desempleo, 5 millones de parados, jóvenes que tienen que emigrar porque ahí es imposible encontrar trabajo, emigrantes que estaban empezando a hacerse un huequito en nuestra sociedad y que se ven en la calle y, algunos, tienen que volverse a sus países de origen habiendo perdido muchísimo de lo que con tanto trabajo habían conseguido... y tantas y tantas cosas más.

Y sin embargo en muchos países de este lado del Atlántico todo eso es lo normal, viven en crisis continua y sus economías crecen, poco, pero crecen...

¿Qué está pasando en España? ¿Qué está haciendo el gobierno español? ¿Qué recetas quiere aplicar Europa a la crisis? ¿Se están aplicando medidas que nos vayan a permitir salir de esta situación? ¿Se están dando ayudas donde se necesitan, para que los colectivos que se han visto más empobrecidos puedan empezar a levantarse?

La verdad es que la respuesta a estas y otras muchas preguntas que uno se hace no son esperanzadoras. Lo que sabemos tampoco lo es: se ha ayudado a los bancos, que precisamente generaron la crisis por su ineficacia y desvergüenza. La política hiperinflacionaria de rescates financieros es un fiasco. Y tampoco se les exigirá que lo devuelvan cuando dejen de estar con problemas. La sociedad está para ayudar a los Bancos a que sigan ganando más que nadie, pero no para que la Banca ayude a los que lo necesitan.

Lo que estamos viendo que ocurre tampoco resulta esperanzador: se está desmantelando el llamado «Estado de Bienestar». Los trabajadores habían

conseguido unos derechos «inaceptables», de modo que se legisla para que el despido resulte más barato y rápido, y la razón que se da para ello es que así los empresarios contratarán a más personas. Efectivamente, en vez de tener a 20 familias con un salario fijo, escaso pero fijo, tendremos a 200 familias con un salario escaso e intermitente: hoy trabajas, mañana no porque contrato a otro. Esto no es reparto del trabajo, el movimiento obrero llamaba reparto del trabajo a otra cosa, sino reparto del hambre por temporadas. En algunos países europeos, los trabajadores de grandes fábricas han preferido repartir el trabajo, trabajar menos horas recibiendo menos salario, pero dejando a todos los trabajadores a la espera de que las condiciones económicas mejoren y pueda volverse a funcionar como antes, sin dejar a nadie en la cuneta. En otros países ni siquiera eso es posible, pues el gran empresario quiere siempre la parte del león.

Según aseguran los entendidos, las brutales medidas de austeridad que se han impuesto solo aceleran la desintegración financiera, a costa de la vida de la gente, de las economías y de las naciones. Resulta que hay demasiados funcionarios (solamente a la ineficacia del Estado podemos deber que así sea) y en vez de disminuir su número y prejubilizar a quienes haga falta, es mejor bajar los salarios de todos y así se van recortando derechos para el futuro. Incluso si están de baja pueden ver reducido su salario, porque ya se sabe que el que se queda en casa enfermo tiene menos gastos...

Cuando se inició la crisis, esa que le costó dos añitos reconocer a Zapatero y su gobierno, algunos líderes europeos, léase Sarkozy, dijeron que habría que revisar el sistema capitalista que a tales desastres nos había llevado. Pero se les pasó pronto, enseguida comprendieron que había que asustar a la gente, hablarle mañana, tarde y noche del infierno que nos aguardaría a todos en breve para terminar haciendo que paguen los de siempre, para justificar cualquier medida por muy impopular que sea porque «el gobierno no tiene otro remedio».

No me gustan las teorías conspiracionistas y me resisto a creer en los libelos que circulan proponiendo que esto de la crisis es un invento que lo único que pretende es anular los derechos conseguidos y retrotraernos a principios del siglo pasado, pero no creo que pueda haber duda de que se están tomando todas las medidas necesarias para que no paguen la crisis los más ricos. Incluso en los casos —que los ha habido— de que estos últimos hayan reclamado

pagar más impuestos, no se ha llevado a la práctica, pues sería tremendo que algún país lo hiciera, dando con ello un ejemplo desastroso a los demás. Por el mismo motivo, no se perseguirá el fraude fiscal de las grandes fortunas, que tanto dinero supondría para la hacienda pública.

Desde el inicio de la crisis, en Cáritas donde trabajo, pudimos ver cómo empeoraban las condiciones de los emigrantes: se fueron quedando sin trabajo poquito a poco. Las familias españolas que daban trabajo a mujeres extranjeras, al quedarse en el paro, tuvieron que despedirlas, pues de lo primero que se puede prescindir es de la mujer que cuida a los hijos, o que hace las labores del hogar. Sin trabajo los inmigrantes dejaban de pagar sus alquileres, sus facturas de luz, etc. Algunas familias habían conseguido iniciar la compra de una vivienda, y ahora, ante la imposibilidad de seguir pagando la hipoteca, el Banco se quedó con sus casas y ellos seguían debiéndole dinero. A muchos les fue imposible aceptar trabajos legales, con papeles, porque sabían que sus sueldos les serían confiscados para el pago de esas hipotecas de las casas que ya no eran suyas.

En los años que llevamos en esta situación, que va de mal en peor, hemos dado ayudas económicas cuantiosísimas y hemos conseguido posponer situaciones calamitosas. Pero Cáritas no va a solucionar definitivamente la situación de ninguna de las familias que pasan por nuestras parroquias. La labor que estamos llevando a cabo debe continuar haciéndose, pero no nos podemos quedar solamente ahí. Tenemos la obligación moral de estar de parte de los afectados por esta situación, debemos denunciar que las medidas que se están tomando no son de justicia, pues de ninguna manera debemos ni podemos dejar que se acabe con derechos que tantas luchas y sangre costaron y siguen costando.

No se puede acabar con la enseñanza, con la sanidad, con los derechos de los trabajadores. Es indispensable un cambio del sistema capitalista, del orden financiero global. El sistema financiero que soportamos se ha apartado de la producción de bienes físicos y está cada vez más dominado por la especulación. Nuevas leyes al respecto deben dar paso a nuevas formas de economía y de sociedad.

Tiene que haber un cambio de mentalidad: es falso que no se pueda hacer nada y es erróneo pensar que podemos seguir viviendo en un mundo con tantísimas desigualdades, hay que decrecer para poder sobrevivir dignamente. O eso o la destrucción del hombre por el hombre. 

CARTA A UN JUBILADO

ANTONIO PUÉRTOLAS DE CASTILLAZUELO
Del Instituto Emmanuel Mounier, Zaragoza



Querido Calixto:

Me dices que te acabas de jubilar y que te gustaría conocer mi propia experiencia de jubilado. Tengo 77 años y llevo 7 como jubilado.

- I. He intentado poner orden en lo que te digo a continuación; pero ni me ha sido posible lograrlo plenamente, ni he sabido-podido expresar todo lo que bulle en mi vida. En algún momento, lo escrito no parece una carta... vg.: cuando digo: «el hombre» y no: «yo», me refiero a que eso mismo —que aparece como común a todos los seres humanos— lo estoy pasando (en concreto) yo en este mi tiempo de jubilado. Y tampoco parece una carta cuando —en ciertos momentos— da la impresión de que desarrollo un tema. He decidido no ocultarte lo que la (mi) vida me plantea a mí.
- II.
 1. Decisiones anteriores a la jubilación (profesor de filosofía durante más de 40 años, miembro de I. Mounier y de HOAC) me han influido y seguirán influyendo hasta el final de mi vida en este mundo.
 2. Como consecuencia de operaciones (glaucoma) en ambos ojos, no he podido escribir como hubiera deseado.
 3. Escuchar, ver, leer.
 - a. Estos años he escuchado muchas conferencias en Zaragoza y en Madrid. No me gusta hablar por no callar; pero, si lo que oigo me sugiere sintonía o rechazo, no me puedo callar. Digo lo que pienso. Los pequeños grupos de I. E. Mounier y HOAC son (para mí) un privilegio, pues ahí se muestra el palpito de la actual sociedad y la Iglesia con sus luces y sombras.
 - b. Ver lo que pasa: Los acontecimientos me sugieren aquello de Mounier: «El

acontecimiento será vuestro maestro interior».

- c. Leo algún libro y ojeo a diario la prensa nacional y regional. Selecciono lo que me llama la atención positiva o negativamente. Valoro por escrito lo seleccionado. Estos recortes invaden mi piso.

4. Ante lo que veo: a) Fuera de mí; b) En mí.

- a. En mi mismo pueblo natal:

1. Fértiles huertas abandonadas... yermas... zarzaleras enrevesadas,
2. Casa(s) abandonada(s)...

Entre esos yermos, hay algunas huertas familiares.

Ante el panorama descrito, me planto y me digo: ¿Podría vivir aquí mi antiguo vecino de Kenia? Y sueño con una economía de COMUNIÓN...

Manos a la obra, comenzamos con el kenia por la poda de los árboles en huertas y olivar.

Inesperadamente, pasados unos meses, mi familia se atraviesa...

Disgustado ante la SIN-razón, mi físico se resiente y una sobrina (médico) decide llevarme a la clínica Puerta de Hierro de Madrid donde paso siete días en observación.

- b. Ante lo que veo en mí, pasado un tiempo, reacciono y, entre otras cosas, me digo: ¡A por los yermos y zarzaleras en lo más íntimo de mí!... con el fin de no ser yo mismo un ESTORBO hacia una comunión: 1, 2.

1. Horizontal con mis semejantes
2. Profunda... conmigo mismo... con Dios en el fondo... Desde ahí, con los cimientos saneados, quiero hacer mi aportación al edificio de la nueva evangelización.

5. Tensiones, choques. Me encuentro en tensiones-choques, tanto con lo de dentro de mí mismo como con lo de fuera de mí. Dentro de mí aparecen y reaparecen el bien y el mal. Y lo mismo entre lo de fuera de mí y lo íntimo en mí; pero no quiero cansarte con una ¿excesiva? descripción. Por lo que corto.

Esto me lleva a orar con el salmista: *Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles.*

- 6. Nueva Evangelización. Según mi manera de ver las cosas, esa nueva evangelización sólo se dará en la medida en que la existencia personal cristiana sea verdadera existencia personal y verdadera existencia cristiana, y no mera recepción sociológica. Lo cual implica que los cristianos (yo también) vivamos como cristianos de forma RAZONABLE (que implica —entre otras cosas— saber dar razón de nuestra fe).

- 7. Cuando miro mi mundo..., España..., aborrezco la MENTIRA, manipulación, tergiversación (en ciertos grupos políticos, en algún periódico de ámbito nacional, en ciertos programas de TV) semejantes a lo de los peores SOFISTAS; y no me callo, sino que proclamo la VERDAD que palpita imparable en mi pecho.

CRISTO, *ad dexteram Patris* y en su cuerpo (Iglesia) aquí (desde J. Ratzinger al cristiano del pueblo más perdido) me lanza, y a la vez me serena.

- 8. Combate. Me encuentro en un cierto combate en lo íntimo de mí, (como he indicado antes), y también frente al ambiente que me rodea (1.: medios de comunicación: prensa escrita, TV, radio... ¡Cuanta MENTIRA: verdad OFICIAL...! 2.: Mucha gente no se entera de lo que pasa realmente. Es gente manipulable, de hecho: manipulada. Esta gente está en el «se dice», que confunde con yo digo. ¡Pobre gente!).

- 9. A estas alturas ¿estoy programado? sí y NO. Sí, está programado: cada día, cada semana, cada mes, cada trimestre, cada año... y **toda mi vida** en una OPCIÓN FUNDAMENTAL TOMADA. NO, pues, fuera de mi opción fundamental, todo puede cambiar en cualquier momento, si hay un motivo.

- 10. Una vez jubilado, no me he aburrido nunca, más bien me ha faltado tiempo.

III. Por todo lo que he dicho anteriormente, soy inequívocamente opuesto a la eutanasia. Por delante (en mi propia persona) contemplo un horizonte a recorrer, horizonte tan sugerente o más que en mis años jóvenes... y hasta que Dios quiera.

¡Calixto! Un abrazo para ti y para los que han tenido la paciencia de llegar hasta el final de esta carta.

Con todo mi afecto,

Antonio Puértolas de Castillazuelo

CARTA A UN HIJO NO NACIDO

TERESA DE JESÚS ORTEGA ALMEDA
Licenciada en Geografía

Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía,
y antes que nacieses te tenía consagrado (Jr. 1,5)

Mi querido hijo:

Me han pedido que escriba una carta «a un niño que no va a nacer» a un niño cuyo don de la vida, el mayor tesoro que se nos ha dado, alguien se atreve a robárselo, a arrancársela de la forma más cobarde, terrible y cruel¹.

Sé que debería dirigirme a los niños que no fueron, a los que no les dejarán ser... Pero me duelen, porque mi humanidad es débil y soy cobarde ante el dolor; y más cuando el que sufre es una criatura indefensa. Por eso prefiero dirigirme a ti y que de alguna manera seas tú quien se la hagas llegar y compartas con ellos todo el amor y la nostalgia que unos padres y hermanos tienen, junto al dolor de haber visto truncada la alegría de la noticia de tu llegada, por tu prematura partida.

Tu situación no es la de ellos, porque eras tan deseado y esperado como amado. Y aunque te fuiste al comenzar, cuando aún no se vería ni el puntito latente en una ecografía, eres parte de nosotros.

Nunca nos preguntamos el porqué de este dolor, pero sí el para qué, porque tenemos la certeza de la Fe, y sabemos que cada persona tiene una misión en la vida y que cada vida termina cuando ha cumplido su misión. *Mi embrión tus ojos lo veían; en tu libro están escritos todos los días que han sido señalados, sin que aún exista uno solo de ellos* (Sal. 139, 16).

Tu efímera existencia, creo que ya ha dado fruto:

Por un lado, me permite poder ponerme en la piel de todas esas madres que han elegido ser madres de un hijo muerto (pues ya desde el primer momento de la concepción, se es madre) antes que de un hijo vivo... Aquellas madres que han elegido o se han visto obligadas a darles a sus hijos una muerte cruel y



una sepultura en un cubo de despojos antes que la vida, el calor de unos brazos y la dulzura de un beso...

No las entiendo; tampoco las juzgo, ¿quién soy yo para hacerlo? Bastante dolor tienen con sufrir la ausencia de sus hijos. Porque, tarde o temprano se dan cuenta del terrible hecho. La inmensa mayoría padecen el «síndrome post-aborto» (la misma angustia, la misma desesperación, la misma culpa: pesadillas, insomnio, alcoholismo, agresividad o depresión, psicosis... y suicidio). Pero lo peor es el no poder perdonarse a sí mismas... No entiendo a las personas que dicen que las quieren y en lugar de acogerlas y ayudarlas, les dan la espalda, las obligan a abortar; tampoco entiendo a los que legislan leyes contra la vida del más desprotegido y menos aún entiendo a las que les practican el aborto o colaboran en ello. ¿Cómo son capaces de matar despiadadamente a las criaturas más indefensas y en el lugar supuestamente más seguro e inviolable, el vientre de sus madres? ¿Pueden dormir tranquilos? ¿Pueden siquiera dormir? ¿Pueden mirar a un niño y no preguntarse por los niños que han matado? ¿Pueden abrazar a sus hijos y no preguntarse por los hijos a los que han impedido ser abrazados? ¿Por cómo serían? ¿Quiénes serían? ¿...?

Por otro lado, tu existencia me permite ponerme ante los chicos y chicas de mis clases, sobre todo cuando me dicen que el aborto es la solución para evitarse problemas, para no «estropearse sus vidas» adolescentes; y hacerles reflexionar sobre el milagro de su propia existencia, de cómo entre millones de espermatozoides, uno, fecundó a aquel óvulo que fue el «primero en madurar». Si cualquiera de los dos hubiese sido distinto, serían otras personas totalmente

1. En 2010, fueron abortados 113.031 niños en España. Según datos del Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad; publicados en <http://www.msssi.gob.es/estadisticas/informe.do>.

diferentes... Si hubiese llegado otro, no sería yo, si hubiese llegado otro no serías tú...

Después, les explico que una vida, cualquier vida, tiene un valor infinito. Es posible que alguien haga algo mejor que yo, mejor que tú; pero nadie lo hace como yo, nadie lo hace como tú. Cuando alguien «falta», su hueco no lo llena otro alguien...

Cuando les hago ver que el aborto no es la solución a ese «problema» no querido, pero sí buscado, (aunque no sean conscientes de ello), pues el gesto que han vivido está llamado a dar Vida, algunas chicas me dicen que preferirían abortar antes de dar a su hijo en adopción, porque no soportarían saber que tienen un hijo al que ellas no pueden cuidar, pero que está con otros. Entonces les invito a que vayan al fondo de esa afirmación: ¿qué es lo que verdaderamente les dolería?, ¿que su hijo pueda vivir y cumplir su destino, o que ese destino se cumpla abrazado por otra madre?

Otras veces, me dicen que abortarían si su hijo fuese deficiente, ya sea psicológico o físico, o si tuviese alguna enfermedad al nacer o que pudiese desarrollar la por cuestión genética en la edad adulta. Entonces, les pregunto: ¿con los «ojos» de quién lo estáis juzgando? ¿Con los de ellos, que aún, con sus limitaciones, viven y son felices siendo amados? ¿O con los de las personas «normales o sanas» agobiados más por el sufrimiento, de lo que podríamos perder, que por lo que ellos nunca han tenido o no tendrán y, por lo tanto, no pueden echar de menos? Entonces les hago ver la alegría y cariño que reparten a manos llenas, por ejemplo, los niños con síndrome de Down, haciendo más felices a los que tienen a su alrededor. O les pongo el ejemplo de mi abuela, si alguien le hubiese dicho a su madre que debía abortar, porque los genes de su hija portaban una enfermedad que probablemente en la edad adulta la dejaría ciega completamente (como de hecho ocurrió cuando tenía 60 años), tanto sus hijos, como sus nietos, biznietos, y los descendientes de estos, jamás habríamos nacido... La vida, es siempre un bien. Es un bien por encima de las circunstancias en la que fue concebida o se desarrolle. A nadie se le puede negar la afirmación de la vida y la defensa de su dignidad. Tiene un valor incomparable, es el valor de la persona, que nos hace únicos e irrepetibles.

Y por último, tú has hecho que pueda ponerme ante la esquizofrenia de la sociedad y la cultura dominante, que no sólo ha pretendido matar a Dios, sino que ha pretendido ocupar su lugar; el hombre piensa que él es ahora el sumo hacedor; dueño de la vida y la muerte de sus semejantes... *cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura en vez del Creador* (Rm 1, 25).

Esquizofrenia, que lleva a los gobiernos más poderosos de la tierra, a la ONU, a sus organizaciones subordinadas ACNUR, la OMS, UNICEF, y a otras organizaciones internacionales a enarbolar las banderas de la democracia, de la libertad, del bienestar, de la igualdad, a promulgar leyes que amparan —¡es repugnante!—, bajo eufemismos como salud sexual y reproductiva e interrupción voluntaria del embarazo, el poder asesinar sin condena. Sin ningún pudor ni remordimiento. La ley no hace moral un aborto provocado. Los hijos son un regalo de Dios, no son ni un derecho ni una propiedad.

¡Qué difícil resulta no caer en la desesperanza al ver tanto mal causado, tanto daño infligido por la mano humana; por la ambición del ser humano, que nos hace estar sufriendo a nivel mundial una gran crisis económica y social causadas por la profunda crisis antropológica, porque la más perfecta «creatura», capaz de las mayores proezas y de las más perversas atrocidades, ha dejado de preguntarse por el sentido de su vida, por el destino para el que está hecho, perdiendo así el valor del mayor tesoro que posee, la Vida. Pobre ser humano cegado por la soberbia, que no ve que sus días están contados, que por mucho que se esfuerce no puede mantener su juventud, ni alargar su vida un segundo.

Más que otra cosa, esta situación, que me hace gritar «¿por qué?, ¿por qué existe un mal tan grande?», me obliga a ser humilde y dar gracias por haber experimentado que la vida tiene un valor y una dignidad. Por eso no me puedo quedar sólo en el grito desesperado, porque hay esperanza, porque tengo la certeza de estar hecha para Otro, de que estamos hechos para Otro, que nos llama a cada uno por nuestro nombre y nos sostiene en la palma de su mano con una infinita ternura y esta certeza nos pone en movimiento, nos hace volver a construir, construir educando y dejándose educar, educando en la Verdad, suscitando las preguntas, las grandes preguntas del corazón del hombre, ¿quién soy yo?, ¿cuál es el destino para el que estoy hecha?, ¿cuál es el destino del otro? Las preguntas, que nos ponen en pie frente a la realidad, que nos hacen juzgar los hechos, no a las personas; que nos enseñan a mirar con ternura la fragilidad del otro y mi propia fragilidad. Termino con las palabras de un amigo sacerdote:

...

No te escandalices ante la tentación que sufres, tampoco te escandalices por el error que cometes y vuelve de manera indomable a emprender el camino...

En la certeza de un feliz reencuentro, en el que poder abrazarte y contigo a todos los inocentes.

Mamá

CARTA A LA IGLESIA

RICARDO DE LUIS CARBALLADA, OP
Facultad de Teología San Esteban (Salamanca)

Queridas hermanas y hermanos en la fe:

Me han pedido que escriba una carta a la Iglesia. Lo primero que he pensado es en la imposibilidad de la tarea. ¿Cómo atreverme a dirigir la palabra a mi querida Iglesia a la que tengo que escuchar todo? ¿Cómo puedo pretender enseñar algo a quien es maestra cotidiana de mi vida y de la que tengo tanto que aprender? Si al final me he puesto manos a la obra es porque sé que nuestra comunión crece y se desarrolla en la comunicación. Y que nuestra fe se acrecienta y desarrolla en las búsquedas compartidas.

Quiero compartir con vosotros algunas inquietudes en torno a la crisis económica que golpea la economía mundial y en particular la española. Aunque no podemos olvidar que hay una gran multitud de personas que ni se enteran de la actual crisis por encontrarse en una situación crónica de subsistencia.

LO PRIMERO, UN RECONOCIMIENTO AGRADECIDO

Lo primero es expresar mi gratitud a toda la Iglesia por el amor y el servicio acumulado en tantos años de historia. Son una luz que alumbra el camino de quienes buscan una convivencia más humana. Una luz, a veces oscurecida por las sombras del pecado humano, pero que sobresale por encima de las sombras de nuestras faltas. Hay quienes no reconocen esta luz y tienen fijada su mirada en los errores de nuestra Iglesia, los cuales magnifican y agrandan sin tener en cuenta cada contexto histórico. Lo hacen por diversos motivos: por prejuicios, por desconocimiento, por cegueras ideológicas, por resentimiento... Ante las críticas, los hijos de la Iglesia debemos preocuparnos, sobre todo, por presentar la verdad de los hechos y no debiéramos obsesionarnos por nuestra imagen ni por tener «buena prensa». Ya nos lo dijo el Señor, preocuparos de hacer el bien y no de vuestra buena imagen.



También doy las gracias porque esta Iglesia nuestra de España ha sabido reaccionar con prontitud a la situación en la que nos encontramos. Son muchas las comunidades y grupos eclesiales que han desarrollado iniciativas de ayuda a los que más lo necesitan. Sería muy largo enumerarlas todas. Indico algunas de ellas: se han incrementado los servicios asistenciales de las parroquias e instituciones de Iglesia, creando comedores, roperos, bolsas de trabajo... Todas estas iniciativas cuentan con numerosos colaboradores desinteresados porque son muchos los que han sentido el impulso de la caridad cristiana ante la necesidad del prójimo. En casi todas las diócesis españolas, y desde el inicio de la crisis, sacerdotes y obispos donan voluntariamente una parte de su sueldo (que por otra parte es bien justito para vivir)... Son muchos los cristianos que individualmente apoyan humana y económicamente a otras familias en necesidad. Obispos, teólogos, animadores de comunidades han rastreado

las raíces de esta crisis, que no es sólo financiera sino también moral, y han apelado al desarrollo de nuevas actitudes y un nuevo horizonte de reparto de los bienes.

Gracias de verdad porque todas esas iniciativas nos muestran que en nuestra Iglesia sigue vivo el Espíritu de Jesús que nos pidió servir a todos los que sufren, a los pobres.

ALGUNOS INTERROGANTES

Pero ya lo sabéis, cada vez que nos ponemos ante Dios y ante el evangelio de Jesús, tenemos que preguntarnos ¿es suficiente todo lo que hacemos? ¿No podemos y debemos hacer un poco más? El Señor nos dijo que al que nos pida que le acompañemos un kilómetro deberíamos andar con él diez; al que nos pide el manto le deberíamos dar también la túnica... Hoy, ante tanto desempleado angustiado y desanimado, ante tanto emigrante asustado y con sus sueños rotos, ante tanto joven al que la frustración ahoga sus ilusiones, en definitiva ante tanto miedo y desesperación, el Señor nos dice que tenemos que hacer más, arriesgar más, darnos más.

Y nos pregunta si no estamos dando generosamente, sí, pero de lo que nos sobra, de lo que no nos afecta, de lo que no conlleva que tengamos que modificar nuestro estilo de vida. Es cierto que ayudamos, pero quizás lo hacemos sin tener que levantarnos del sillón de nuestra comodidad, sin atrevernos a sentarnos y compartir con el que sufre, buscando juntos las posibles soluciones. Nuestro compromiso será real y efectivo cuando lleve a complicarnos la vida, cuando nos co-implique personalmente en las dificultades de los otros. Lo demás es solidaridad a distancia, sin moverse del sitio, sin relación ni identificación afectiva con aquellos que sufren.

Pero ¿qué más podemos dar en esta situación de profunda crisis económica? ¿Qué más puede dar nuestra Iglesia?

LA REFLEXIÓN, LO PRIMERO

En primer lugar recordamos una vez más que lo nuestro no es dar soluciones técnicas. Eso les corresponde a otros. Lo nuestro, como comunidad de fe, no es organizar la sociedad. Nuestra tarea es construir conciencias, despertar esperanzas, animar las convicciones éticas, impulsar compromisos. Y lo hacemos sabiendo que la ética es un factor de estabilidad y

desarrollo económico tan importante como la inyección de liquidez. Una sociedad éticamente más desarrollada es también más eficiente económicamente.

Desde esta perspectiva, quiero compartir con vosotros mi perplejidad ante muchas de las propuestas para salir de la crisis. Por todas partes escuchamos eso de que para los chinos crisis es oportunidad. A mí me parece que para darse cuenta de que las crisis nos tienen que hacer recapacitar no hay que irse al Oriente. Pero es que además, esta crisis no nos está haciendo recapacitar demasiado como sociedad, ni la estamos viviendo como una oportunidad de hacer una sociedad mejor.

Reconozcámoslo con honestidad. El origen de esta crisis ha estado en la codicia, de la que muchos hemos participado. En distinta medida y con responsabilidades diferentes, sin duda. Pero somos muchos los que hemos consentido un modelo de desarrollo basado en actividades orientadas más a la ganancia y a la circulación de capital que a la satisfacción de necesidades reales. Ha sido un modelo de desarrollo que tenía como objetivo principal el lucro antes que ofrecer un producto de calidad o responder a las necesidades de la gente. Por eso, se promovía la construcción de viviendas pensando más en sobrevalorar su precio y obtener un mayor rendimiento monetario que en ofrecer viviendas de calidad y a un precio asumible para los que de verdad las necesitaban. No se perseguía cubrir una necesidad social sino simplemente el enriquecimiento más burdo.

La crisis nos ha hecho ver lo sobrevalorados que estaban determinados productos que pagábamos a un precio desorbitado para dar cada vez ganancias mayores a quienes nos prestaban el dinero y volvían a subir los precios... Y así hasta que la burbuja estalló y se llevó por delante la alegría y la ilusión.

La actual situación debiera ser ocasión para pensar que la economía que mejor funciona no es la que provoca solamente un mayor margen de ganancia, sino la que proporciona productos de más calidad. Y esto conlleva pensar en el cliente, en los usuarios de los servicios, en sus necesidades. La economía que mejor funciona es la que logra un producto de calidad porque se orienta a las necesidades reales de las personas y no sólo al beneficio. La creatividad, la originalidad, la innovación, proceden casi siempre de pensar en soluciones que facilitan la vida o resuelven problemas a las personas, y no sólo en la manera de incrementar los beneficios.

La crisis es una oportunidad para reorientar una mentalidad muy extendida, entre empresarios y trabajadores: que lo importante es ganar dinero y que

el cliente nos pague el servicio aunque realmente estemos ofreciendo un producto deficiente. Ciertamente hay quienes, empresarios y trabajadores, se han preocupado sobre todo por realizar un buen trabajo, aunque su margen de beneficio fuera menor. Estos sin duda tendrán la cuenta del banco menos abultada pero habrán logrado la satisfacción del trabajo bien hecho.

Cuando escucho que la manera de superar la crisis es seguir consumiendo todo lo que se pueda, o facilitando la creación de un macrocentro internacional del juego, pienso que como sociedad estamos aprendiendo bastante poco.

No superaremos la crisis volviendo a lo de antes aunque sea de otra manera (antes la construcción, ahora haciendo de España Las Vegas en Europa). La superación de la crisis será duradera mediante una pasada profunda por la ética. De este modo podremos entrever que el fin último de la economía no es incrementar beneficios y ganancias sino responder a las necesidades y al bienestar común. Que no todo lo que pueda ser comprado debe ser adquirido; que la moderación y la austeridad en todas las facetas de la vida ayudan a mantener despierto el espíritu. Y también que la satisfacción en el desarrollo de una profesión y un trabajo no depende únicamente de la cantidad que la nómina recoge. También produce satisfacción el trabajo bien hecho, el servicio a los demás.

Repito lo dicho al principio. A la larga una sociedad éticamente más desarrollada es también económicamente más eficiente. Muchos de nuestros problemas económicos como país tienen su raíz en el subdesarrollo ético de nuestra sociedad.

La Iglesia puede aportar a nuestra sociedad en estos momentos una reflexión serena y profunda sobre lo que significa de verdad desarrollo económico y el modelo social para conseguirlo. Y nos corresponde abrir un proceso educativo en el que todos en nuestra sociedad aprendamos comportamientos más responsables y solidarios.

COMPARTIENDO EL DOLOR

En segundo lugar. No podemos olvidar a los que más padecen la crisis. Sé que están presentes en las preocupaciones de la Iglesia y que a menudo frecuentan nuestras casas en busca de ayuda y consuelo. Pero nos los dijo el Señor. Debemos saber encontrar nuestro lugar. No está en los primeros puestos. El lugar de la Iglesia es junto a la puerta para estar más cerca de los que se quedan fuera del banquete. El lugar de la Iglesia no es el carro de los triun-

fadores sino la muchedumbre de los perdedores. El lugar de la Iglesia está allí donde los seres humanos duelen y sufren.

La Iglesia está llamada a recorrer el camino de Jesús. Y ese camino conduce al sitio en el que se encuentran los doloridos y enfermos, los rechazados y olvidados, los pobres y excluidos del bienestar social... El Señor nos pide no sólo que los recibamos bien cuando llaman a la puerta de nuestra casa, nos pide que salgamos a su encuentro, que vayamos en su búsqueda, que nos acerquemos a ellos para ofrecerles consuelo y para alumbrar con ellos soluciones a los problemas que padecemos.

Me parece que aquí, como Iglesia todos tenemos que interrogarnos de verdad. ¿Salimos al encuentro de los que sufren? ¿Estamos dispuestos a interrumpir nuestra vida y nuestras costumbres para atender al que duele? ¿Aceptaríamos que algo de nuestra vida cambie para que otros tengan también sitio en el convite?

Es aquí donde muchos tenemos que reflexionar y cambiar. Al menos yo tengo que cambiar para que las sendas de mi vida se acerquen a los que más padecen.

Sabiendo que cada persona es un mundo valioso en sí mismo y que la angustia de cada desempleado merece ser atendida por sí, me atrevo a señalar los grupos que más sufren la crisis: **1.** En primer lugar, los emigrantes. Por ser los menos cualificados, por tener menos ahorros y familia a la que recurrir. Ellos son los que más acuden a las puertas de los supermercados, a la salida trasera de comedores colectivos, a recoger las sobras de la comida (como ocurre en algunos colegios concertados que conozco). **2.** En segundo lugar, los jóvenes. Muchos de ellos cualificados y con espíritu de laboriosidad, pero a los que la falta de perspectiva laboral les está conduciendo al pantano del desánimo y la tristeza. **3.** Parados de larga duración, condenados a llevar a sus casas un subsidio de subsistencia mientras otros se jubilan con pensiones millonarias. **4.** Ancianos con pensiones tan mínimas como para comprar la fruta pieza a pieza («deme por favor una manzana y una naranja que no quiero que la fruta se me estropee en la casa», decía el otro día una mujer en la frutería del supermercado).

Ya lo digo: se trata de estar cerca de todas estas personas, escuchar sus dificultades y buscar soluciones, aunque éstas pasen por acogerlos en casa, disponer de más edificios para darles cobijo, desprendernos de lo nuestro, desterrar tanto gasto superfluo y suntuoso de algunas celebraciones litúrgicas, (como bodas, primeras comuniones, bautizos...). Se trata de salir al camino de la vida para buscar junto

con los excluidos sendas de justicia, un mejor reparto de la riqueza, una sociedad más igualitaria e integrada. De esa sociedad de la que cada día nos alejamos más. Baste recordar que la diferencia salarial entre un directivo de empresa y un asalariado de esa misma empresa es cada vez más grande desde hace algunas décadas, diferencia que crece de manera exponencial. Lo que tendrá consecuencias en el nivel de integración de nuestra sociedad.

Aunque la crisis nos haga mirar a los que sufren cerca, no podemos olvidar a los que están más lejos, a los que padecen en otros países con mayores carencias que el nuestro. La justicia no es sólo un tema de nuestra sociedad; lo es a escala planetaria y global. Por mucho que nos duela nuestra situación, hay millones de personas en el mundo con dificultades incomparablemente mayores que las nuestras. Y a los que nunca podemos olvidar ni podemos olvidar lo que les debemos: nuestro compromiso por un mundo más justo.

IMPULSAR INSTITUCIONES

El cristianismo y la Iglesia han sido en nuestra cultura un factor civilizatorio de primer orden. Aunque hoy el tópico sea señalar que la Iglesia se ha opuesto a la ciencia, al desarrollo, al progreso, lo cierto es que las mejores instituciones de nuestra tradición cultural nacieron al abrigo de la comunidad cristiana: el Hospital, la Universidad, los hogares para menores, las residencias de ancianos... nacieron por iniciativa de la Iglesia. Y en un tiempo no muy lejano hasta las Cajas de Ahorro con su imponente obra social (y ahora desmanteladas por las maniobras de mirada corta y las corruptelas de nuestros políticos) surgieron impulsadas por la Iglesia.

La Iglesia no sólo ha socorrido a los necesitados. Ha sabido también impulsar obras en instituciones duraderas que han propuesto un rumbo diferente a nuestra sociedad, y han servido para promover y apoyar a muchas vidas resquebrajadas. Pienso, por ejem-

plo, en las escuelas profesionales, que sustentadas por grupos de Iglesia, supieron acompañar humana y profesionalmente a tantos jóvenes en los años de ese desarrollismo que expulsó a tantas personas del campo a la ciudad.

También hoy, como comunidad cristiana, estamos llamados a impulsar nuevas instituciones en tiempos nuevos y ante problemas antes desconocidos. Por poner solamente un ejemplo, ¿no sería momento de impulsar una fundación por el empleo? Es decir, un lugar en donde se apuntaran propuestas reales de reparto del trabajo y de las rentas (no veo otra manera de lograr superar el desempleo en las sociedades técnicamente desarrolladas que con fórmulas de reparto del trabajo); donde se impulsaran nuevos modos de creación de empleo.

Es solo un ejemplo. Seguro que la cercanía a los pobres y sus urgencias nos ayudarían a pensar en otras muchas iniciativas necesarias y posibles.

Y CON TODO ESTO, LA ORACIÓN

Cuando nos preguntamos, ¿qué podemos hacer en nuestra situación?, no podemos olvidar aquello que es el centro y motor de la vida de la Iglesia: la oración y la liturgia. Tenemos que seguir orando para pedir al Espíritu de Dios nuestra conversión; para abrirnos a la luz de Dios que ilumina nuestra inteligencia; para recibir la inspiración de nuestro compromiso.

El tiempo que vivimos es tiempo de compromiso, de visión de futuro, de pensar de nuevo los caminos de la fraternidad. Pero todo ello será auténtico si es alimentado por la fuerza de Dios. Por eso nuestro tiempo también lo es de oración y penitencia; de reflexión y conversión.

Nuestras comunidades deben celebrar la conversión y la penitencia acudiendo a un Dios que perdona nuestros excesos y nuestra codicia, nuestra irresponsabilidad y egoísmo. A un Dios que cada mañana nos concede la oportunidad de caminar hacia la patria nueva de hermanos que nos promete en Jesucristo, su Hijo y nuestro Señor. **A**